



SUENOS DE
INVIERNO



KELLY DREAMS



SUENOS DE
INVIERNO

KELLY DREAMS

SUEÑOS
DE INVIERNO
Kelly Dreams

COPYRIGHT

SUEÑOS DE INVIERNO

© 1ª edición agosto 2019

© Kelly Dreams

Portada: © adobestock.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

A mis *Facebookeras*.
Gracias por estar ahí.

NOTA

Esta novela ha sido publicada anteriormente bajo **MI** otro seudónimo, **NISHA SCAIL**, con otro título y en dos volúmenes independientes.

En la actualidad, la versión antigua ha sido retirada del mercado y solo estará disponible esta versión en los distintos canales de venta de la *Amazon*.

SINOPSIS

Las inclemencias meteorológicas fueron las culpables de que **Nakia** se viese obligada a buscar cobijo en una de las cabañas del complejo turístico en el que trabajaba. Pasar la noche a solas en medio de la montaña no era la más interesante de las opciones, pero, ¿qué otra opción le quedaba?

Alexei llegó a las montañas de *Domjab* buscando un momento de libertad, una última bocanada de aire fresco antes de hacer frente a su irremediable destino, con lo que no contaba era que las nevadas montañas traerían consigo la presencia de una mujer que pondría a prueba su paciencia y se grabaría a fuego en su piel.

Una aventura de una noche, un encuentro sin normas, sin preguntas, solo placer y que haría peligrar cada una de sus prioridades.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

PRÓLOGO

—Has pedido una novia por catálogo.

El rostro siempre impertérrito de Virnikov mudó y sus labios perdieron por una milésima de segundo ese conocido rictus.

—Es lo que acabo de decirte, amigo mío —replicó con total tranquilidad.

El hombre que tan a menudo le parecía una colosal montaña pareció vacilar incluso en sus pasos. Si bien se conocían desde que eran niños, su guardia personal se tomaba el puesto muy en serio, tanto que habían tenido recientemente innumerables discusiones sobre cómo debía dirigirse a él.

—Majestad...

Enarcó una ceja ante la palabra utilizada y lo escuchó gruñir.

—Liosha —Cambió al diminutivo de su nombre—. ¿Has perdido la cabeza por completo?

Sonrió de soslayo y negó con la cabeza.

—En absoluto, de hecho, nunca he estado tan lúcido en mi vida —aseguró con absoluto convencimiento—. Esta estúpida tradición de Kizovna por la que un rey recién coronado tiene que presentar a su futura esposa en el baile de Nochebuena el mismo año de su coronación me ha dado la idea.

—Has tenido prácticamente un año para escoger a la futura reina entre

las familias más acaudaladas tanto aquí como en el extranjero y... ¿y pides una novia por catálogo? —Se giró ante el inusual tono chillón de hombre que había permanecido en silencio los últimos minutos. Mijaíl Yurescu era una de esas pocas personas que le decía lo que pensaba, al contrario que su guardia personal, al asesor lo había conocido a lo largo de este último año. El hombre era tan franco como irreverente y eso le había granjeado pronto su amistad—. Dime que es una broma, por favor, majestad, dime que esto es otro de tus...

—¿Episodios de locura transitoria? —Sugirió Virkinov con palpable ironía.

—No, no es una broma ni un episodio de locura transitoria —declaró mirando primero a uno y luego al otro y prosiguió con total tranquilidad—. Es un plan cuidadosamente elaborado.

Sí, uno que había ideado en un abrir y cerrar de ojos, pensó con ironía, pero a problemas desesperados...

—Necesito una mujer que presentar en el próximo baile y que sepa que no tengo la más mínima intención de casarme con ella —explicó su plan—. Eso hará que el lado más conservador del país permanezca tranquilo mientras busco a alguien que sea completamente de mi agrado.

Pese a su afirmación ninguno de los dos parecía demasiado convencido, en especial su amigo de la infancia. No podía culparle, desde que era un niño había saltado de trastada en trastada y, su vena traviesa no había hecho otra cosa que acentuarse en su adolescencia y volverse más refinada al entrar en la treintena. A los treinta y siete años, con el recién adquirido título de regente de un modesto país que hacía frontera con la capital de Rusia, Moscú y Estonia sobre sus hombros y las obligaciones para con su pueblo muy presentes, se le habían terminado los momentos de asueto, sabía que no podía permitirse continuar con una conducta irresponsable. Había llegado el momento de poner punto y final a la vida que había llevado hasta ahora, pero si debía dejar atrás

todo lo que era, al menos lo haría a su manera.

—Un fin de semana, Virnikov, si no cumple con los requisitos, se irá por dónde ha venido —declaró más convencido que nunca de su maniobra—. ¿Qué puede pasar en tres días?

—El antiguo rey falleció en el transcurso de tres días.

Hizo una mueca ante su elección de argumento.

—Su majestad arrastraba una larga enfermedad... el que decidiese ponerle fin haciendo algo tan estúpido como conducir un Ferrari, no es algo que quiera compartir.

El rey había sido un hombre bueno para su pueblo, un buen padre y un amante esposo, pero su fragilidad había sido largamente comentada, en demasiadas ocasiones lo dieron por muerto solo para que él superase crisis tras crisis y continuase al mando.

«Esa panda de cuervos piensa que me moriré mañana, así que, no me queda más remedio que demostrarles lo contrario».

Había sacado su vena traviesa de él, como también su fortaleza, fue un ejemplo de muchas maneras distintas y hoy, siete meses después de su fallecimiento en un absurdo accidente de coche, seguía echándolo de menos.

—Y aun así, estás pensando en esta... idea poco meditada —añadió Mijaíl con total tranquilidad.

Miró al hombre y enarcó una ceja ante su tono.

—La reina sabe que estás tramando algo —le aseguró su amigo atrayendo de nuevo la atención hacia él.

Y aquella era una afirmación que no podía eludir. Su madre lo conocía muy bien, sabía de qué pie cojeaba, pero era lo bastante inteligente para mantenerse al margen y no inmiscuirse en sus asuntos. Prefería pasar su tiempo viajando ahora que podía, su última postal había llegado desde Venecia. Ella tenía su propia manera de enfrentarse al duelo y era manteniéndose lejos de él.

—Pero ella no está aquí para detenerme, ¿no es así?

Lo escuchó resoplar.

—No, y ese es el motivo de que Misha esté aquí para asesorarte y yo sea tu guardia personal y demasiado a menudo tu voz de la conciencia.

No pudo evitar sonreír ante su respuesta.

—¿Piensas detenerme tú?

Negó con la cabeza, sus ojos encontrándose con los de él y se cruzó de brazos.

—No serviría de nada —aceptó convencido de ello—. Siempre terminas saliéndote con la tuya, así que solo puedo acompañarte y asegurarme de que esa «novia por correspondencia tuya» no es una estafadora.

—Y que vuelva de una pieza y con todos sus miembros intactos, por favor —añadió Mijaíl—. No sabría cómo justificar que aparecieses tuerto, majestad.

Puso los ojos en blanco, esos dos parecían haberse aliado en algún momento.

—Solo es una mujer, Misha, no una mantis religiosa —replicó sacudiendo la cabeza—. Sabe que su trabajo será representar un papel, nada más. No puedo traerla al palacio sin más, ¿no creéis?

Su guardia personal entrecerró los ojos y no dijo una sola palabra, no hacía falta, podía ver lo que pensaba sobre todo aquello con meridiana claridad.

—Digamos lo que digamos harás lo que te dé la gana, majestad.

Chasqueó la lengua y le palmeó el hombro.

—Qué haría yo sin tu valiosa protección —replicó con palpable ironía y se volvió hacia Mijaíl—. Nos marcharemos el jueves. Nos hospedaremos en Karachayevsk hasta el sábado. Alquila un transporte para subir a Dombaj, no quiero prensa u otros incordios cerca.

Su guardia frunció el ceño mientras su compañero ponía los ojos en blanco.

—¿De incógnito?

Levantó la barbilla y comentó lo obvio.

—¿Te parece a ti que debería salir con el coche oficial, las banderas del país y avisar a la prensa para que salga a recibirme? —le soltó y posó ahora su mirada sobre su asesor—. El rey Alexei Nikoláyevich Vasiliy estará aquí, en el palacio Nadezhda, atendiendo los asuntos de estado y preparándose para la recepción de Nochebuena, en la que aparecerá del brazo con la mujer que podría convertirse en su esposa.

El hombre ni siquiera parpadeó.

—Preveo más problemas de los que me gustaría.

Negó con la cabeza.

—Te preocupas demasiado por cosas intrascendentes —aseguró quitándole hierro al asunto—. Alquila la mejor de las cabañas del complejo invernal, la más apartada. Y tómate el fin de semana libre.

—Por encima de mi cadáver, majestad —rezongó en referencia a la última parte de su declaración—. Haré las reservas de inmediato.

—Yo solo espero que esto no derive en algo mucho más grande y desastroso, Liosha.

—¿Qué podría ir mal, amigo mío? —preguntó animado—. ¿Que encuentre irresistible a mi novia por catálogo?

CAPÍTULO 1

—Deberías ser un poco más selectiva a la hora de elegir a tus amantes, Nakia, especialmente cuando acudes a una fiesta con uno y te follas a otro.

Había dos cosas que Nakia Petrova no soportaba, el *pelmeni*^[1] y al nuevo gerente de la estación de esquí de Dombaj en el que llevaba trabajando desde hacía dos años. El imbécil había sido trasladado de otra de las estaciones de la compañía a principios de temporada y, después de dos meses trabajando para él, estaba a un tris de mandarlo a la mierda o retorcerle los huevos. O las dos cosas si seguía cabreándola de esa manera.

—Creo que ya lo he hecho repetidas veces, además, pero los hay que no se quieren dar por aludidos.

Y el gilipollas era uno de ellos. Prueba de ello era que había pasado a insultarla una vez se había dado cuenta que prefería salir con cualquiera antes que con él.

La culpa era sin duda de uno de los monitores de esquí de la estación con el que se había citado en un par de ocasiones o, para ser más concreta, de la mujer a la que él había rechazado, una de esas niñas ricas que no tenían problema en gastar el dinero de papá.

Por supuesto, quien iba a saber que a él le iba todo el rollo de intercambio de parejas y que la niñata estaría en la misma fiesta a la que la

había llevado. Lo que comenzó como un interesante fin de semana de erotismo y buen sexo, terminó en un drama propio de telenovela y un continuo ronroneo en forma de chismes entre los empleados.

Claramente, él estaba dispuesto a hacérselo saber y añadir comentarios de su propia cosecha.

—Aquí tienes la lista de los turnos de este fin de semana —repuso él entregándole una carpeta—, estamos cortos de personal y hay tres cabañas que han sido reservadas para estos días. Tendrás que sustituir tú misma a Tatiana.

—Ese no es mi trabajo...

—Eres una de las dos únicas personas hoy disponibles que puede utilizar una moto nieve, así que, sí, por hoy el preparar las habitaciones y cambiar las toallas de las cabañas será tu trabajo —aseguró satisfecho—. Procura terminar antes de las seis, así te dará tiempo a hacer el inventario de la primera planta.

—Ese es tu trabajo, Grigory —le habría gustado insultarlo pero no caería en su juego—. Qué dirían los demás si yo hago una tarea que te corresponde a...

La radio que llevaba a la cintura empezó a sonar interrumpiéndola.

—Grigory —respondió.

—Grigory, hay una comunicación de la estación meteorológica —escuchó una voz nasal que correspondía a uno de los encargados de pista.

—Un momento —lo puso en espera y se volvió hacia ella—. Ya tienes tus órdenes, gatita.

Apretó los dientes y se enfrentó a él.

—Vuelve a llamarme así y te clavo las uñas en los huevos.

Su respuesta fue lanzarle un beso, darle la espalda y marcharse al tiempo que atendía la radio.

—Será hijo de puta —siseó, miró la carpeta en las manos y las ganas de

lanzarla contra una pared se vieron refrenadas por su propio teléfono sonando.

Se metió la carpeta bajo el brazo y echó mano al bolsillo trasero del pantalón. En cuanto vio el identificador de llamada su cabreo pasó a un segundo plano.

—Ey, Eros —respondió contenta de oír la voz de su primo.

El hombre regentaba un camping en un pequeño pueblo de las montañas de Utah, recientemente él y su esposa habían tenido un bebé con lo que imaginaba cuál era el motivo de su llamada. Hacía unos meses se habían reunido en Krasnodar, para el entierro de *babuska*. La mujer había sido como una madre para ella y era el motivo de que hubiese dejado su hogar en San Petersburgo para trasladarse a Karachayevsk y quedarse con ella. Era la única familia que le quedaba después de que su madre hubiese muerto cuando era una niña y su padre prefiriese pasarse la vida viajando de un lado a otro, sin detenerse nunca el tiempo suficiente en ningún sitio como para establecerse y formar un hogar.

Eros había sido *Ranger* y su trabajo le había regalado una cojera que lo había enviado a la reserva, había sido entonces cuando se había instalado en Bear River y se había hecho cargo del camping. Allí fue donde conoció a su esposa y dónde habían fijado su residencia.

—¿No es un poco temprano por ahí? ¿Qué tal está Valentina? ¿Y el bebé?

El hombre rió.

—Aedan está comiendo en estos momentos, Valen está bien, te manda un abrazo.

—Dale otro a ella de mi parte —pidió—. ¿Y cómo te va, primo?

—Tan bien como puede irme con una esposa adorable y un bebé manteniéndonos en pie la mayor parte de la noche —contestó con una sonrisa en la voz. Eso era algo que había cambiado en él, ya no era tan tosco ni se

mantenía aislado de todo el mundo—. Por eso te llamaba, de hecho. ¿Sigues pensando en venir a Utah estas navidades?

Sonrió.

—A menos que me vetes la entrada en tu casa.

Se echó a reír.

—No, nena, ni se me ocurriría—aceptó—, de hecho te llamaba para preguntarte si te importaría alargar tu estancia hasta primavera y echarnos una mano con el camping. Sé que estás trabajando actualmente en la estación de esquí y...

—Ve preparándome una cabaña para mí sola y me tendrás ahí todo el año si hace falta —aseguró encantada—. Me estás dando la excusa que necesito para mandar a la mierda al capullo de mi gerente.

—¿No será un problema para ti?

—En absoluto, de verdad, me harás un gran favor.

Y sí, se lo haría. Sobre todo ahora que su mejor amiga se iba a vivir con su prometido y tendría esa vieja casa para ella sola. Demasiado grande y llena de demasiados recuerdos.

—En ese caso, te esperaremos para Nochebuena.

—Cuenta con ello.

Hablaron unos minutos más y terminó la conversación más animada de lo que había empezado. Miró la carpeta y supo que no iba a echar de menos ese lugar, por suerte no era de las que se apegan a las cosas.

—Dime que esa no es la asignación de puestos para este fin de semana.

Se giró para ver a una de sus compañeras, Nadja, caminando hacia ella.

—Siento tener que desilusionarte, pero lo es —aseguró con una mueca—. Y no serás la única que pringue esta tarde. El muy gilipollas me ha endosado las cabañas porque *«eres una de las dos únicas personas hay disponibles que puede utilizar una moto nieve»*.

La chica puso los ojos en blanco. Había pocos trabajadores que soportaran a ese idiota, cualquier día lo encontrarían atado a una estaca congelándose los huevos.

Solo esperaba estar allí y en primera fila para verlo.

—Debiste haberle mandado a él coger la puñetera moto nieve y que moviese el culo de cabaña en cabaña para asegurarse de que todo quede perfecto para su uso.

—¿Y tenerle babeando sobre mí todo el día? —resopló—. Prefiero hacer toda la ronda yo sola y en bikini que pasar un solo minuto más con ese imbécil.

—¿En bikini? Joder, a unos cinco grados, sería para el *Guinness*.

Sonrió de acuerdo con ella y sacudió la cabeza.

—No es más que un gilipollas demasiado pagado de sí mismo y que piensa que todas las mujeres somos putas a las que les puede pagar —chasqueó—. Bueno, pues conmigo se equivocó de cabo a rabo.

—Mira que ponerte de excusa lo de la moto de nieve.

—Otra de sus muchas pullas. —Puso los ojos en blanco—. Le jode que fuese a uno de los instructores a pedirle... algo más que el que me enseñara a arrancar el motor.

La chica se rió entre dientes y asintió.

—Dímelo a mí. —Se señaló a si misma—. He estado ahí mismo el año pasado.

Se inclinó sobre ella cuando abrió la carpeta y miró.

—¿Qué me toca?

—Pringar conmigo —le indicó y señaló la línea con su nombre y las tareas—. De las siete cabañas, te tocan las de la primera línea, a mí me ha dejado las dos de arriba y el Palacio de Caza.

Hizo una mueca al nombrar la dominación de la cabaña más grande del

complejo. Era considerada una suite y había sido alquilada recientemente para el fin de semana. Si bien era la mayor de los alojamientos, lo más seguro es que se tratara de dar mantenimiento, cambiar las toallas, la ropa de cama y hacer una limpieza rápida.

Miró el reloj y calculó el tiempo que les llevaría la tarea.

—Quédate con las tres que te ha asignado —le dijo cerrando la carpeta—. Tan pronto termine mi turno de hoy me largo. He conseguido librar el fin de semana, se lo he cambiado a Elsa. No me he molestado en decírselo a ese imbécil, no sea que me estropee los planes.

—¿Irás a la fiesta de los Smirnov?

El nombre de la pareja que había mencionado correspondía a los anfitriones de la fiesta privada de intercambio a la que la había invitado Ivan. Eran dos personas muy liberales, educados y que veían en esa forma de vida una manera de romper el tedio y mantener el morbo en sus relaciones sexuales.

Tenía un claro recuerdo de Pavel Smirnov, era un hombre atractivo, con un arrollador magnetismo y una sensualidad apabullante. Tenía una conversación inteligente y besaba de maravilla. Sí, había tenido un *teté a teté* muy interesante con él, las mariposas en su bajo vientre así se lo recordaban.

—Está noche no.

Nadja había estado allí también esa noche, acompañada de su amo, un hombre tremendamente sexy y que la miraba como si fuese la única mujer en el mundo. Era sumisa y lo curioso de ello es que no lo parecía, era una mujer tremendamente fuerte, decidida y casi dominante en su trabajo, y sin embargo, en la intimidad cambiaba por completo.

—Entre los rumores que ya corren por el hotel y que le prometí a Natasha echarle una mano con la mudanza, no sería una buena idea.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos —le guiñó el ojo—. Y olvídate de los rumores, en ese hotel nunca dura nada demasiado tiempo. En

cuanto empiece a llegar la *jet set*, empezarán a circular de nuevo otros rumores y así sucesivamente.

—La belleza de los resorts de alto *standing* —chasqueó—. Pongámonos a trabajar antes de que bajen más las temperaturas. No me sorprendería si empieza a nevar de nuevo.

—A trabajar, pues.

Salieron juntas, se cambiaron rápidamente en los vestuarios, abrigándose para las temperaturas invernales de la montaña y recogieron sendos vehículos en la central de transportes del complejo.

Las moto nieve podían resultar realmente útiles en esa época, en especial para el lugar en el que se ubicaban las cabañas.

La gran estación *Dombaj* ofrecía infinidad de posibilidades, desde los cientos de kilómetros de pistas para los amantes del esquí, pasando por una enorme pista de patinaje y las comodidades propias de un resort de lujo a la tranquilidad e intimidad de las siete cabañas diseminadas en la ladera de la montaña.

Nakia se arrebujó en su chaqueta, montó en la moto y saludó con la mano a su compañera, que ya se marchaba con el sonido del motor rugiendo tras ella. Se puso el casco y rezó para que la bestia de metal arrancase a la primera. El ronroneo del motor la hizo sonreír, quitó el freno y se dispuso a continuar con el trabajo de aquella tarde en la que el cielo amenazaba con descargar pronto una nueva nevada.

Si hubiese podido elegir otro trabajo, no estaría aquí.

El pensamiento se había vuelto recurrente de un tiempo a esta parte. No se quejaba, al menos tenía un empleo, pero no era esto lo que había pensado cuando se imaginó trabajando en la magnífica estación de esquí.

Error de cálculo, querida. Eso es lo que pasa cuando le haces caso a un tío al que te follaste una noche.

Hizo una mueca mentalmente y sacudió la cabeza, cualquiera pensaría que con la edad habría adquirido algo más de sensatez, pero a sus casi treinta años seguía siendo la misma mujer, con las mismas ideas, los mismos ideales y un concepto de la vida muy poco idílico.

Era una persona práctica, conocía sus posibilidades y a lo que podía aspirar con ello, aunque no siempre acertase. El que estuviese trabajando en la estación de esquí en vez de estar ejerciendo su carrera, era sin duda prueba del fallido funcionamiento de sus neuronas.

Bueno, eso y que amenazaste en tu último trabajo con castrar al hijo de puta que maltrató a ese pobre gatito.

Era demasiado pasional en su trabajo, al menos eso era lo que a menudo le había dicho su abuela.

«Nos hicieron mujeres para que disfrutásemos abiertamente de la vida, no para que nos quedásemos en casa, al lado de un imbécil que no sabe ni cómo utilizar lo que tiene entre las piernas. Si hay algo que te dará poder, Nakia, es el saber que puedes hacer lo que desees y que disfrutarás de ello».

Su nombre también había sido idea de su abuela, para ella no había nada tan perfecto como una Navidad.

«El árbol, las guirnaldas y los villancicos solo son elementos de una tradición, hija, lo mágico se encuentra en cada copo de nieve y en cada risa que llena de alegría».

Cuanto la echaba de menos. Estas fechas no serían lo mismo sin ella.

Perdida en sus pensamientos se le pasó el trayecto con somera rapidez, se detuvo al frente de la cabaña y frunció el ceño al ver un curioso cartel colgando de la puerta. Era una tablilla de madera como las que había en el resto de los alojamientos en los que pedían que no se molestara.

—Estupendo —murmuró para sí, apagó el motor, cogió la radio de mano

y buscó el canal para hablar con su compañera al tiempo que se acercaba un poco a la entrada para comprobar que no se había equivocado con el cartel—. Se ruega no molestar. Genial.

Echó una mirada fugaz a la cabaña y dio media vuelta llevándose ya la radio cerca de la boca.

—Nadja, la cabaña sur queda sin arreglar. —Habló al *walkie*—. Tienen el cartel de no molestar en la puerta.

Esperó la respuesta que no tardó en llegar.

—La añadiré a la lista.

Miró a su alrededor y al cielo e hizo una mueca.

—Haz el cambio de habitación y pon rumbo a la estación. —Habló de nuevo acercándose el aparato a la boca—. Parece que vamos a tener nieve en breve.

El sonido de la radio fluctuó.

—Oído —replicó su compañera—. Terminó con el cambio, repaso y regreso a la estación.

Asintió para sí y volvió hacia su moto.

—Bien —concluyó—. Yo inicio la vuelta. Dejaré la moto en el almacén para repostar.

—Oído —confirmó ella—. Disfruta del fin de semana, Nakia.

Sonrió ante la manera en que pronunciaba su nombre y respondió al momento.

—Tú también —concluyó—. Nos vemos el lunes.

Echó un último vistazo a la cabaña mientras guardaba de nuevo la radio y volvía a subirse a la moto.

—Con un poco de suerte, hoy disfrutaré de un baño caliente, una copa de vino y el mejor chocolate del mundo.

Giró la llave del motor y el ronroneo que emitió al momento le curvó los

labios, prácticamente podía saborear su noche de relax.

CAPÍTULO 2

Odiaba apasionadamente las motos de nieve. En especial, odiaba aquellas que decidían morirse en medio de una incipiente nevada, a algo más de nueve kilómetros, montaña arriba, del resort invernal. Oh, y también odiaba la radio, esa estúpida cosa solo emitía estática, unos minutos antes había funcionado correctamente y ahora todo lo que se escuchaba era un zumbido molesto cada vez que cambiaba de dial.

Nakia miró una vez más con palpable odio al vehículo y giró sobre sus botas de nieve para contemplar el blanco paisaje. Conocía bien la montaña, todo lo bien que pudiese conocerla alguien que lleva trabajando en el lugar el tiempo que llevaba ella y sabía que el descenso a pie sería un auténtico infierno, especialmente con esos malditos copos cayéndole encima.

—Si empieza a nevar con más fuerza no veré absolutamente nada —farfulló para sí—, y no me atrae precisamente la idea de quedarme atrapada en medio de la montaña, congelándome las tetas hasta parecer un muñeco de nieve.

Volvió a girar barajando sus opciones.

—Tenía que haber traído conmigo el puñetero móvil —se recriminó. Aunque de poco servía ahora echar de menos algo que no solía llevar encima durante sus recorridos en moto, sobre todo cuando contaba con la radio; una

que había decidido dejar de funcionar—. Y ya puestos, unas raquetas para la nieve.

Se llevó el talón de la mano enguantada a la frente por encima de las gafas protectoras y suspiró. Tenía que ponerse en movimiento, la duda era hacia dónde dirigirse. No le gustaban esas nubes que se formaban por encima de su cabeza, sabía lo que traían consigo, de hecho le sorprendía que el capullo de su jefe no hubiese dado aviso de una posible tormenta a sus empleados.

—Como esta sea una de sus venganzas por haberlo mandado a paseo, le corto los huevos —siseó.

Se encasquetó el gorro de lana hasta las orejas, la temperatura empezaba a bajar rápidamente y la nieve, a sus ojos, parecía caer incluso con mayor intensidad.

—Muy bien, Nakia, no te queda otra que pedir asilo en alguna de las cabañas.

La ilusión de su vida, quedarse atrapada en uno de los hospedajes de la montaña con alguna parejita que venían a disfrutar de un retiro romántico o con algún grupo de amiguetes que celebrarían una despedida. Aquellas solían ser las opciones más comunes entre los ocupantes de las estancias de madera.

Sabía que estaba a mitad de camino del Palacio de Caza. Con un poco de suerte, si Nadja no estaba todavía allí, podría encontrarla por el camino y sería rescatada en un abrir y cerrar de ojos. Y si no tenía esa fortuna, al menos no interrumpiría el idilio de nadie. No se preveía tener inquilinos hasta el día siguiente, viernes, lo que le dejaba el alojamiento de lujo para ella solita durante aquella noche.

Por supuesto, por la mañana tendría que hacer todo el camino a pie hasta la estación. Aquello no es que le hiciese mucha ilusión, pero prefería caminar a la luz del día a vagar por la montaña cuando empezaba a caer la noche y

bajo una ventisca.

—Hora de ponerse a caminar.

El ejercicio la haría entrar en calor, algo que necesitaba después de estar parada como una estatua en medio de ese manto blanco compadeciéndose de sí misma. Esa noche no tendría su bañera de agua caliente, ni su chocolate, pero al menos no terminaría convertida en el próximo hallazgo antropológico de la montaña.

CAPÍTULO 3

—Típico. Eliges hacer alguna de tus locuras y el tiempo se cabrea.

Alexei miró a su acompañante y sonrió de soslayo. Habían dejado las dos motos en la parte de atrás de la cabaña, dónde estuviesen a salvo de la incipiente nevada que había empezado a caer sobre la montaña. Las nubes oscuras eran un claro presagio de tormenta, lo más probable era que se pasase toda la noche nevando y a la mañana siguiente tuviese que despejar la entrada con una pala, pero eso solo lo hacía todo más excitante.

—¿Han puesto alguna pega porque hayamos llegado un día antes?

Virnikov negó con la cabeza y señaló la enorme cabaña de lujo con un amplio porche cubierto con gesto irónico.

—Ninguna después de pagarle otras dos noches en compensación por las molestias.

Sonrió de soslayo y avanzó hacia la entrada llave en mano.

La vivienda estaba decorada, como su propio nombre indicaba, de manera rústica. La madera y la piedra dominaban el lugar, las vigas y travesaños que formaban el techo estaban totalmente al aire dando una sensación de mayor espacio. Era elegante y acogedor al mismo tiempo, con colores marrones, ocres y dorados que se entremezclaban en los muebles y decoración y, los únicos motivos que podían recordar al nombre de la misma

eran los murales y tapices que decoraban alguna pared o el frontal de la enorme chimenea.

—Agradezco al cielo no ver ninguna cabeza de animal decorando las paredes.

Su acompañante hizo una mueca mientras dejaba caer una bolsa de viaje a un lado de la puerta que conducía al salón. El espacio era totalmente abierto, solo había un par de arcos que conducían a una cocina y a un baño, así como una escalera de piedra con barandilla de forja que llevaba a un añadido en el piso superior dónde se suponía estaría el dormitorio.

—Pedí que las retirasen, ya sabes, para no herir tu sensibilidad.

Enarcó una ceja ante su elección de palabras pero él lo ignoró.

—Tienes la cocina totalmente surtida, sábanas limpias, toallas... — señaló cada zona en la que estaría cada cosa antes de llevarse la mano al bolsillo trasero—. Y un teléfono vía satélite.

Sonrió divertido.

—Siempre con los últimos juguetitos del mercado a mano.

Lo ignoró, algo que se le daba la mar de bien.

—Solo porque insistes en quedarte solo en esta maldita montaña y con una tormenta en ciernes.

Puso los ojos en blanco.

—Te necesito en el complejo principal para que acompañes mañana a la señorita Waverly hasta aquí.

—Tiene un apellido ridículo.

Puso los ojos en blanco ante su comentario.

—Es americana.

Bufó audiblemente.

—Peor me lo pones.

Sacudió la cabeza, había cosas con las que no podía discutir y su

animosidad hacia los norteamericanos era una de ellas.

—Procura no espantarla, primero tengo que hablar con ella y ver si puede ser la respuesta que busco.

—Sigo pensando que esta idea tuya es la peor que se te ha pasado por la cabeza.

Se encogió de hombros.

—Si he de portarme bien a partir de ahora, quiero cerrar el ciclo por todo lo alto.

—Ten cuidado y no te estrelles en el proceso, el suelo está muy duro.

Dicho eso, se dio una vuelta por la cabaña comprobando cada ventana, puerta y, en definitiva, que nada entrase por un rincón y lo atacase.

—Bien, parece seguro.

Optó por no responder a eso o tendrían una discusión que no terminaría en la vida.

—Si necesitas algo, a la hora que sea, más te vale que cojas ese maldito teléfono y me llames, majestad.

Enarcó de nuevo una ceja ante el título utilizado pero Vírnikov lo ignoró.

—Te veré mañana por la mañana —replicó caminando hacia la puerta—. Cierra con llave cuando salga y no dejes entrar a nadie hasta que vuelva.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y quién esperas que me visite esta noche? ¿El Yeti?

Lo miró de soslayo antes de salir por la puerta.

—Con tu suerte, me espero cualquier cosa.

Dicho eso, cerró tras de sí y, al poco rato escuchó el sonido del motor de la moto nieve al ponerse en marcha.

—Bien, al fin un poco de tranquilidad.

CAPÍTULO 4

Abrir la puerta de la cabaña principal y encontrarte con un espectacular espécimen masculino, recién salido de la ducha, con una diminuta toalla rodeándole las caderas y una mirada de lo más sexy, superaba todas y cada una de las fantasías de Nakia.

—Perdón.

Dio un paso atrás y tiró de la manilla hasta escuchar el cierre de la puerta y se quedó con la mirada fija en la madera.

—Pero, ¿qué...?

Se llevó la mano a la cabeza y frunció el ceño. La nieve seguía cayendo a su alrededor, estaba de pie en el porche del palacio de Caza y por más vueltas que le daba no conseguía encajar lo que había visto en el cuadro de su mente.

—Los espejismos no se dan en la montaña, ¿verdad? —se preguntó—. No, claro que no.

Se giró de nuevo todavía con las llaves de la cabaña en la mano pero no tuvo tiempo de tocar la manilla cuando la puerta se abrió y ese monumento a la masculinidad apareció enmarcado en el umbral.

—Así que no has sido producto de mi imaginación. —Sus palabras, pronunciadas por una voz ronca y absolutamente sexy la sorprendieron. Sus

ojos se encontraron y él esbozó una irónica sonrisa—. Ni tampoco el Yeti llamando a mi puerta.

La inflexión en sus palabras le concedía un timbre exótico, como si ese no fuese su primer idioma.

—¿El Yeti? —Se miró a sí misma y luego a él.

Su sonrisa se amplió, miró hacia fuera y luego a ella.

—Si bien encuentro interesante tu aparición hace un frío de mil demonios como para hablar de ella aquí fuera. —Se hizo a un lado y la invitó a pasar antes de darle la espalda y caminar hacia el hogar encendido—. Entra y cierra la puerta, por favor.

Se quedó mirando la magnífica espalda del hombre, ese prieto culo definido por la toalla y las musculosas piernas que asomaban por debajo y, como si se tratase de un flautista y ella fuese un ratón entró en el recibidor y cerró la puerta.

—Um... Yo, le pido disculpas por la intromisión —se las ingenió para encontrar las palabras y disculparse—. Se suponía que esta cabaña no estaría ocupada hasta mañana.

Él se giró lo justo para mirarla por encima de uno de esos anchos hombros.

—Un cambio de decisión de última hora —anunció mirándola de arriba abajo—. Soy el actual huésped. Y tú eres...

Hizo una mueca antes de responder.

—Alguien que no debería estar aquí.

Él la recorrió con la mirada y se detuvo en sus manos, un breve vistazo en la misma dirección la hizo sonrojar; todavía llevaba la llave.

—Pues lo estás y bastante preparada, diría yo.

Sacudió la cabeza y se dispuso a aclarar las cosas.

—Soy una de las encargadas del hotel —explicó. Se bajó la cremallera

de la chaqueta y tiró de la placa de la camiseta donde venía su nombre y el logo de la estación de esquí—. Mi moto se averió y empezó a nevar, la radio decidió pasar a mejor vida y... bueno, no ha sido el mejor de los días.

Él se limitó a mirarla y eso la puso nerviosa.

Joder, estaba prácticamente desnudo, con esas gotas de agua perlándole la espalda, el pelo rubio oscurecido y húmedo, parecía un Dios dorado emergiendo de un lago.

—No era mi intención irrumpir así, si no le importa, esperaré en el recibidor hasta que deje de nevar.

Lo vio chasquear la lengua.

—Quítate la ropa y acércate al fuego.

Sus palabras despertaron su imaginación.

—¿Disculpe?

Sonrió de nuevo y Dios, estaba para comérselo.

—La chaqueta, querida, está claro que llevas un rato ahí fuera a juzgar por lo cubierta de nieve que estás.

Nakia echó mano a su gorro de lana y nada más sacárselo cayeron algunos de los copos más recientes, aquellos que no se habían derretido ya humedeciendo la prenda y su pelo. De repente fue consciente de la humedad de la ropa y del frío que tenía, el cambio de temperatura del interior empezaba a descongelarle hasta el rostro.

Se lamió los labios y caminó hacia la chimenea bajo la atenta y escrutadora mirada masculina. De una manera absurda y única ese palpable interés despertaba el suyo.

Se quitó la chaqueta y la sacudió haciendo que las llamas chispearan al contacto con el agua.

—Así que trabajas en el Dombaj —comentó él rompiendo el silencio. Sus ojos habían caído sobre sus pechos, allí donde se encontraba el logo de la

estación y la placa con su nombre—. ¿Nakia? ¿Nombre o apellido?

—Nombre.

Esperaba algún comentario jocoso al respecto pero él se limitó a mirarla.

—Un nombre adecuado para una mujer que trae hasta agujas de pino en el pelo.

Extendió la mano y le retiró unas hojas verdes.

—Te quedan bien.

Lo más absurdo de todo es que parecía decirlo de verdad.

—Lamento haber interrumpido tu velada...

Negó con la cabeza y le apartó el pelo de la cara, como si la estuviese tentando.

—Por el contrario, la has hecho inesperadamente interesante.

Se lamió los labios sin poder evitarlo, él olía muy bien y estaba tan cerca que...

—Tengo un teléfono satélite —le informó entonces apartándose de ella, fue hacía la mesa delante del sofá y rebuscó en la bolsa negra en la que ni siquiera se había fijado hasta sacar dicho aparato—. Quizá quieras avisar que has sufrido un percance y que estás bien. —Se lo tendió sin dejar de mirarla—. Así podrás informar de la avería de la moto.

Miró el aparato y luego a él.

—Sí, es una buena idea.

Una que a su cortocircuitado cerebro se le había pasado por alto.

—Ten.

Lo cogió y sus dedos se rozaron provocándole un escalofrío de placer. Se obligó a darle la espalda, a recordarse a sí misma que demonios estaba haciendo y que lo mejor que podía hacer era avisar a Nadja de lo que había ocurrido.

—Puedes pasar aquí la noche si ese es tu deseo —añadió, se giró y lo vio de nuevo delante de la chimenea, mirándola como si fuese un postre y estuviese decidiendo por dónde empezar—. Posiblemente no pueda subir nadie con esa ventisca. Mañana por la mañana mi compañero volverá por aquí. Puedes bajar con él al complejo.

Aquello era una invitación en toda regla, sabía cuándo un hombre le hacía una proposición y aquella estaba abierta.

—La elección es tuya.

Sí, lo era, ¿verdad?

Marcó el número de su compañera y esperó por una respuesta. Nadja ya debía haber llegado al complejo y con suerte tendría su móvil a mano.

Esperaba que así fuese.

Alexei no podía dejar de mirar a la inesperada mujer que se había colado en su cabaña. Cuando la vio por primera vez pensó que estaba teniendo una alucinación. Entonces abrió la puerta y se la encontró allí, mirándole tan sorprendida como lo estaba él por su presencia.

Nakia. Sin duda era un regalo de navidad anticipado y no esperado, una promesa de una noche de placer sensual entre las sábanas. Oh sí, había visto como lo miraba, como se deleitaba con él sin disimulo alguno. No se había ruborizado bajo su escrutinio, se mostraba nerviosa y cautelosa pero eso era lo normal dadas las circunstancias.

Entonces le había contado el motivo por el que estaba allí y le había dado credibilidad al quitarse la chaqueta y mostrar una ajustada camiseta con el nombre de la estación y la placa con su nombre. Sí, podía ser muy bien

quién decía pero acostumbrado como estaba a los periodistas y sus tretas había optado por confesarle que tenía un teléfono y ofrecérselo.

Su vacilación había sido palpable, parecía luchar con la oportunidad de llamar o aceptar su oferta.

Al final llamó y su conversación, así como las chillonas respuestas que empezaron a escucharse tras un tranquilo inicio, confirmaron definitivamente su historia.

Oh sí, reconocía la voz chillona del encargado de la estación y no le gustaba un pelo la manera en que le gritaba a la chica. Con todo ella era más que capaz de defenderse a sí misma, solo tenía que ver la clase de repertorio que esgrimía con sencillez.

—Serás gilipollas —siseó ella—. La moto se detuvo sola y no fui capaz de arrancarla. Tiene medio tanque de combustible pero el motor no arranca. ¿Qué quieres? ¿Que la baje empujando?

La respuesta hizo que apretase los dientes.

—Me importa una mierda tu jodida moto, capullo, yo soy la que se ha quedado tirada en mitad de la montaña con una jodida tormenta de la que no diste parte alguno —recalcó ella—. Voy a hacer que te expedienten, te metan un palo por el culo y luego te golpeen con él.

Se obligó a retener una risita y mantenerse al margen. La gatita tenía genio.

La respuesta fue aguda esta vez y se cortó bruscamente.

—Será cabrón.

Se volvió hacia él y su rostro empezó a mudar como si no se hubiese dado cuenta de que estaba hablando delante de él.

—Lo siento, son... discrepancia de opiniones.

—Es un capullo integral, llámalo por su nombre —le concedió—. Oí que no dio aviso al personal de que se avecinaba una tormenta. Es extraño,

cuando llegamos fue lo primero de lo que nos avisó.

De hecho les había ofrecido alojamiento en el propio hotel durante esa primera noche por si la situación en la montaña empeoraba.

Ella optó por no decir nada. No dejaba de ser una empleada que se debía a su trabajo y a la imagen de su empresa.

—Parece que de todas formas no van a poder enviar a nadie ni a por la moto ni a por mí hasta mañana.

Su comentario volvió a conducirlo a lo que le interesaba. Ella.

—Mi oferta sigue en pie.

Lo miró con un punto de curiosidad y desconfianza.

—¿Sueles hacer a menudo este tipo de invitaciones a desconocidas?

Se rió.

—Me temo que no tengo la suerte de encontrarme con mujeres tan encantadoras allanando mi alojamiento cuando recién salgo de la ducha.

Se sonrojó ligeramente, pero no parecía contrita, por el contrario, parecía contener la sonrisa.

—Perdón por eso también.

—Te disculpas demasiado, Nakia, ya ha quedado claro que ha sido todo producto de la casualidad.

—Sí —aceptó—. La azarosa casualidad.

—Quédate. —Decidió por ella al verla vacilar—. Puedes irte mañana.

Se lamió los labios y lo miró batallando consigo misma.

—Me iré por la mañana —sentenció, como si quisiera dejar eso claro, aceptando de ese modo su invitación.

—No te detendré.

No tenía por qué, esa noche sería suficiente para disfrutar de esa atractiva desconocida que había aparecido en su puerta.

—Lo prometo —le aseguró tomando sus labios, probando su sabor y

notando como burbujeaba esa creciente excitación entre ellos.

Sí, una noche sería suficiente.

CAPÍTULO 5

Una mujer en su sano juicio habría rechazado la invitación abiertamente sexual de un extraño, especialmente de uno que estaba tan desnudo como el día en que había venido al mundo con excepción de la toalla que le rodeaba las caderas.

Nakia estaba por afirmar que no estaba en su sano juicio, pero, tratándose de ella dicha reacción no era tan extravagante. Era una mujer adulta, una que tomaba sus propias decisiones y actuaba según sus propios términos, que disfrutaba de la vida según el momento y eso era lo que estaba haciendo ahora mismo al sentir esa boca sobre la suya, la lengua penetrando entre sus dientes y enlazándose con la suya en un caliente beso.

—Tengo la extraña necesidad de preguntarte una última vez si esto es lo que deseas.

La pregunta brotó de los labios masculinos en el mismo instante en que se separaron sus labios. Los claros ojos se encontraron con los suyos y vio el deseo, el mismo que despertaba en sus venas.

—Si no lo fuese, habría dado media vuelta y salido ahí fuera a pesar de la nieve.

Sonrió y sus rasgos se convirtieron en la viva imagen de la picaresca. Le daba un aire juvenil que no tenía cuando estaba serio.

—Me alegra ver que ha primado la sensatez.

Ladeó la cabeza y se lamió los labios.

—No sé si podría llamársele a esto sensatez —replicó con su sabor todavía presente en la lengua—. Ni siquiera conozco tu nombre.

—Un error fácilmente subsanable —aseguró con ese peculiar acento—. Puedes llamarme Liosha.

—¿Puedo llamarte así o ese es tu nombre?

Su sonrisa se hizo más predatora.

—Es como me llaman las personas más cercanas —aceptó sin darle una respuesta más concreta y bajando la mirada sobre su cuerpo, añadió—. Y dado lo cerca que estás ahora de mí, puedes llamarme de ese modo.

Sus labios volvieron a encontrarse una vez más, fue un roce suave, invitante más que demandante, uno que decía mucho sin necesidad de palabras. Se estremeció cuando la boca masculina vagó por su rostro, mordisqueándole la barbilla y lamiéndole el cuello como si fuese una sabrosa barra de caramelo para finalmente cerrarse sobre su lóbulo y succionarlo.

Un pequeño gemido escapó de su garganta, todo su cuerpo se licuó bajo ese inesperado y perezoso asalto que le provocaba cosquillas en el estómago.

—Me gusta escucharte gemir.

Su admisión la hizo cerrar los ojos y ladear un poco más la cabeza, dándole acceso a ella. Podía notar su cuerpo duro y grande oprimiéndose contra ella, piel desnuda contra la insoportable ropa que la cubría, la toalla no podía ocultar ya lo que a todas luces era una creciente erección.

—Hueles muy bien —ronroneó en su oído, al tiempo que sus manos resbalaban por sus brazos, rodeándola, pasando a mordisquearle la parte baja de la nuca mientras ese duro miembro se frotaba contra ella—. Y sabes aún mejor.

Dios, era bueno, realmente bueno, pensó al sentir como todo su cuerpo

respondía al de él.

—Tú también hueles muy bien —respondió en voz baja arrancándole una risita.

—Gracias, Nakia.

Escuchar su nombre lo volvió todo incluso más real, el tacto de sus labios contra su cuello le aceleraba la sangre y hacía que su excitación fuese en aumento. Podía notar como su respiración se aceleraba, el creciente hormigueo entre las piernas y la repentina pesadez de sus pechos. Se estremeció entre esos brazos, quiso levantarlos para enredar las manos en su pelo, pero se encontró con las muñecas retenidas por las suyas impidiéndole escapar.

—Me pone que estés vestida mientras yo conservo tan solo esta ridícula toalla.

—Yo no la llamaría ridícula —contestó ladeando la cabeza hasta encontrarse con su mirada—, por otro lado, a mí la ropa empieza a sobrarme.

Sus ojos chispearon de diversión y respondió besándola fugazmente en los labios.

—En ese caso, deshagámonos de ella.

Le soltó las manos y tiró de la camiseta, sacándosela por la cabeza, para luego atacar el botón del pantalón, la cremallera y arrancárselo de las piernas con una decisión que la dejó sin aliento.

Acuclillado a sus pies, con la mirada clavada en ella, era una visión tremendamente erótica, una que tardaría mucho en olvidar. Tembló, el deseo se paseaba por todas sus terminaciones nerviosas haciendo incluso más difícil el mantener la concentración. Esa boca la llamaba, la atraía como si en ella pudiese saciar su sed y aquietar el hambre que nacía en su interior.

—Me gusta lo que veo, ya lo creo que sí.

Se mordió el labio, necesitada, deseando inclinarse sobre él y reclamar

esa boca y eso fue exactamente lo que hizo. Bajó sobre el hombre, enredó los dedos en su pelo y le comió la boca como si no hubiese un mañana. Liosha la dejó hacer durante unos segundos, devolviéndole el beso para finalmente empujarla hacia arriba, levantándola y llevando las fuertes manos a sus pechos.

—Esto también nos sobra —ronroneó apretándole los pechos por encima del sujetador, frotándole los pezones con los pulgares antes de deslizar las hombreras por sus brazos y tirar de ambas hacia atrás, tensando la goma y atrapándola de nuevo—. Pero antes...

Bajó la boca sobre uno de sus pezones, succionándolo por encima de la tela, mordiéndolo al punto del dolor. Repitió la operación en el otro seno, enloqueciéndola, haciendo que sus bragas se humedeciesen y su sexo palpitase de necesidad

—Deliciosa —musitó un segundo antes de abrirle el broche trasero y liberar sus pechos de la tortuosa prenda—. Eres un verdadero regalo de Navidad adelantado.

Se miraron una vez más a los ojos y sus bocas se encontraron de nuevo, parecía no ser capaz de saciarse de sus besos.

—Quítate esa indecencia —pidió con voz ronca, su mirada descendiendo por su cuerpo hacia la uve de tela entre sus muslos—. Quiero verte sin nada.

Se llevó los dedos a los lados de la cinturilla y enganchó los pulgares, jugó un momento con la tela, insinuándose y se lamió una vez más los labios.

—Esa es una petición a la que también me quiero unir.

Los labios de ese hombre se curvaron ligeramente, deslizó una mano sobre su estómago y bajo la toalla con gesto estudiado y la miró travieso.

—Después de ti, querida.

Traviesa, se dio la vuelta, dándole la espalda y le dedicó un guiño antes

de resbalar la diminuta prenda por sus piernas. Levantó un pie, luego el otro e hizo girar la ropa interior en un dedo antes de dejarla caer en el suelo.

El calor de la chimenea le acarició la piel, era una sensación casi tan agradable como la de esos ojos fijos sobre ella, recorriéndola con abierto apetito sexual reflejado en sus pupilas. Bajó la mirada y enarcó una ceja señalando lo obvio y él soltó una carcajada.

—Lo justo, es lo justo.

La toalla cayó al suelo sin esfuerzo y se encontró conteniendo la respiración y lamiéndose a continuación los labios ante el erecto pene que destacaba en un nido de rizos dorados. Ese hombre era rubio de los pies a la cabeza, estaba musculado pero no como lo estaría alguien acostumbrado a matarse en el gimnasio. No tenía un gramo de grasa o, al menos, ninguno que ella pudiese apreciar en aquellos momentos.

Se lamió los labios sin poder evitar preguntarse cómo sabría, cuál sería su textura, tuvo que apretarse los dedos para no sucumbir a algo que quizá el no recibiese de buen grado.

—Tienes un rostro de lo más expresivo, encanto, prácticamente puedo ver tus pensamientos vagando por él.

Lo miró por debajo de las pestañas.

—¿Y qué piensas al respecto?

Su diversión era palpable, pero no se reía de ella, estaba disfrutando con su abierta forma de ser, con su falta de decoro y la abierta sinceridad impresa en sus palabras.

—Que me encantaría tener esa boquita a mí alrededor en cualquier momento.

Se lamió los labios de nuevo.

—¿Qué te parece ahora?

Cayó de rodillas ante él, lo miró con coquetería y dirigió sus manos a la

dura erección. Lo rodeó con los dedos, aprendiendo su tacto y las respuestas masculinas, averiguando con perezosa lentitud qué era lo que le gustaba.

—Eres una visión increíble, Nakia, de verdad que sí.

Su halago la calentó y, por primera vez, sintió como se teñían sus mejillas de calor.

—Tú también... sobre todo desde mi perspectiva.

El comentario lo hizo reír, pero sus carcajadas se convirtieron en un idioma mucho más interesante en el mismo momento en que envolvió su mano alrededor de la dura y caliente columna de carne. La cabeza, algo más oscura por la excitación, mostraba ya una perla de líquido pre seminal que no dudó en lamer. Su sabor era salado, su tacto caliente y grueso contra su lengua, lo succionó lentamente, tragándose poco a poco, controlando cada movimiento y echando fugaces vistazos al rostro contorsionado por el placer de su compañero. Sonriendo para sí, lo acicateó con su lengua, apretándolo en su húmeda cavidad metiéndosela y sacándosela, degustándolo como un goloso caramelo.

Jugó con él y se sorprendió gratamente con el control que ejercía sobre sí mismo para mantener las manos lejos de su pelo, dejándola jugar y conducir aquella felación a su discreción.

Dejó que se retirase por completo de su boca y atrapó el capuchón entre sus labios, apretándolo al tiempo que jugaba con la punta de la lengua provocándole pequeños estremecimientos. Los dedos bajaron a jugar con los pesados testículos, dejó que las uñas se arrastraran sobre la sensible piel comprobando su sensibilidad y sonrió al notar su estremecimiento.

Lo degustó con fruición, disfrutó del poder que tenía entre manos y lo llevó cada vez más lejos hasta que los gruñidos y el lenguaje corporal de ese hombre le dijeron que estaba cerca de correrse. Dejó que sus labios se abriesen y lo llevó a una profundidad cómoda, retirándose e introduciéndolo

de nuevo para finalmente apretarle y recibir los primeros chorros de su liberación. Tragó rápidamente, bebiéndose su esencia hasta dejarlo seco. Sonrió satisfecha y dejó que la arrastrase hacia su cuerpo, la sensación de piel contra piel era realmente única, su dureza contra su blandura, su boca devorando la suya, probándose a sí mismo con decadente ansiedad.

—Eres una polvorilla traviesa, ¿eh?

Se rió, sintiéndose a gusto con él, coqueta y un poco sinvergüenza.

—Solo contigo.

La apretó contra él, le acarició la punta de la nariz con la lengua y fingió pegarle un bocado.

—En ese caso, veamos si puedo ponerme a tu altura.

No tuvo tiempo de analizar sus palabras, en un abrir y cerrar de ojos la había arrastrado por el salón, le dio la vuelta y la inclinó sobre el respaldo del sofá. Sus manos se cerraron sobre las suyas al tiempo que le susurraba al oído:

—No las muevas.

Le dio un toque con el pie en cada tobillo, instándola a separar las piernas, a inclinarse un poco más hacia delante un segundo antes de notar sus dedos resbalando entre las mejillas de sus nalgas hasta recalar en sus húmedos pliegues.

—Qué tenemos aquí —ronroneó, inclinándose sobre ella, soplándole al oído—. Caliente... Mojada... hinchada... Se me hace la boca agua.

Se lamió los labios y giró la cabeza dándole acceso a su boca la cual había empezado a mordisquearle de nuevo el lóbulo de la oreja. Sus dedos le prodigaron caricias cada vez más íntimas, un dedo intruso la penetró iniciando un lento movimiento destinada a volverla loca. Le hormigueaba todo el cuerpo, sentía los pechos pesados y sus pezones cada vez más duros mientras sus muslos se mojaban con sus propios fluidos. Apretó los labios para no

gemir como una loca, que era lo que realmente quería y se conformó con pequeños y ahogados sonidos que no ocultaban su placer.

—Me encanta una mujer que se entrega al deseo sin tapujos —le dijo al oído—, me excita una compañera dispuesta y abierta a jugar, a disfrutar del sexo. Y tú, mi Nakia, eres puro sexo embotellado.

Le mordió el arco superior de la oreja y no pudo evitar gemir en voz alta, un pequeño quejido que resonó en la silenciosa sala.

—Y estoy como loco por descubrir a qué sabes.

Le giró el rostro y le comió la boca una vez más. Abandonó sus labios solo para sembrar pequeños besos sobre su espalda, dibujando su columna vertebral, lamiéndole el hueco inferior hasta arrancarle un estremecimiento y hundiéndose en el suelo entre sus nalgas, separándose y tirando de ella hacia atrás hasta que su lengua se deslizó a lo largo de sus pliegues.

—Liosha —jadeó su nombre, su íntima caricia le provocó un ramalazo de placer, pero no se terminó ahí. Cada vez que la acariciaba le provocaba un escalofrío, la recorría una innegable electricidad, no se limitaba a jugar, ni a probarla, la estaba devorando y lo hacía tan bien que todo lo que podía hacer para no desmayarse era respirar.

—Me ha encantado escuchar mi nombre en tu boca —gruñó con voz ronca—, creo que voy a hacer que lo pronuncies mucho más a lo largo de esta noche.

—¿Tanto ego tienes?

Se rio en su sexo, la succionó y supo sin necesidad de palabras que ese era un pequeño castigo.

—Deja mi ego en paz y límitate a darme lo que quiero.

Sus gemidos, su entrega, fue incapaz de negarle nada a ese hombre. Cada pasada de su lengua derribaba alguna de sus defensas, la dejaba excitada, jadeante y dispuesta a suplicar como no lo había hecho jamás en su vida.

Esa simbiosis que se iba gestando entre ellos era innegable y absolutamente sorprendente, nunca le había pasado, ni siquiera con aquellos hombres con los que tenía más contacto que el de un par de frases.

Era una mujer con una mentalidad que seguramente escandalizaría a muchas personas, en especial a otras mujeres, pero su abuela tenía razón, al final era a sí misma a quién tenía que agradar, con quién tenía que vivir y a quién tenía que dar cuentas de sus actos. Esta era ella, la verdadera Nakia, la que no tenía miedo de entregarse al placer y cosechar lo que realmente necesitaba y este hombre tenía la facilidad de ver lo que los demás no veían y hacer algo al respecto.

La volvió loca, la llevó al borde una y otra vez, deteniéndose, soplando su carne solo para volver a lamerla, succionarla y finalmente dejarla temblorosa y rabiosa de necesidad.

—Ni se te ocurra...

No le dejó terminar la frase, le aferró las nalgas y notó su erección resbalando entre sus piernas, frotándose contra su sexo. Su pecho presionó su espalda al tiempo que su boca le acariciaba la oreja y su aliento le soplaba el oído.

—¿Dejarte así? —contestó risueño—. No, cariño, no tengo la menor intención de hacerlo. Estoy deseando ver cómo te estremeces debajo de mí, como me ordeñas hasta dejarme seco... pero hagámoslo bien.

Su pérdida, aún momentánea, fue insoportable. Su cuerpo ardía de necesidad, quería más, quería más de él y eso era tan extraño para ella como el rabioso deseo que ese hombre había desatado en su interior.

Escuchó el sonido de un papel rasgándose, casi al momento vio el envoltorio plateado volando por delante de ella hasta caer al suelo y notó la punta del miembro masculino abriéndose paso en su sexo.

—Canta para mí, dulzura.

Se introdujo poco a poco, saboreando cada segundo, haciendo aquella incursión deliciosamente tortuosa hasta enterrarse profundamente en su interior, llenándola por completo.

—Esto es el cielo...

—Lo será... cuando... te muevas —gimoteó, empujando las caderas hacia él, notando sus testículos contra su piel, enloqueciendo de necesidad—. Por favor...

Se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo una vez más, buscando su boca y besándola profundamente al tiempo que se retiraba y volvía a embestirla iniciando un movimiento delicioso que tocaba cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Me gusta escucharte suplicar —murmuró contra su boca, succionándole la lengua, jugando con ella mientras le sujetaba las caderas y marcaba el ritmo para los dos—. Juraría que no es algo que hagas a menudo.

No, no lo hacía jamás, pero no pensaba decírselo.

—Te siento tan apretada, tan caliente y resbaladiza —continuó con voz cada vez más ronca, jadeante, la voz de un hombre concentrado en una única cosa—. Eres perfecta para mí.

Ardía, Nakia estaba perdida en el calor del momento, en la desesperación del placer y la creciente marea que se agitaba en su interior. Su miembro la enloquecía, la llenaba por completo y le arrebatava cualquier posible contestación coherente, todo lo que podía hacer era permanecer allí, abierta a su placer, a su uso y a la arrolladora necesidad que despertaba en ella y la acercaba más y más hacia el deseado orgasmo.

—Dámelo, Nakia. —Volvió a pronunciar su nombre con voz ronca, con visible esfuerzo y eso la puso incluso más caliente—. Córrete para mí, dame todo lo que eres y grita para mí.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo eligiese por sí mismo, que

sucumbiese a su mando y al desesperado orgasmo que amenazaba con arrebatarse hasta el aliento. Se abandonó por completo a la lujuria y a la necesidad olvidándose de todo, dejó que el orgasmo la arrasara, llevándose su aliento al punto de que todo empezó a darle vueltas.

Se limitó a escuchar el sonido de su propio corazón en los oídos, a respirar de forma entrecortada y dejar que su garganta gritase su liberación mientras él continuaba bombeando en su interior hasta alcanzar su propia meta.

—Jesús, pequeña, eres un maldito volcán —le escuchó jadear en su oído, después de sucumbir a su propio orgasmo, aplastándola con su peso mientras su sexo todavía convulsionaba alrededor de su miembro—. Y uno muy caliente.

Sintió como salía de ella, giró la cabeza para ver cómo se deshacía del condón y volvía al momento para rescatarla de esa incómoda superficie y mantenerla erguida, pegada a él.

—¿Estás bien, bonita?

Cerró los ojos y se apoyó en él, necesitaba unos momentos para que el suelo y el techo ocuparan el lugar que les correspondía.

—Lo estaré tan pronto la habitación deje de dar vueltas.

Él se rió, sus carcajadas le sacudieron el cuerpo e hicieron que sus labios se curvasen a su vez en una sonrisa.

—Ríete, ríete, que ya llegará mi turno.

CAPÍTULO 6

—Parece que la ventisca acaba de hacer acto de presencia y tiene intención de quedarse.

Nakia levantó la mirada, tumbada boca abajo sobre la alfombra, con la piel desnuda iluminada por el fuego de la lumbre y el pelo rubio revuelto era una visión seductora.

Lo último que había esperado esa noche era contar con esa clase de diversión y compañía. La rubísima duende era una mujer peculiar, con una pasión desbordante y una actitud tan liberal como la suya propia. No era el tipo de persona que trabajaría como camarera en un hotel, pero eso era a lo que se dedicaba, y estaba claro también que tenía algún que otro problema con su jefe.

—Espero que decida retirarse por la mañana —comentó desperezándose, invitándole con cada movimiento de su cuerpo a reunirse con él—. Dijiste que habías venido con un amigo. ¿Trabajo o placer?

—En este momento... —Se reunió con ella, tumbándose a su lado, robándole un beso—. Placer, solo placer.

—Eres de los que le gusta mantenerse rodeado de misterio, ¿eh? —comentó tumbándose sobre él, pegando su delicioso cuerpo al suyo—. Y está también ese peculiar acento que no soy capaz de ubicar. ¿De dónde es?

—De un pequeño pueblo de Kizovna —respondió sin darle muchas explicaciones—. Aunque pasé buena parte de mi vida en Moscú.

—Entonces eres kizovnaro.

Sonrió de soslayo.

—Y tú norteamericana.

Parpadeó sorprendida.

—Cómo...

—La forma en que pronuncias algunas palabras, la inflexión de tu voz. —Empezó a jugar con su pelo—. Y la dificultad con la que das los giros. El ruso no es tu primer idioma.

—No, no lo es.

Sonrió.

—Parece que ambos estamos jugando al mismo juego.

—No sé, tú sabes dónde trabajo y yo ni siquiera sé que te ha traído hasta aquí.

—Quería un... fin de semana fuera de lo común antes de volver y... centrarme en mi trabajo —contestó a medias la verdad—. Y he obtenido más de lo que venía buscando.

La abrazó, acariciándola, deleitándose en ella, él hambre volviendo a su cuerpo.

—¿Tan aburrido es tu trabajo que necesitas huir y esconderte en una cabaña en medio de la montaña?

Sonrió y la tumbó de espaldas, le levantó los brazos y se los sujetó por encima de la cabeza.

—Dado lo que he encontrado en la puerta de dicha cabaña, estoy dispuesto a aburrirme más a menudo.

Volvió a besarla, dominándola con su tamaño para empezar a bajar sobre su cuerpo.

—No estarás casado, ¿verdad?

Se la quedó mirando.

—No, Nakia, si lo estuviese jamás nos habríamos encontrado —declaró serio y sincero—. Ahora, gatita, pasemos a algo más interesante.

Se relamió de anticipación, totalmente desnuda y desinhibida se estiraba como una perezosa gatita sobre la alfombra. Le encantaba eso en una mujer, le gustaba la naturalidad que desprendía, la ausencia de fingida modestia, Nakia no tenía problemas en mostrarse tal y como era y eso era algo poco común.

—Tengo hambre, ¿tú no?

Su respuesta fue dedicarle una larga mirada que hizo que su pene se pusiese al momento en guardia.

—¿De comida o de otra cosa?

Sonrió al reconocer la ironía presente en su voz.

—De ambas —aseguró y la miró con renovada intención—, de hecho creo que las dos serían compatibles.

—¿Ah sí? —se desperezó.

—Solo observa.

Echó un rápido vistazo a la bandeja que había dejado a un lado con algunas cosas que había encontrado en la cocina, entre ellas un bote a estrenar de nata montada.

—¿Qué te parece si empiezo por el postre?

Los labios femeninos se curvaron ligeramente.

—Solo si me dejas probarlo sobre ti después.

Se inclinó sobre ella y le acarició los labios con el aliento.

—Hecho.

Dejó su boca y bajó por su cuello, mordisqueándola, dejando un sendero húmedo sobre su piel mientras descendía hacia el valle entre sus senos.

—Creo que empezaré por aquí —comentó con voz enronquecida, ya

podía imaginarse esos erguidos pezones cubiertos por la nata, su lengua disfrutando del sabor dulce y salado entre la crema y su piel—. Sí, justo aquí.

Agitó el bote y, poniéndolo boca abajo empezó a dibujar una especie de figuras sobre el lienzo vivo de su cuerpo. Con cada toque de la fría nata notaba sus estremecimientos, su piel adquiriría el tacto de gallina allí dónde se iniciaba el cambio de temperatura, pero era un momento pasajero.

—Eso... está... frío.

Sonrió ante la tibia protesta.

—Pronto entrarás en calor.

No esperó respuesta por su parte, tampoco es que la necesitara, todo lo que tenía en mente era ese apetitoso lienzo y se zambulló a por él. Se inclinó sobre ella sin tocarla, sus manos y su cuerpo se mantenían en un segundo plano, por ahora solo tenía pensado acariciarla con la boca, lamerla hasta retirar cada rastro de la espesa crema blanca de su cuerpo. Abrió la boca sobre el sinuoso pecho y probó la nata con una pasada de la lengua, no estaba mal, el dulzor le inundó la boca y lo hizo desear más. Siguió el camino entre sus pechos, lamiéndola lentamente, saboreando su piel en contraste con los pequeños puntos blancos que había dejado cual rosetas, eliminando el tacto de gallina en su piel. Le succionó ese punto exacto en la clavícula con el que siempre gemía o se encogía presa del placer, continuó ascendiendo, mordiéndole suavemente la barbilla, para encontrarse de nuevo con esos pecaminosos labios que separó para gozar de su boca.

Nakia no dudó un solo segundo en corresponder a su asalto, se arqueó bajo él, buscando más, pero la sujetó hábilmente contra el suelo obligándola a recibir, sin oportunidad de llevar las riendas. Era una mujer fogosa, acostumbrada a mandar, eso hacía que su rendición fuese incluso más dulce.

—No he hecho más que empezar —le advirtió—, no seas impaciente.

La vio arrugar la nariz, un signo inequívoco de inmediata protesta, pero

todo lo que salió de su garganta fue un quejido cuando penetró a través de sus labios, robándole un nuevo beso para finalmente recorrer el mismo camino que lo había llevado allí a la inversa.

Le gustaban sus pechos, no eran excesivamente grandes, ni muy pequeños y, lo más importante de todo, encajaban perfectamente en sus manos. Los rodeó con los dedos, alzándoselos, dejando las apetitosas cúspides cubiertas de nata a la altura adecuada para su boca y se dispuso a darse un banquete.

El placer la hizo arquear la espalda en busca de un mayor contacto, pequeños ruiditos de lo más sensuales empezaron a formarse en su garganta y pudo notar como cerraba las piernas, frotándose los muslos con abierta necesidad.

Siguió dedicándole su tiempo a esas pequeñas cumbres que se engrosaban y endurecían bajo las atenciones de su boca, las rodeó con la lengua, las succionó y mordisqueó como si fuese un niño hambriento de esos pechos.

—Duros y deliciosos —ronroneó entre cada pasada de su lengua. Ella se retorció debajo de él, demandando más sin necesidad de palabras. Era tan abierta, tan transparente, que le resultaba increíblemente fácil leerla o quizá, era simplemente una cuestión de conexión.

La torturó durante algunos minutos más, pasando de un seno al otro para luego descender por su estómago y hacer lo mismo con su ombligo, acto que le reportó unas inesperadas risitas provocadas por las cosquillas.

—¡Para... para... tengo... tengo cos... cosquillas!

Sonrió con petulancia desde su ombligo.

—No, ¿en serio?

La sorbió, rodeando el pequeño agujero con la lengua antes de darle un mordisco a un lado del vientre que la hizo saltar.

—¡Me has mordido!

—Considéralo la marca de la casa.

Parpadeó asombrada, no sabía si por su gesto o por sus palabras, pero lo que vio en sus ojos lo animó a seguir adelante.

—Una de ellas, al menos.

Dicho eso continuó con sus caricias descendiendo hacia el breve nido de rizos que decoraban su pubis y a duras penas ocultaban el hinchado sexo.

—Separa las piernas —ronroneó deslizando los dedos por sus muslos, animándola a hacerlo, a seguirle la corriente—, quiero más de ti...

—¿No has tenido ya bastante?

—Ni por asomo, pequeña, ni por asomo.

Esos llenos muslos se abrieron lentamente descubriendo su secreto, dándole aquello que deseaba, permitiéndole una perfecta visión de su henchido y rojo sexo húmedo por sus jugos.

Se relamió de anticipación, le dedicó una perezosa sonrisa y continuó con su peculiar festín.

La escuchó sisear cuando la fría crema tocó su flamante calor, pero eso no lo detuvo, nada iba a hacerlo. Riendo bajó la boca sobre su sexo y empezó a lamerlo a través de la cama de nata con la que lo había adornado.

—¡Oh, joder!

Su jadeante exclamación lo hizo sonreír interiormente, no recordaba cuando había sido la última vez que lo había pasado tan bien con una mujer, cuando no había tenido que medir cada uno de sus actos, aunque, posiblemente el hecho de que esta mujer ignorase quién era él era también un punto a favor.

Sintió sus manos resbalando sobre la cama, levantó la cabeza apenas unos milímetros y se encontró con su mirada. El deseo bailaba en sus ojos, el morbo lo acompañaba como lo hacía la desnuda hambre que la llevaba a lamerse los labios y, bajo esa mirada, decidió seguir con su peculiar festín.

Había algo tórrido en mirarla mientras disfrutaba de semejante vianda, algo sumamente erótico y que hacía que su pene se endureciese incluso más.

La vio coger aire, echar la cabeza atrás y gemir arrebatada por el deseo, levantó las caderas buscando acercarse más a su boca, demandando en silencio sus atenciones y no dudó en prodigárselas una y otra vez.

—Esto... esto es... de... decadente... —Se las ingenió para gemir ella —. Tú... tú eres decadente... Liosha.

Le gustaba escuchar su nombre en esa aterciopelada voz, pero más le gustaba aún oírla gemir como si no hubiese un mañana.

—Y eso te pone muy, muy caliente.

—Dios, ¡sí!

Se rió contra su sexo, retiró cada pedazo de nata a lametones, la succionó y la penetró tan profundamente como le permitía la lengua. Era un erótico manjar que muy pocos hombres sabían apreciar o extraer de él lo que realmente merecía la pena.

—No pares...

Como si tuviese intención de hacerlo, pensó divertido. Vio cómo se llevaba las manos a los pechos y sintió celos de los dedos que acariciaban esos montículos, que jugaban con los pezones.

La lamió una vez más, succionándole el clítoris mientras un par de dedos se unían ahora al juego y la penetraban con facilidad.

—Debería haberte atado las manos por encima de la cabeza —gruñó más para sí mismo que para ella—. No quiero que toques lo que es mío.

Ella se echó a reír y, para su sorpresa llevó ambas manos por encima de la cabeza.

—Eres toda una caja de sorpresas, mi señor huésped.

Bufó y le dio una inesperada bofetada entre las piernas que la hizo saltar y mojarse aún más.

—Y tú una pequeña gatita deslenguada —aseguró un instante antes de retomar su ataque dónde lo había dejado. Le acarició con la lengua mientras la penetraba con los dedos, alternando sus caricias para que sintiera todas y cada una de ellas. La estaba volviendo loca y lo sabía, reduciéndola a un manojo de jadeos y gemidos mientras su cuerpo se tensaba preparándose para el nuevo orgasmo.

—¡Liosha!

La risa manó de su pecho sin poder detenerla, la satisfacción masculina lo llenó por completo mientras la conducía a un demoledor orgasmo que la hizo gritar.

CAPÍTULO 7

—¿Dime algo que no le hayas dicho a nadie jamás?

Alexei bajó la mirada a la mujer que tenía entre sus brazos, su cuerpo saciado después del mejor sexo que había tenido en mucho tiempo, el agua caliente lamia su cintura dejando esos pechos que tanto le gustaban descubiertos.

—Si no se lo he dicho a nadie, ¿qué te hace pensar que te lo diré a ti? — contestó besándola tras la oreja.

Este era un momento de tranquilidad, uno para disfrutar de una inmensa bañera, lejos del frío y la nieve que seguía cayendo detrás de los cristales helados de la ventana. Era uno de esos momentos que un hombre como él atesoraría en lo más recóndito de su mente, uno que no estaba acostumbrado a tener.

—Porque a partir de mañana veo bastante difícil que volvamos a coincidir —le dijo con total sinceridad al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás sobre su hombro y le sonreía con esa picaresca suya—. Y no es como si fuese a publicarlo en los periódicos o en algún blog, ¿no?

Si tú supieras, pensó con palpable ironía.

—¿Acaso eres bloguera?

Su pequeño bufido en cierto modo lo tranquilizaron. Lo último que

deseaba era haber pasado la noche con una periodista. Aunque, por otro lado, después de la magnífica velada que había tenido con esa mujer, le daba lo mismo si era periodista, carnicera o una simple camarera de hotel.

—Siento desilusionarte, pero soy incapaz de redactar algo más elaborado que la lista de la compra —aseguró muy convencida de ello—. Admiro a aquellos que tienen el don de escribir un libro.

Estiró las piernas dejando que su cuerpo se hundiese entre ellas, atrayéndola más cerca, disfrutando de estar piel con piel.

—Solo quiero tener algo que recordar —continuó ella deslizando los dedos sobre una de sus manos, enredándolos con los suyos y levantándolos como si quisiera examinarlos.

—Diría que tienes mucho donde elegir. —Ladeó la cabeza para acceder al delgado cuello y le prodigó una serie de pequeños besos—. Pero si crees que no es suficiente...

La mano libre abandonó su cintura y resbaló por su tripa sumergiéndose bajo el agua hasta acariciarla muy sutilmente. La respuesta fue inmediata, emitió un pequeño jadeo y se frotó contra él, sin embargo sus labios emitieron una protesta.

—Lo ha sido, Liosha, maravilloso y suficiente...

Se rió entre dientes y cambió la dirección de sus besos para lamerle la oreja.

—Y esa es la respuesta correcta.

Suspiró y se dejó ir con languidez, acomodándose incluso más cerca de él, como si temiese que su cuerpo se desvaneciese de un momento a otro.

—Dime algo, lo que sea —insistió.

Contuvo un suspiro, abandonó sus caricias y dejó que su mirada vagase hacia la ventana mientras su cerebro buscaba algo lo suficiente inocente y anodino que no trajese repercusiones futuras.

Ella ignoraba quién era él, no tenía la menor idea de que estaba en los brazos del monarca de Kizovna y esa ignorancia era lo que le permitía ser él mismo, lo que hacía que pudiese abrirse por completo. Nakia no deseaba al rey, lo deseaba a él.

—Me gusta la nieve.

Sus palabras fueron apenas un susurro, pero ella las escuchó, ya que se giró en su dirección con una perezosa sonrisa curvándole los labios.

—¿Y eso es algo que nunca le has dicho a nadie?

La miró y le devolvió la sonrisa con la misma pereza.

—Nadie sabe que me gustan los días en los que puedes ver como la nieve cae poco a poco, creando un blanco manto, ignoran que disfruto levantando el rostro y dejando que los copos caigan sobre mí —resbaló ambas manos por su cuerpo, envolviéndola y apretándola suavemente contra él al tiempo que le susurraba al oído—. Nadie sabe lo mucho que me gusta poder relajarme en un jacuzzi, con una suave y tierna mujer entre mis brazos, dispuesta a mantener una conversación tan intrascendente como el preguntarme qué secretos guardo y que yo esté dispuesto a contárselos.

Respiró profundamente dándose cuenta de la verdad que había tras esas palabras.

—Nadie sabe que daría todo lo que tengo por disfrutar de la paz que me transmite un momento como este.

—Te equivocas —replicó ella estirando el brazo y acariciándole la cara —, yo sí lo sé.

—Y espero que me guardes el secreto, mi *Nakia*. —Se inclinó para besarla en los labios, apenas un roce, un ligero contacto que no hacía otra cosa que despertar su hambre. Era como si nunca pudiese saciarse de ella.

—Ahora mismo siento la estúpida compulsión de darle las gracias al capullo de mi jefe por haberme asignado la limpieza de las cabañas de la

montaña —ronroneó acomodándose contra él de lado, dibujando figuras en la piel de su pecho—. El muy imbécil solo quería joderme el fin de semana, pero me ha hecho un regalo.

Su admisión lo hizo sonreír.

—¿Te parezco un regalo?

Levantó la cabeza y sonrió pícaro.

—¿Abrir la puerta de una cabaña para escapar de una ventisca y encontrarte con un monumento de hombre cuya masculinidad la cubre únicamente una breve toalla? Solo te faltaba el lazo rojo alrededor del bíceps, Liosha.

Se echó a reír.

—Eres la primera mujer a la que oigo decir algo así.

—Eso es que las demás eran ciegas, tontas y aburridas.

Apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—¿Comparadas contigo? Sí, lo eran.

Ella suspiró, sus brazos se movieron hasta abrazarlo, sus pechos se pegaron contra su torso y sintió de nuevo deseos de tomarla.

—¿Quieres escuchar algo que no he dicho nunca a nadie?

Asintió con un murmullo.

—Lo estaba esperando.

—Si nos hubiésemos encontrado en otro lugar u otras circunstancias, tú serías el último hombre con el que habría mantenido una conversación.

¿Acaba de escuchar tristeza en su voz?

—¿Y eso por qué?

—Porque serías inalcanzable —aseguró levantando la mirada hasta encontrarse con la suya—. Este Liosha no es el que le mostrarías a alguien en público. Tu forma de hablar, de expresarte, de moverte... de evadir lo que no quieres decir... Eres un hombre acostumbrado a que se haga tu voluntad,

probablemente seas el CEO de alguna gran empresa, quizá un marchante de arte o simplemente alguien de la *jet set* intentando pasar desapercibido. Has venido aquí para huir de todo eso y ser tú mismo...

Le sostuvo la mirada y ella se incorporó poco a poco hasta quedar de rodillas entre sus piernas.

—Te veo porque así es como me veo a mí misma —concluyó con un ligero encogimiento de hombros—. La Nakia que has visto esta noche, no es la que te encontrarías cualquier otro día por la calle. A esa mujer, probablemente nunca la mirarías.

Se echó hacia delante, enredó los dedos en su pelo y le sujetó la cabeza.

—Hay algo que sí puedo decirte, pequeña *Navidad*. —La miró a los ojos—. Da igual dónde estuvieses, en qué lugar nos encontrásemos, eres una mujer por la que me daría la vuelta.

Sonrió lentamente.

—Eres muy dulce.

Sonrió a su vez.

—No es verdad.

Se echó a reír ante su vehemente negativa.

—De acuerdo, no eres dulce, eres caliente y un gran amante.

Su sonrisa se amplió con fingida petulancia.

—Y esa es sin duda la declaración correcta.

Contempló sus labios un segundo y los reclamó para sí, reclamó de nuevo a esa dulce y fogosa mujer que se había encontrado en el umbral de su cabaña y volvió a poseerla para grabarse su recuerdo para siempre en la piel.

CAPÍTULO 8

No era una cobarde. La vida le había enseñado a enfrentarse a las cosas de frente, a ser sincera consigo misma y sin embargo, Nakia, elegía huir sin más palabras que las dichas durante la noche.

Quizá a la luz del día las cosas se viesan distintas, quizá la vergüenza de la que había carecido anoche apareciese con el amanecer, quizá sencillamente no sabía cómo decir adiós.

Se arrebujó en su chaqueta, subió la cremallera hasta la barbilla y se enfundó el gorro. Miró una última vez la puerta cerrada a sus espaldas y abandonó el porche para dirigirse al lugar en el que había dejado la moto de nieve.

Todo se veía blanco, sus huellas de anoche habían desaparecido y le costaría avanzar, pero había conseguido contactar con el teléfono satélite al centro de vehículos y ya estaban listos para recoger la moto averiada y a ella.

Era hora de volver a casa, bajar de la montaña y hacerle una visita a Natasha. Le había prometido ayudarla con la mudanza, estaba segura que tendría mucho que decir después del escueto mensaje que le había dejado la noche anterior.

«Me he quedado atrapada en la montaña. Estoy bien. Pasaré la noche en una lujosa suite».

No había añadido que no estaría sola, ni que el hombre en toalla le aceleró el pulso nada más verle. No podía confesar que había deseado a un completo desconocido nada más verle. Había cosas que ni siquiera se podían contar a las amigas y esta era una de ellas.

Había sido sincera cuando le dijo a Liosha que en otro momento y otras circunstancias ni siquiera se mirarían a la cara. No tenía que ser vidente para sacar un par de conclusiones rápidas. Alguien tenía que tener dinero de sobra para poder permitirse alquilar esa cabaña, su forma de hablar e incluso lo que callaba decía mucho sobre el hombre que era. Él había venido allí huyendo de algo, deseando esconderse y pasar desapercibido y había sido muy cauto eligiendo cada una de sus palabras. No era un hombre con el que habría podido encontrarse por la calle, así que era mejor marcharse y no mirar atrás y anhelar algo que no estaba a su alcance.

—Ha sido una noche para recordar, una bonita noche, solo una.

Apretó el paso en la medida que la reciente nevada se lo permitía y continuó su camino sin mirar atrás.

CAPÍTULO 9

Alexei se había equivocado. Él, un hombre metódico, conocedor de las mujeres, se había equivocado profundamente. Una no era suficiente. Lo comprendió al despertar y ver que se había ido, al sentir una inesperada punzada de rabia por no haberse dado cuenta, por no haberla retenido. Él, el dirigente de todo un país había perdido a la única mujer que sí desearía ver al despertarse por la mañana.

Nakia se había esfumado sin dejar ni rastro, había recogido sus cosas en el complejo e incluso renunciado a su trabajo. La mujer había volado.

—La señorita Waverly lleva media mañana esperando, majestad — habló su amigo—. ¿Qué quieres que haga? ¿La recibirás?

Levantó la mirada y vio a la mujer sentada en la recepción del resort, el motivo de su presencia allí, el motivo de sus planes.

Virkinov se había presentado a la hora acordada recordándole que su motivación para alojarse en esa ubicación lo estaría esperando en el edificio principal. Una motivación que se había esfumado de su mente en las últimas horas.

—¿Liosha?

Respiró profundamente, se levantó y asintió.

—Yo la atenderé.

Virnikov lo miró dudoso.

—¿Estás seguro?

No. En esos momentos no estaba seguro de nada, pero era lo que debía hacer.

—Ha venido hasta aquí, lo mínimo que puedo hacer es atenderla personalmente —aceptó pensando ya en cómo iba a decirle a esa mujer que ya no la necesitaba. La presencia de Nakia lo había cambiado todo, algo tan absurdo como seguro—. La compensaré económicamente por la molestia de haber tenido que venir hasta aquí.

El hombre se limitó a gruñir.

—¿Y qué pasa con ese duende navideño del que no has dejado de hablar desde que atravesé la puerta de la cabaña?

No dudó en su respuesta, era una que había quedado muy clara.

—Se ha ido con la suficiente prisa como para dejar claro que lo de anoche fue algo pasajero.

No dejó de mirarle.

—¿Entonces...?

Sacudió la cabeza sabiendo cual era la respuesta a la pregunta no formulada.

—Mi último fin de semana de libertad parece que se ha acortado de repente —se encogió de hombros—. Prepara todo para volver a casa.

Se cuadró con un firme saludo y salió a cumplir con sus órdenes.

Era hora de dejar sus travesuras atrás, de centrarse en lo que tenía por delante y convertirse en el hombre que su padre siempre pensó que sería. Por más que deseara a esa mujer no podía olvidar que era una virtual desconocida, que no sabía más de ella que lo que le había dejado ver y que había dejado claras sus intenciones con una furtiva partida. No tenía tiempo para jugar, ya no podía permitirse hacerlo, debía aceptar de una vez quién era, a lo que

estaba destinado y trabajar para sacar adelante un país pequeño e independiente como el suyo.

No la olvidaría, lo sabía con absoluta certeza, su recuerdo perduraría en su mente, en su boca y en su cuerpo, pero había llegado el momento de hacerla a un lado y ser Alexei.

—Hasta siempre, *mi Nakia*.

CAPÍTULO 10

—Se te jode la moto, te quedas tirada en medio de la montaña, te metes en una cabaña ocupada por un Adonis recién salido de la ducha que te folla como si no hubiese un mañana —resumió Natasha sin apartar la mirada de la suya—, y al día siguiente te entran los remordimientos y, en vez de pedirle su número de teléfono —o por qué no ya un bis—, huyes y renuncias al trabajo. —Aspiró entre dientes y chasqueó la lengua—. No es que fuese una maravilla de trabajo, especialmente con ese neandertal que tenías por jefe, pero era mejor que nada. ¿Te has dado cuenta que te has despedido en plena campaña de Navidad?

Nakia la miró por encima de la caja con la etiqueta «cocina» que llevaba en los brazos. Alta y atlética, Tasha era la típica muñeca rusa, no en vano había trabajado años atrás de modelo, antes de que le fuese diagnosticado un cáncer de pecho y decidiese que había cosas más importantes en la vida que lucir cuerpo en una pasarela.

Había sido precisamente en esa etapa tan dura en la vida de la mujer cuando la conoció, era todo un ejemplo de perseverancia y superación, le había enseñado a no rendirse y era una lección que creía aprendida, hasta la mañana anterior.

Se había trasladado a Moscú a la velocidad de la luz, se había dejado

caer agotada en su puerta con tan pocas ganas de hablar que su amiga se había limitado a hacerla entrar y preparar un chocolate caliente. Pero el indulto se había terminado esa mañana cuando arrastró su lastimero culo de la cama y empezaron con la mudanza.

—Era despedirme o romperle todos los dedos de la mano la próxima vez que intentase posarla en mi culo —replicó pasando el umbral de la nueva cocina y dejar la caja junto a las otras tres que ya estaban allí—. Y eso sería considerado violencia, así que...

—Deberías haber denunciado a ese cerdo por acoso —siseó su amiga—. No se puede permitir que este tipo de situaciones queden impunes.

—Si me hubiese quedado un día más, habría hecho las dos cosas —aseguró pasándose las manos por el pantalón—, romperle los dedos de la mano y denunciarlo. Pero ese imbécil no tuvo mejor forma de cubrir su propia ineptitud que culparme a mí de la avería del vehículo y de haberme quedado atrapada en la montaña.

Siseó al recordar a esa comadreja con el rostro encendido y gritándole como si estuviese sorda.

—El muy cabrón no nos dijo ni a Nadja ni a mí que había aviso de tormenta —aseguró—. Si me hubiese pasado algo allí arriba... No, puedo haber renunciado, pero ten por seguro que él no va a permanecer mucho tiempo en su puesto.

Tenía toda la intención de ponerse en contacto con la directiva del complejo recreativo y presentar una queja formal por lo ocurrido ese fin de semana.

—Qué asco de hombre.

—No te haces una idea.

Pero más allá de todo eso, Natasha tenía razón. Se había quedado sin empleo en plenas Navidades. Tenía que ponerse las pilas y buscar un nuevo

trabajo, el quedarse de brazos cruzados no era algo que pudiese hacer, ni aun queriendo.

—Estoy pensando en hacerle una vista a Eros...

Su amiga se detuvo en seco.

—¿Te irás a pasar las fiestas a Estados Unidos?

Se encogió de hombros.

—No es como si el trabajo me retuviese aquí, ¿no? —comentó volviendo a por más cajas a la entrada—. Mi primo y su esposa acaban de tener un bebé. El camping que gestionan en Utah suele llenarse en estas fechas y Eros me ha pedido ayuda ahora que el pequeño Aedan ha llegado para quedarse.

Su amiga la miró como si le hubiese salido otra cabeza.

—¿Piensas hacer de niñera?

Le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—¿Te parece que tengo pinta de cuidadora de bebés?

Negó con la cabeza.

—No, ni la más mínima —se rió—. Lo más seguro es que le provocases pesadillas al pobre niño.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—No exageres... los niños suelen adorarme...

—Sí, y tú huyes de ellos como la peste.

—Eso es verdad —aceptó totalmente convencida de ello—. El caso es que podría trasladarme a Utah unos meses y ayudar con la gestión del lugar. Sería todo un cambio de aires.

—Uno bastante drástico —aseguró Natasha cogiendo un par de cajas de la entrada para llevarlas dentro—, pero si eso es lo que necesitas, deberías hacerlo.

La miró e hizo una mueca.

—Tú lo que quieres es perderme de vista para tener tu propia luna de miel con Mijaíl —le recordó con gesto burlón—. ¿Cuándo vuelve de Kizovna?

—A finales de semana, espero —respondió desapareciendo en el interior de la vivienda.

Su amiga se había comprometido por fin con su amigo de la infancia. Había tenido que pasar por varias relaciones antes de decidir que el hombre perfecto para ella había vivido la mayor parte de su vida en la puerta de al lado.

Misha era un hombre educado, agradable, con un sentido del humor contagioso. Siempre parecía estar de buen humor, era optimista por naturaleza, en definitiva, la pareja ideal para alguien como Natasha.

El último año había sido como una especie de prueba de compatibilidad, ambos querían estar seguros de que eran el uno para el otro y, después de un par de tiras y aflojas por fin se habían decidido a irse a vivir juntos.

—Ayer me llamó para confirmarme que volvería el viernes, pero todo depende de cómo estén las cosas por allá. —Hizo una mueca—. Nunca te enamores de un diplomático, Nakia, especialmente de uno que trabaje para el gobierno de Kizovna.

Sonrió al escuchar sus palabras desde el interior de la vivienda, cogió otra de las cajas que esperaban su turno en la acera y entró.

—No sé por qué tengo la sensación de que antes de que acabe el próximo año estarás haciendo de nuevo la mudanza para irte a vivir a ese país.

Se encontró con ella a medio pasillo y la vio resoplar.

—Por ahora ya estoy invitada al baile de Nochebuena que dará el recién coronado rey. —Hizo una mueca al tiempo que le cogía la caja de los brazos—. Esa fue otra de las cosas por las que me llamó ayer Misha, para decírmelo.

—Bueno, bueno, bueno, te vas a codear con la *creme de la creme*.

—Preferiría que me colgasen antes de los pulgares —replicó con un resoplido—. Pero parece que ni queriendo podré librarme de esa tortura.

Se rio y sacudió la cabeza.

—Eres una exagerada —declaró volviendo a por más cajas—. Tú te mueves como pez en el agua en esos eventos, conoces hasta el protocolo.

Sus años de modelo la habían llevado a las más altas esferas, unas de las que no había sacado buenas experiencias a juzgar por la forma en la que evitaba todo aquel mundo.

—Ese mundo es todo fachada, Nakia, no hay nada ni nadie auténtico en él —se quejó—. ¿Príncipes y cuentos de hadas? Ni hablar, aquí la rana no se convierte en príncipe aunque lo disfraces de uno.

Se rio entre dientes.

—Adiós al romanticismo.

—Citando a una rubia menuda y respondona: Romanticismo, ¿qué es eso? ¿Se puede comer? ¿Está rico?

Su risa emergió libremente al reconocer sus propias palabras en las de su amiga.

—Y sigo preguntándome si se puede comer —replicó divertida.

Natasha volvió a su encuentro, se llevó las manos a las caderas y sacudió la cabeza.

—No sé si me preocupa más tu falta de romanticismo o que te cuelgues por un tío al que no conoces de nada y con el que estuviste únicamente una noche.

Parpadeó ante sus palabras, su risa se convirtió en pura ironía.

—No me he colgado de él.

No necesitó decir nada, su rostro hablaba por sí sola.

—Vamos, Tasha, me conoces muy bien, sabes que no soy de

enamoramientos...

Se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo era, Nakia, hasta que apareció el hombre indicado y no necesitó más que decirme que estaba equivocada para ganarme.

Sacudió la cabeza.

—Solo fue una noche de sexo, de muy buen sexo, pero nada más.

Optó por no responder, pero tampoco es que hiciese falta, sus ojos hablaban por sí solos.

—Si sigues pensando eso dentro de una semana, te creeré.

Arrugó la nariz y sacudió la cabeza. Una semana, un mes, un año... pasase el tiempo que pasase, esa noche no sería nada más que un recuerdo.

CAPÍTULO 11

Las guirnaldas de acebo y piñones, las largas cintas decoradas, las flores de pascua en cada centro de mesa, el enorme abeto dominando una buena parte del gran salón... La Navidad había llegado a Kizovna y con ella el esperado baile de Nochebuena.

Esta sería la primera Navidad que pasarían sin su padre, en la que ejercería el papel que hasta entonces había representado él y no podía evitar sentir que era demasiado pronto, que todo había caído sobre sus hombros con demasiada precipitación.

Un dulce aroma a lilas seguido de una suave mano posándose sobre su brazo le advirtieron de la presencia de la reina viuda, su madre. Alexei se giró hacia ella, tomó su mano y se la llevó a los labios con una cariñosa sonrisa. A pesar de que se había pasado toda la última semana refunfuñando, había dejado momentáneamente su viaje para acompañarle en ese baile.

—Como siempre, eres la flor más hermosa de toda la estepa rusa.

Ella enarcó una ceja ante su respuesta, sus ojos, una copia de los suyos se clavaron en él con certera precisión.

—Dirías cualquier cosa con tal de que te ahorre el desfile de damas que acudirán a ti durante el resto de la noche.

Hizo una mueca que solo ella vio, se acercó a su oído con disimulo y

vertió rápidamente en él.

—No estoy seguro de si el sesenta por ciento de las mujeres presentes podrían entrar en esa categoría, mamá.

Ella le dio una palmadita a modo de regañina y chasqueó la lengua. La reina era todavía una mujer joven y atractiva, se había casado con su padre por amor, a ninguno de los dos le había molestado el que su familia careciese de abolengo, que no perteneciese a la *jet set*, ni los catorce años que los separaban. Se habían amado como ninguna pareja que él recordase, se habían apoyado en los buenos y los malos momentos y le habían enseñado a medir a la gente por su valía y no por su estatus.

No dejaba de ser sorprendente como aún hoy, en pleno siglo veintiuno, seguía habiendo una marcada diferencia de clases, como los más ricos y poderosos, los que portaban el nombre de una antigua familia como insignia miraban por encima del hombro a aquellos que consideraban inferiores.

Alexei recordaba haber jugado con los hijos de las personas que trabajaban en palacio, recordaba haberse manchado de barro, haberse desollado las rodillas y muchas más cosas que harían los chiquillos al jugar, sus padres siempre lo habían animado a ello.

«No serás un buen rey si no sabes cómo siente la gente que tiene menos que tú, lo que significa valorar a un hombre por quién es y no por lo que tiene».

Unas palabras que llevaba grabadas en el alma, que se habían convertido en su propio estandarte durante buena parte de su vida y que, incluso ahora, estaban más presentes que nunca.

—Recuerda que ahora eres el rey, no estaría bien visto que le pusieses una etiqueta a cada una de las invitadas —comentó intentando contener una risita—. Aunque sería algo de lo que sin duda disfrutaría mucho.

Puso los ojos en blanco ante el comentario de su madre, pero no dijo

nada, pues esta ya había enlazado su brazo en el de él.

—Bien, mientras damos un paseo por la sala y te dejas ver, ¿por qué no me cuentas sobre esa escapada tuya y las consecuencias que ha tenido?

La miró de soslayo.

—¿Qué consecuencias?

La mujer sonrió a unos invitados, correspondió a su saludo y él hizo lo mismo. Todavía no se acostumbraba a que lo llamasen «majestad».

—Solo llevo una semana en palacio y ya te he visto suspirar, penar y rechazar a las mujeres a las que antes habrías dedicado parte de tu tiempo. — Fue directa al meollo del asunto—. Mijaíl ha evitado por todos los medios responder sobre tu, al parecer, inesperada ausencia de todo un fin de semana el mes pasado. De hecho, me ha evitado cuanto ha podido desde que llegué y Virkinov está incluso más callado que de costumbre, más ceñudo y contesta con monosílabos, incluso a mí, lo cual es profundamente sospechoso.

Sí, para ella lo sería puesto que tanto su amigo de la infancia como su asesor habían sentido debilidad por la reina, de hecho, ella era la única persona con la que Virkinov mantenía largas conversaciones.

—Tú nunca has sido de enamoramientos tontos y aquí estás, triste y melancólico, escondiéndolo todo bajo una capa de rectitud y una sonrisa falsa mientras tus amigos intentan cubrirtte las espaldas —le soltó con su habitual franqueza—. Está claro que Cupido te ha alcanzado con su flecha, así que, ¿por qué no está ella aquí?

Si su madre trabajase para la antigua KGB sin duda Rusia sería una potencia mundial muy distinta, pensó con palpable ironía.

—Porque huyó antes de que pudiese pedírselo.

Una verdad a medias, pensó, pero lo último que le diría a su madre, por muy liberal que esta fuese y por mucho que la quisiera, era que no podía sacarse de la cabeza a una mujer con la que había follado durante una noche.

—¿Conoce tu identidad? —Tan aguda como siempre, pensó divertido—. Tu verdadera identidad.

Negó con la cabeza y sonrió a una pareja con la que se encontraron en el camino. La sala estaba llena de dignatarios y sus esposas, empresarios con los que tenía alguna clase de comercio o con los que quería tenerlo, algún que otro periodista de confianza y los amigos y consejeros más allegados a su padre. El lujo coqueteaba entre la belleza y la decadencia, las mujeres vestían a la última moda, la mayoría con sensual recato, pero no por ello dejaban de mostrar lo que tenían como si estuviesen en un concurso de belleza.

No, Nakia no encajaba en aquel ambiente, nunca la vería en un lugar como aquel, no a su polvorilla nocturna.

—Ya veo —replicó su madre como enigmática respuesta—. Tu padre tenía razón, después de todo.

Su comentario captó su curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Lo miró con esos bonitos y cálidos ojos.

—Que eres igual a él —aseguró con una nostálgica sonrisa—. Y veo que en muchos más sentidos de lo que podía imaginarse. Aunque él era menos temerario, quizá porque también eran otros tiempos y no poseía la vena aventurera que sin duda has heredado de mí.

—Así que por fin lo admites.

Enarcó una delgada ceja.

—¿Qué eres tan temerario, irreverente y aventurero como tu adorable madre? —le dijo con palpable ironía—. En algo tenías que parecerte a mí, ¿no?

Sonrió divertido y, cogiéndole la mano se la llevó a los labios.

—Me parezco mucho a ti.

Se detuvo y eso lo obligó a parar.

—¿Tanto como para arriesgarte a perseguir lo que deseas? —preguntó repentinamente seria—. Sé que la partida de tu padre ha sido un duro golpe para ti, Alexei, tan fuerte como lo fue para mí. Pero tú tienes sobre tus hombros además el legado que dejó, fuiste coronado rey cuando su cuerpo todavía no se había enfriado y...

—Mamá, por favor...

—Y me pregunto si eso no habrá sido un error.

Sus palabras lo golpearon con fuerza.

—Madre...

Ahora fue ella quien hizo una mueca y lo arrastró sin miramientos hacia un lateral.

—Siempre fuiste un buen hijo y sé que serás un maravilloso monarca para nuestro pueblo —aseguró mirándole a los ojos—. Pero si tengo que verte suspirar como un gato sin pareja, vagando por el palacio como un fantasma despojado de alma, juro por Dios que te lanzo algo a la cabeza.

No pudo hacer otra cosa que reírse entre dientes.

—¿Esta es tu manera de decirme que soy un estúpido por no haberme puesto a buscarla?

Se alisó una arruga imaginaria del traje de noche y levantó la mirada hasta encontrarse de nuevo con la de él.

—No, no diré tal cosa porque creo que eres bastante inteligente y, sencillamente, no has tenido tiempo para pensar con claridad.

No pudo evitar poner sus pensamientos en voz alta.

—Solo fue una noche...

La mujer enarcó una ceja ante su admisión.

—¿Y? ¿Crees que tu padre o yo necesitamos mucho más para saber que estábamos hechos el uno para el otro?

No, no lo habían necesitado. Era algo de lo que siempre se había jactado

su padre, que había conquistado a su reina la primera vez que se encontraron.

—Tú sabías quién era papá la primera vez que lo viste.

Ella ladeó la cabeza con gesto curioso y llegó incluso a apartar brevemente la mirada.

—Um... no del todo.

Aquello lo llevó a parpadear.

—¿Cómo que no del todo?

Se lamió los labios y volvió a ver a la mujer que recordaba de su niñez, a la impetuosa y juguetona reina que no dudaba en arrastrarse por el suelo detrás de él.

—Equivocadamente pensé que tu padre era el guardia personal del rey y no el rey en sí mismo —confesó solo para sus oídos—, y él no me quitó de mi equivocación hasta... que el verdadero guardia apareció y puso a tu padre a caer de un burro. Nunca olvidaré la manera en que se le enrojecieron las orejas. Kostya tenía la facultad de hacerlo enrojecer hasta parecer verdaderamente contrito. Y creo que su hijo, Virkinov, tiene su mismo don, ¿eh?

Puso los ojos en blanco.

—Me temo que he sacado tu tono de piel y no el de papá —aseguró divertido y sorprendido por su admisión—. ¿Qué pensaste cuando descubriste que te habías enamorado de un rey?

Se encogió de hombros y le dio la espalda.

—Que fuese rey o un simple plebeyo, se había ganado mi corazón —aseguró empezando a alejarse—, aunque él no lo supo hasta que lo tuve de rodillas y suplicando perdón. —Se detuvo y le echó un último vistazo por encima del hombro—. Deberías ensayar como ponerte de rodillas y suplicar, *majestad*, lo necesitarás.

Con una coqueta reverencia, su madre continuó a través del salón

dejándole a solas con sus palabras todavía resonando en su mente.

—No, una noche no es suficiente, Nakia —murmuró para sí comprendiendo que su historia no había hecho más que comenzar—, pero es un comienzo.

El comienzo de una búsqueda que no sabía a dónde le conduciría ni como terminaría, pero si de algo estaba seguro era de que lo intentaría.

Respiró profundamente y echó un vistazo a la muchedumbre allí congregada, a las personas que habían venido a celebrar la Nochebuena en palacio, a ver como se desempeñaba el nuevo rey y escuchar la proclamación que era tradición después de una sucesión.

—Si puedes escucharme, papá, intenta no reírte demasiado.

Se alisó la chaqueta, comprobó que la banda estaba derecha y caminó hacia el centro de la sala dónde su madre sonreía abiertamente como si supiese que había tomado una decisión. Cogió una copa de champán de una de las bandejas y miró al Primer Ministro, uno de los hombres más íntegros y amigo personal de su padre, quién asintió y se dispuso a alzar la voz para llamar la atención de los presentes.

—Damas y caballeros, distinguidos dignatarios y amigos, su majestad el rey Alexei Nikoláyevich Vasiliy.

A su anuncio toda la sala se inclinó como correspondía al protocolo.

—Bienvenidos y gracias a todos por concurrir a la fiesta anual de Navidad —declaró mirándolos a todos y cada uno de ellos con aplastante seguridad—. Este año es especialmente significativo para nuestro país, así como alegre y doloroso a la vez para mí y mi familia. Mi padre, el rey, nos dejó a principios de año y hoy, como su heredero, me corresponde a mí tomar el testigo y pronunciar el discurso que dé comienzo a estas entrañables fechas.

Vio por el rabillo del ojo como Virkinof se iba acercando hasta posicionarse unos pasos por detrás de él, así como su madre se mantenía a su

lado con serena compostura. Solo quienes la conocían sabrían que ese rictus que le curvaba los labios ocultaba algo; su propio disfrute.

Prosiguió con el discurso que había escrito y repasado una y otra vez, lo pronunció con seguridad, dijo cada palabra como la sentía, una promesa de prosperidad, de futuro y de compromiso para su pueblo. El orgullo y la aceptación vagaban sobre los rostros de la sala, unos más convencidos que otros pero todos dispuestos a poner su confianza en el nuevo monarca.

Hizo una pausa, miró la copa que todavía tenía entre los dedos y llegó a la parte que sin duda todos esperaban, se giró hacia su progenitora, la reina, y le tendió la mano que ella se apresuró a tomar.

—Como viene siendo ya tradición, cuando un nuevo monarca sube al trono se espera que presente a la mujer que ha elegido como consorte y futura reina en la fiesta de Nochebuena —comenzó poniendo exquisito cuidado en cada una de sus palabras—. Mi padre, nuestro difunto rey, os presentó a su reina —se llevó la mano de su madre a los labios y se la besó—, la mujer a la que amó, respectó y quiso hasta el último momento.

Los ojos de su madre brillaron con unas lágrimas no derramadas, la emoción presente en ellos.

—Hoy, veinticuatro de diciembre, debería presentaros a la dama que se convertirá en mi esposa y en vuestra reina. —El uso del condicional en sus palabras levantó un sordo rumor, miradas que se intercambiaban, si bien todavía nadie se atrevía a murmurar, estaban atentos para emitir cualquier posible respuesta—. Sin embargo, mi futura esposa no se encuentra hoy en esta sala. —Los murmullos llegaron al momento junto a las expresiones asombradas y confusas de varios rostros. Virkinof puso los ojos en blanco, el cambio más significativo en su rostro y que ponía de manifiesto lo que estaba pensando—. Y no será presentada ante el pueblo hasta la víspera de San Jorge, en la que se celebrará el anuncio de la boda real.

El murmullo creció en intensidad, empezaron a elevarse algunas indignadas protestas, exclamaciones de sorpresa y aparecieron varias miradas de profunda confusión.

—Esto es inusual...

—¿Cómo no presenta a la mujer escogida?

—¿Acaso no ha elegido todavía?

—¿Cómo es posible?

Ignoró cada una de las preguntas murmuradas y levantó la copa de champán haciendo que un rápido silencio recorriese la sala.

—Por la reina, por nuestro bien amado rey Anatoli y por Nakia — declaró mirando a cada uno de los presentes con un obvio desafío a contradecirle—. Feliz Nochebuena a todos, amigos y feliz Navidad.

Cada uno levantó la copa por inercia, repitiendo el brindis sin saber lo que sus palabras ocultaban realmente.

—En el futuro te agradecería me pusieses al corriente de esa clase de declaraciones, *majestad* —gruñó Virkinov solo para sus oídos—. Eso evitaría que quisiera estrangularte.

Sonrió de soslayo y se volvió hacia su madre, quién no dudó en besarle en la mejilla.

—Estoy deseando conocerla, Alexei.

Asintió y le devolvió el beso para luego encontrarse con la mirada del Primer Ministro.

—Vos sí que sabéis como animar una velada, majestad —aseguró el hombre—. Nos habéis dejado a todos con un palmo de narices, perdonad la expresión.

—Estáis perdonado, Primer Ministro —respondió con sorna—. ¿Puedo esperar que lidiéis con lo que acaba de levantar mi discurso?

El hombre se rió y asintió con la cabeza.

—¿No lo he hecho cada vez que vuestro padre se metía en alguna de las tuyas?

—Al fin lo admites, Kostya —murmuró la reina mirándole de reojo.

La complicidad que había entre esos dos quedó demostrada de nuevo en su cruce de miradas.

—Vos traed a la reina, majestad, que yo me ocuparé de todo lo demás —concluyó finalmente el ministro.

Asintió agradecido y miró a su amigo, quién se limitó a asentir a su vez.

—Soy tu sombra, majestad —aseguró su guardián—. Haré lo que sea para no veros penando por las esquinas.

—Te lo dije —canturreó la reina.

Sacudió la cabeza y les dio la espalda a los tres. Había dejado caer la bomba y ahora debía enfrentarse a la realidad. ¿Dónde iba a buscar a Nakia? Y, lo más importante, ¿pensaría ella que ese sueño invernal que habían compartido no había sido suficiente?

CAPÍTULO 12

Al otro lado de la sala, Natasha se bebía de golpe su copa de champán y hacía otro tanto con la de su prometido. La inesperada declaración de su majestad la había dejado completamente pálida. Se esforzó en decirle a su mente que lo había malinterpretado todo, que no era más que una coincidencia, posiblemente incluso un juego de palabras pero su intuición le decía otra cosa

y esta le había ahorrado a menudo muchos disgustos.

—Tasha, estás blanca como el papel, ¿te encuentras mal?

Levantó la mirada para ver al hombre que había conseguido conquistarla, el mismo que había estado a su lado cada vez que una de sus relaciones terminaba mal, un amigo de la infancia en el que se había negado a reparar hasta que ya no le quedó más remedio que afrontar la realidad.

Se lamió los labios, miró a su alrededor y, sin previo aviso lo cogió de la manga de la chaqueta y tiró de él hacia un lateral, lejos de oídos curiosos. La declaración del rey había levantado un revuelo inmediato, se habían empezado a formar corrillos en el que empezaban a dar rienda suelta a toda clase de cuchicheos y no deseaba que sus palabras pudiesen malinterpretarse o ser escuchadas por quien no debía.

—¿Qué ocurre? —preguntó él bajando también la voz. La conocía muy bien como para saber que algo la había perturbado.

Se lamió los labios y lo miró.

—Su majestad —murmuró en voz baja, echando fugaces vistazos a su alrededor—. ¿Sabes si ha estado últimamente fuera del país? En Karachayevsk, por ejemplo.

Su pregunta lo cogió por sorpresa, arrugó la nariz ante su comentario y él mismo la apartó un poco más de la muchedumbre, llevándola a una esquina totalmente decorada con motivos navideños.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

Se mordió el labio inferior y se acercó más a él, hablándole al oído.

—Solo dime si ese hombre de allí —señaló discretamente—, ha estado últimamente fuera del país, practicando esquí o yo que sé.

La desconfianza se agudizó en cada una de las líneas de expresión masculinas. Misha era uno de los hombres de confianza de su majestad, lo consideraba un amigo y en el último par de meses había estado trabajando

cerca del monarca.

—Alexei entra y sale de palacio continuamente sin dar explicaciones a nadie —aseguró quitándole importancia al asunto—. No llevo su agenda personal, aunque últimamente no lo parezca...

Vaciló, quizá se estaba montando ella sola una película, quizá todo aquello no fuese más que una coincidencia.

—La semana después de Acción de Gracias —insistió mirándole—. El viernes siguiente para ser exactos. Ese fin de semana, ¿estuvo en el palacio?

Entrecerró los ojos y los clavó en ella.

—¿De qué se trata todo esto? —Miró en dirección al grupo principal todavía reunido—. ¿Tiene algo que ver con lo que acaba de anunciar? ¿En qué diablos te has metido ahora?

—Yo en nada, pero Nakia...

Aquello lo sorprendió incluso más.

—¿Nakia? —Negó con la cabeza—. ¿Qué tiene que ver tu amiga con...?

Las palabras murieron nada más salir de su boca, su mirada cambió y voló de nuevo hacia el centro de la sala.

—Mierda —le escuchó sisear—. No ha sido un juego de palabras, era un nombre propio —musitó y la miró totalmente horrorizado. Entonces se giró de nuevo hacia ella—. Dime que no es...

Lo atrajo más cerca de ella.

—Recuerdas que te dije que Nakia renunció al trabajo en la estación de esquí.

Asintió expectante.

—Bueno, lo que no te conté es que no solo se le jodió la moto de nieve y discutió con el imbécil de su jefe —musitó—. Se quedó atrapada en la montaña... y la cabaña que eligió tenía un huésped.

Su prometido no dijo una sola palabra, se limitó a mirar de nuevo hacia

el centro de la sala.

—¿Uno real?

Gimió.

—Me parece que ella no tenía la menor idea de que dicho huésped fuese de la realeza rusa.

Y cuando lo supiese le iba a dar un ataque al corazón, pensó ella. Sacudió la cabeza y trató de sonar coherente.

—Quizá me estoy montando yo una película y no es más que una coincidencia...

No pudo terminar pues ya estaba negando con la cabeza desmontando su teoría.

—O quizá acabas de dar con la clave de todo —aceptó mirándola con palpable ironía—. Todavía no te he presentado formalmente a su majestad, ¿verdad?

Jadeó y abrió los ojos como platos.

—No estarás pensando en...

Su sonrisa lo decía todo.

—No, no, no... —levantó las manos—. Este no es el mejor de los momentos. Ya ves que acaba de hacer un anuncio que los ha dejado a todos con un palmo de narices. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si no es ella? Ay Dios, no podemos ir allí y soltarle... eso.

La cogió de la mano, se la llevó a los labios y se derritió bajo su beso.

—Si ella es el motivo por el que Alexei lleva casi un mes actuando como un completo imbécil, créeme, no hay mejor momento.

Gimió. ¿Por qué no la escuchaba? ¿Por qué nadie la escuchaba? Nakia iba a matarla, si sus suposiciones llegaban a ser verdad, su amiga la asesinaría y ella le facilitaría el arma para hacerlo.

Atravesaron la sala en un abrir y cerrar de ojos, Misha ya estaba

saludando al rey cuando notó los ojos del armario ropero que lo escoltaba sobre ella y perdió todo hilo de la conversación hasta que escuchó su nombre.

—...esta es mi prometida, Natasha Markova —la presentó y, cuando volvió la mirada en su dirección se encontró con la amable mirada del monarca—, y creo que conoce a tu futura reina.

La admisión cayó como un manto sobre los presentes, todos ellos se volvieron hacia ella pero fue la mirada de Alexei la que la desconcertó. No parecía ni un poco interesado.

—¿Ah sí? —Incluso su respuesta fue lacónica, aunque había un sutil desafío bajo su voz. Podía ver lo que estaría pensando sobre ella y eso no dejaba al monarca muy bien parado.

—Si es una rubia de pelo corto menuda, con unos bonitos ojos azules y un temperamento de mil demonios, sí, la conozco.

Su descripción hizo que la expresión del hombre mudara al momento. Sorpresa, desconcierto y un tinte que solo podía suponer esperanza, cruzó por sus ojos.

—Conoces a Nakia.

Y ahí estaba la confirmación que necesitaba, la que no quería escuchar.

—Sí, majestad, pero está claro que ella no sabe quién sois vos.

CAPÍTULO 13

Nakia luchaba con el sueño y la acelerada conversación de Natasha, aunque para que fuese una conversación debería estar más despierta de lo que lo estaba y decir algo más que «ajá».

Su amiga había empezado hablando de su visita al palacio en la fiesta de Nochebuena, dijo algo sobre su prometido que no entendió, algo sobre un rey y sobre meter la pata, pero no pudo centrarse en mucho más.

—¿Me estás escuchando, Nakia?

Negó con la cabeza, entonces se dio cuenta de que ella no podía verla y murmuró somnolienta.

—No, ni un poco —aceptó bostezando. Hizo un intento por estirarse para ver el despertador y compuso una mueca—. ¿Te has molestado en mirar la diferencia horaria, Tasha?

—Me da exactamente igual la hora que es, abre las malditas orejas y escucha —le gritó por el teléfono—. El rey Alexei te está buscando.

Frunció el ceño y miró el teléfono.

—¿Por qué iba a estar buscándome un rey?

Escuchó un resoplido.

—Porque has sido lo bastante tonta como para acostarte con uno.

Miró de nuevo el teléfono y sacudió la cabeza.

—Tasha estoy dormida y no escucho bien, acabo de entender que me he acostado con un rey.

—Sí, el de Kizovna.

Frunció el ceño.

—Eso es absurdo, no conozco a ese señor y mucho menos iba a meterme en su cama.

—Oh, nena, lo has hecho y por todo lo alto según tú misma me has dicho.

Se frotó de nuevo los ojos y sacó los pies de la cama, sentándose, a ver si el frío la espabilaba.

—No sé de qué demonios me hablas, de hecho, no es una buena hora para tener esta clase de conversación, me cuesta centrarme.

—A ver, Nakia, te lo voy a simplificar—escuchó a su amiga con esa voz de profesora de escuela—. ¿Te acostaste con un tío en una cabaña del complejo sí o no?

—¿Por qué tienes que sacar eso ahora?

Estaba haciendo todo lo posible para olvidarse de ello y su amiga no se lo estaba poniendo fácil.

—Porque, querida, el tipo con el que pasaste la noche no es precisamente un don nadie —insistió—. Es el rey Alexei de Kizovna.

Se quedó mirando el teléfono y finalmente rompió a reír.

—Vale, Tasha, has bebido más de la cuenta, ¿no? Cuelga el teléfono y vete a dormir, dile a Misha que te arrope y...

—La madre que la parió. —Le pareció escuchar entre siseos—. Vale, de acuerdo. Te voy a mandar algo, solo dime si conoces al tío de la foto, ¿vale?

Al instante entró un Wasap con el remitente de su amiga. Puso él manos libres para poder ver el mensaje y seguir hablando al mismo tiempo.

—¿Lo has recibido?

Suspiró.

—Sí, pero no entiendo el afán de despertarme para que vea...

Su voz se perdió hasta caer en el completo silencio. En la pantalla del móvil apreció una fotografía muy nítida, un primer plano de un hombre vestido de etiqueta, esmoquin, de hecho, bien peinado, serio, elegante, con una serie de condecoraciones en la solapa y una banda de franjas cruzando el pecho.

Podía parecer un hombre completamente distinto, alguien mucho más serio, pero ese rostro, esos labios y esos ojos azules era algo que no olvidaría jamás.

—Tasha, ¿de dónde has sacado esta foto?

Oyó suspirar a su amiga.

—¿Le conoces?

Asintió más para sí que para ella.

—Claro que lo conozco, es Liosha.

—No, Nakia, o no del todo —gimió su amiga—. El hombre de la foto que estás contemplando es el rey Alexei Nikoláyevich Vasiliy. El actual monarca de Kizovna

—No, eso es imposible...

—Esa foto es de hace un par de horas, la hice disimuladamente mientras Misha hablaba con él delante de mí —declaró ella—. El hombre del que me hablaste es el rey y te está buscando.

Clavó la mirada en la foto y empezó a negar con la cabeza, no podía ser, tenía que haber alguna equivocación, ese hombre no podía ser rey, no podía ser el hombre con el que había pasado la mejor noche de su vida.

—Oh Dios mío.

CAPÍTULO 14

América. Estados Unidos. La mujer que le había puesto su mundo patas arriba en un inesperado y placentero encuentro se había marchado hacía un par de semanas para pasar las navidades con su familia y posiblemente quedarse allí.

Natasha había sido reacia a darle ningún tipo más de información de la que ya había ofrecido coaccionada por su prometido, la muchacha era fiel a Nakia y lo había dejado claro en las pocas ocasiones en las que se habían reunido tras ese descubrimiento en plena fiesta de Nochebuena.

Miró a través de la ventana del piso superior los fuegos artificiales que marcaban el inicio del año nuevo, tenía que hacer algo, verla al menos una vez más, quizá entonces pudiese descubrir si ella era solo algo pasajero o la mujer que deseaba a su lado cuando debiese comparecer en ese balcón y ante su pueblo para presentar a su nueva reina.

—Una noche no fue suficiente, Nakia—murmuró recordando sus labios, su sonrisa y esa cara de pilluela—. Quiero más.

CAPÍTULO 15

Dos meses después...

—El rey Alexei Nikoláyevich Vasily, del modesto país de Kizovna, cercano a la frontera con Rusia y Estonia, sorprendió a todo el mundo las pasadas Navidades al aplazar el anuncio de su boda. Como viene siendo tradición, tras la muerte del anterior rey, el hijo del monarca y heredero al trono debería haber anunciado su próximo compromiso y presentado a la futura reina. Ese anuncio no solo no se realizó, sino que fue pospuesto por el mismísimo por el actual gobernante a la víspera de San Jorge, el veintitrés de abril.

Nakia se detuvo en seco al escuchar aquel nombre en la televisión que su primo, Eros Ward, había instalado en el recibidor de la cabaña principal del camping ubicado en un pueblo de las montañas de Utah. Un solo vistazo a la pantalla y sintió como todo el aire escapaba de golpe de sus pulmones, como el corazón se le detenía un momento para volver a latir de manera desenfrenada. Allí, ante sus ojos, vestido de traje y corbata, con el abrigo abierto y una bufanda a rayas cayendo sobre las solapas estaba el motivo principal de su huida a los Estados Unidos.

—*¿Quién es la afortunada mujer? ¿Quién será la futura reina de Kizovna?* —continuó el periodista—. *Hasta el momento, el palacio Nadezhda no ha emitido comunicado oficial alguno al respecto y guardan silencio sobre la identidad de la futura esposa de su majestad.*

La pantalla volvió a cambiar del primer plano del periodista sentado tras la mesa del noticiario a las imágenes de varios miembros de prensa intentando obtener una exclusiva del hombre que salía de algún edificio oficial y era escoltado hasta un coche oscuro de lunas tintadas. Él no se detuvo, no contestó a ninguna de las preguntas que llovían por doquier y dejó que su guardaespaldas —porque esa montaña humana que lo acompañaba tenía pinta de ello—, le abriese la puerta del coche desapareciendo al momento en su interior.

—*Su majestad ha declinado hacer cualquier tipo de declaraciones sobre su próximo compromiso durante la visita de este pasado jueves a los Emiratos Árabes, dónde ha mantenido una reunión de estado con el jeque Al-Hashi, con quién es sabido que Kizovna mantiene una estrecha relación comercial.*

Más imágenes, referentes ahora a la reunión a la que habían hecho mención, aparecieron en pantalla. El rey sonreía sincero y con palpable familiaridad mientras saludaba al jeque y ambos posaban para los medios de comunicación, después del *photocall* ambos pasaron al interior de una sala privada.

Nakia no podía evitar ver a ese hombre como un completo extraño a pesar de reconocer su rostro y sus gestos. Ese político que retrataba la pantalla no tenía nada que ver con Liosha, el huésped de la cabaña de la estación de esquí de Dombaj en la que se había refugiado dos meses atrás, el hombre con el que había tenido una aventura de una noche.

Todavía conservaba la fotografía que su mejor amiga, Natasha, le había

enviado en Navidad. Esta contenía un primer plano de un hombre vestido de etiqueta, serio, elegante, con una serie de condecoraciones en la solapa de su esmoquin y una banda de franjas cruzándole el pecho, el monarca de un pequeño país cercano a Rusia. Esa fotografía la había golpeado con tanta fuerza como las palabras de la chica, ambas habían supuesto una revelación que iba más allá de cualquier cosa coherente en la pudiese pensar y ponían de manifiesto la tremenda metedura de pata que había cometido.

Había pasado una noche increíble con la persona equivocada, con un hombre que había olvidado decirle quién era en realidad.

«El hombre del que me hablaste es el rey y te está buscando».

Esa frase había sido suficiente para hacerla entrar en pánico, para tomar la decisión de ocultarse allí, en Bear River, lejos de él y de su alcance. Le había rogado a Tasha que no le dijese una sola palabra de su paradero, que ni siquiera hablase con su prometido, Mijaíl Yurescu, quién resultaba trabajar para él.

Una noche, un sueño fugaz que debería haberse quedado en el olvido y no despertar interés alguno en ella. Desgraciadamente, esas horas pasadas en su compañía parecían dispuestas a arraigar cada vez más y más en su mente.

—Buenos días, preciosa Nakia.

Dio un salto al notar unas manos ciñéndole la cintura desde atrás, levantó de manera automática la carpeta que llevaba en las manos con intención de golpearle y se detuvo en el último momento al ver la diversión en el atractivo rostro masculino.

—Dios, Cup, no me des estos sustos —se quejó dando un paso a un lado. Cup Talos era uno de los huéspedes permanentes del camping, casi un miembro de la familia, según Eros y su esposa—. He estado a punto de romperte la carpeta en la cabeza.

Los labios masculinos se estiraron en una sexy sonrisa y supo que no

podía enfadarse con ese hombre. Había algo en esos ojos azules que hipnotizaban e invitaban a confiar en él, era el tipo de persona con la que empezabas a hablar como si le conocieses de toda la vida. Ni siquiera el largo pelo rubio atado en una coleta o el eterno color negro de su vestimenta, el cual le conferían un aspecto bastante inquietante, restaban una pizca a su atractivo. Él era como un imán para la gente, desde que lo conocía no había momento en que no lo encontrase coqueteando con alguna mujer o siendo el centro de conversación, incluso había visto como algún hombre lo miraba entre curioso y confundido, pero él parecía ignorar que levantaba tanto revuelo comportándose con total naturalidad. Era imposible no fijarse en un hombre como él y no sentir mariposas en el estómago. Era alguien rotundamente sexual y parecía disfrutar de ello.

—Una manera un poco drástica de empezar el día, cariño —aseguró con ese tono de voz profundo y despreocupado—. ¿Qué hacías aquí parada? ¿Algo interesante en las noticias? —Giró la cabeza en dirección a la televisión pero, el noticiario ya había pasado a otro reportaje.

—Nada que merezca la pena mencionar.

Por la forma en la que la miró y el «*uh-hum*» que emergió de su garganta no le creía.

—Voy hacia el comedor. Tengo que comprobar que la máquina del café ya funciona y han empezado a rellenar las bandejas del buffet del desayuno —informó girando en dirección a la puerta que comunicaba la recepción con la zona comunitaria de la cabaña principal—. Todavía no entiendo como hay huéspedes dispuestos a levantarse a las siete de la mañana.

El hombre sonrió de soslayo, se llevó una mano al bolsillo interior de la americana y rebuscó en el interior hasta sacar un pequeño cuaderno de solapas rojas que golpeó contra los dedos.

—Si se quiere aprovechar el día al máximo, hay que levantarse

temprano —le aseguró concentrando su atención ahora en lo que tenía entre manos—. Hay cosas que no pueden esperar y San Valentín es una de ellas.

Hizo una mueca ante el oportuno recordatorio y apretó la carpeta contra su pecho a modo defensivo.

—Si oigo a alguien más hacer alguna mención especial sobre ese día, salgo ahí fuera, me encierro en mi cabaña y no vuelvo a salir hasta que deje de ver corazoncitos y arrumacos por doquier.

Cup levantó la cabeza, enarcó una ceja y se encontró con sus ojos.

—Valentina pensaba lo mismo que tú sobre esa fecha —comentó con secreta satisfacción—, hasta que Eros se cruzó en su camino. Ahora, es su día favorito del año.

Puso los ojos en blanco.

—En ese caso me aseguraré de quedarme mañana en mi habitación y no asomar la nariz hasta pasado —replicó chasqueando la lengua—. Le diré a Eros que tú trabajarás en mi lugar.

Se echó a reír.

—Nakia, yo ya tengo trabajo para todo ese día —aseguró con una carcajada—, y no te haces una idea de cuánto.

Y aquella era una de las incógnitas que rodeaban al hombre. ¿A qué se dedicaba exactamente? Eros le había dicho que Cup era algo así como una especie de consejero y su mujer se había reído, añadiendo que no había nadie más casamentero que su amigo. Fuese como fuese, no quería estar en su radio de acción ese día.

—Deberías pensar en hacer algo distinto para variar —comentó centrando su atención ahora en el cuaderno que tenía entre las manos—. Podrías vestirte de rojo, te quedaría bien.

Con eso cerró el cuaderno, lo golpeó contra los dedos una vez más y echó un vistazo al reloj que había encima del área de recepción.

—Creo que voy a empezar el día dando un largo paseo —declaró pensativo—. Sí, sin duda será la mejor forma de poner todo en marcha.

Giró sobre sus talones, levantó la mano a modo de despedida y se marchó sin más.

—Ni siquiera te lo preguntes —se dijo a sí misma, sacudió la cabeza y optó por seguir con su tarea—. Hay cosas de las que no merece la pena siquiera el saber la respuesta.

A veces era mucho mejor permanecer en la ignorancia, no saber y así poder vivir tu vida sin mayores complicaciones. Desde luego, eso evitaba los continuos dolores de cabeza, el malestar interior que te encogía el estómago y que hacía que no pudieses disfrutar con la plenitud que deberías.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire mientras caminaba, necesitaba distraerse, hacer algo que borrara de su mente cualquier pensamiento peregrino y le provocase un estrés innecesario.

Eros la había recibido con los brazos abiertos en su hogar. Con un bebé de tres meses que mantenía a ambos padres de pie la mayor parte de la noche y del día, la gerencia del camping se le hacía cuesta arriba, especialmente en esa época del año. Su intención había sido ir solamente a visitarles en Navidad, pero cuando su primo la había hecho cambiar de planes y alargar su estancia hasta la primavera al pedirle ayuda, dándole así la excusa perfecta para abandonar Rusia.

Tras el fallecimiento de *babuska* había pensado en dejar Rusia y volver a su país de origen, los Estados Unidos. La abuela la había acogido con doce años, tres años después de perder a su madre y que su padre la hubiese arrastrado de un lado a otro en su absurdo peregrinaje a ningún sitio. *Babuska* la había criado, había sido como una madre y un padre al mismo tiempo, ya que su progenitor se había olvidado por completo de ella. Una postal cada cumpleaños o en fiestas de guardar no era estar presente en su vida.

Pasó gran parte de su adolescencia en Karachayevsk, un pueblo cerca de Krasnodar, dónde había nacido su padre, después se trasladó a San Petersburgo, donde cursó sus estudios de veterinaria y conoció a Natasha. No fue hasta hacía relativamente pocos años, cuando su abuela había enfermado que había vuelto con ella, para cuidarla hasta el final.

Si bien había nacido en los Estados Unidos, Nakia se consideraba más rusa que norteamericana. Hablaba con fluidez los dos idiomas, aunque siempre le había costado coger la entonación correcta del ruso.

San Petersburgo se había convertido en su hogar, tenía su casa allí, la cual compartía con Natasha, pero cuando esta se comprometió y anunció que se iría a vivir con su prometido la idea de volver a Utah y quedarse allí un tiempo le pareció la adecuada.

Ahora, esa decisión le había permitido también, sin saberlo en su momento, poner un océano de distancia entre ella y Liosha.

¿Quién iba a pensar que una noche de placer traería consigo tantos dolores de cabeza?

Se obligó a echar tierra sobre sus pensamientos y concentrarse en el momento actual, tenía cosas que hacer, mañana era San Valentín y ya estaban al completo. Hoy se esperaba la llegada de los últimos huéspedes y con ellos sin duda llegaría más trabajo.

CAPÍTULO 16

—Empiezo a plantearme seriamente el pedir cita con el neurólogo en cuanto volvamos a Nadezhda.

Alexei levantó la mirada de los documentos que estaba leyendo y la posó sobre su guardia personal a través del espejo retrovisor. Virkinov conducía el coche que habían alquilado en el aeropuerto. Su amigo no había dejado de refunfuñar durante e incluso después del largo vuelo que los había traído a América.

—No hace ni un mes que me he hecho un chequeo completo —replicó con sorna—, y los resultados fueron excelentes.

—La cita no es para ti, *majestad*, es para mí —declaró con algo parecido a un gruñido—. Debo estar perdiendo facultades si has conseguido convencerme de que, no solo te permita ir tras ella, sino que te acompañe en el proceso.

—Eso solo pone de manifiesto el buen amigo y protector que eres, Vir —aseguró volviendo de nuevo a sus papeles para evitar que le viese sonreír.

—Si fuese esas dos cosas estaríamos en palacio, te habría convencido de que lo que estás haciendo es una estupidez y no conduciría hacia ninguna parte.

—Bear River no está en ninguna parte, sino en Utah, allí es a dónde nos

dirigimos.

El lugar en el que estaba la mujer que le había sorbido el seso hacía dos meses, la misma en la que no podía dejar de pensar por más que lo intentaba y que lo había llevado a hacer este viaje. Ni siquiera sus consejeros más allegados sabían qué demonios le pasaba, el anuncio que había hecho las pasadas Navidades había saltado como la pólvora a los medios de comunicación y era prácticamente imposible para él moverse sin que le saliesen al paso. Por ello habían tenido que urdir una complicada estratagema que le permitiese abandonar ya no solo Kizovna, sino la madre Rusia y el mismísimo continente.

—Al menos Jabal tiene sentido del humor.

El conductor soltó un resoplido al escuchar el nombre del jeque de Al-Hasi. Un buen amigo de la universidad, alguien que conocía perfectamente el peso que llevaba ahora sobre los hombros y que había estado más que dispuesto a servirle de coartada para poder emprender este viaje.

—Di mejor que carece de todo lo demás, empezando por sentido común.

Jabal era un hombre demasiado romántico para su propio bien, era de los que creía en las almas gemelas y en la mujer predestinada. Había estado presente durante el anuncio y fue el primero en decirle que siguiese sus instintos.

—¿Qué puede pasar? ¿Qué te rechace? —Le había dicho él—. Si no lo intentas no lo sabrás, amigo mío.

—No cuento con buenas expectativas, no después de la rotunda misiva que me envió por medio de su mejor amiga.

Aquello era lo que más le molestaba, lo que lo había llevado a poner mayor ímpetu en buscarla, en dar con su paradero.

«No me busques, recuerda que solo fue una noche».

Esas palabras no dejaban de darle vueltas y más vueltas en la cabeza.

No las había escuchado de su propia boca pero se las había imaginado surgiendo de ella, de su garganta, pronunciadas por esos labios que había besado y de los que no podía olvidarse.

El mensaje había llegado un mes y algo después de su encuentro. La esposa de Mijaíl Yurescu, su asistente, se lo había transmitido con la misma frialdad y entereza que había esgrimido en cada momento que había podido preguntarle por el paradero de su mejor amiga.

La señorita Markova era una mujer leal, fiel a Nakia y lo había demostrado en las innumerables veces en que se había negado, no solo a darle una respuesta sobre el paradero de la chica a él, sino también a su prometido. El propio Misha se había quejado de que su insistencia estaba pasando factura a su relación; el hombre estaba atrapado entre la mujer que amaba y su deber para con él.

No era tan estúpido como para no darse cuenta de que su pequeña hada de las nieves no quería verle, no quería saber nada de él, de que para ella todo se había limitado a una noche.

«Déjela en paz, no insista, Nakia no quiere verle. Si tiene algo de amor propio, deje de preguntar por ella y por su paradero, olvídela. Respete sus deseos».

El consejo de Natasha había obrado todo lo contrario a lo que suponía pretendía la mujer. No solo no había cesado en su empeño sino que había ido más allá, moviéndose con mayor cuidado, planeando sus movimientos hasta darles la forma deseada, aquella que le permitiese volver a ver a la dama que se había colado en su corazón para quedarse en él.

—Si ella es la elegida, tienes que saberlo. —Había sentenciado Jabal—. Tienes que tomar una decisión y aferrarte a ella. Todo camino empieza dando unos pasos, amigo mío, el arrepentimiento solo llega cuando no se dan. Y para entonces, ya no hay remedio.

Y su consejo, unido a todo lo demás, era lo que lo había llevado a embarcarse finalmente en ese viaje a tierras americanas en busca de una mujer que había despertado en él un sinfín de emociones en tan solo una noche. Necesitaba volver a verla, descubrir si esta necesidad era algo pasajero o Nakia se había convertido en aquello que tanto proclamaba el árabe: su propio destino.

Quizá, si él no fuese quién era las cosas serían más sencillas. Pero, ¿cuándo había tenido el camino fácil un monarca?

—¿Te has parado a pensar en qué harás cuando llegues a ese lugar? Esa mujer te dejó perfectamente claro lo que opinaba sobre vuestro encuentro cuando se largó —insistió Virkinov—. Por no mencionar que le prohibió a Natasha Markova decir una sola palabra sobre su paradero a ti o a nadie.

—Y la señorita Markova mantuvo su palabra, fue Misha quién me lo dijo —aseguró pensando en su asistente. El pobre hombre tendría unas cuantas canas más antes de terminar el año. Tendría que pensar una manera de compensarlo.

—Ya no eres un niño para ponerte a hacer este tipo de cosas.

El refunfuño del conductor le hizo sonreír.

—¿Me estás llamando viejo, Virkinov?

El hombre bufó.

—No, te estoy llamando idiota, majestad —le soltó con un resoplido muy suyo—. Cualquiera con dos gramos de cerebro sano sabría que no puede pasearse por ahí en modo incógnito, mucho menos cuando tiene a todo su país y a la política y prensa internacional pendientes de sus movimientos.

—La prensa siempre ha estado al quite para ver qué pueden obtener, no es nuevo —le recordó con paciencia—. Y, hasta dónde sé, Bear River no es una gran urbe sino un pequeño núcleo de población cerca de las montañas de Utah. Y allí es a dónde vamos, amigo mío. Sería sorprendente, por no decir

poco probable, que alguien que opta por retirarse en medio de las montañas reconozca a un simple campista de nombre Liosha Vasily como el rey de un pequeño país en la frontera con Rusia. ¿No dices que no salimos ni en los mapas?

Le dedicó una mirada por el retrovisor.

—Tus consejeros están intentando subsanar eso —rezongó—. En cuanto a lo otro, ponte una bolsa en la cabeza y haré todo lo posible para creérmelo.

Meneó la cabeza y volvió su atención a la carretera. Estaban en una zona del país bastante agreste, la nieve se había derretido en algunas zonas pero mantenía su manto blanco en la cima de las montañas. Era un paisaje diferente y al mismo tiempo con cierto atractivo.

Había estado con anterioridad en los Estados Unidos, pero no en esta parte del país y le estaba gustando y mucho lo que veía.

—¿Cuándo llegaremos al complejo hotelero?

Un nuevo resoplido.

—Solo tú le darías un nombre así a un camping en las montañas.

—Y la ironía no termina de abandonarme —murmuró más para sí que para su interlocutor.

—El Camping The Woods está lo suficiente retirado y es lo bastante modesto como para resultar acogedor y familiar. —O eso era lo que había leído en la página web del complejo—. Habiendo visto las fotos del lugar y el terreno en el que está ubicado, así como el censo del núcleo de población más cercano... Es altamente improbable que alguien aparezca y me señale con el dedo gritando: ¡Es el rey Alexei Nikoláyevich Vasily! Empiezo a dudar siquiera que pudiesen pronunciar el nombre completo.

—¿Estás intentando convencerme a mí o a ti mismo?

Resopló y se giró para mirarle a través del retrovisor. Virkinov tenía la mirada puesta en la carretera y echaba fugaces vistazos en su dirección.

—Deja de sacarle punta a todo lo que digo —chasqueó—. No necesito que nadie me convenza a la hora de tomar mis propias decisiones.

—Les has dicho al pueblo que presentarías a tu reina la víspera de San Jorge, majestad —le recordó con voz seria—. Te has parado a pensar que quizá esa chica...

—Su nombre es Nakia.

—¿...tenga otros planes? —continuó e ignoró su interrupción.

—Es algo que estoy dispuesto a considerar.

—Por no mencionar que, en realidad, no sabes quién es ella.

—Tú ya te has encargado de ponerme al tanto de todo lo que necesito saber —replicó sin que se le moviese un solo pelo. Había reunido un dossier considerable con todo lo que debía saber de ella y después de leerlo no podía sino tener más ganas de verla y escuchar todas esas cosas de su propia boca. Quería que compartiese con él detalles de su vida, detalles que no estaban al alcance de un detective—. No tiene antecedentes, no se mueve por ideologías políticas y no pertenece a ninguna secta religiosa. Yo creo que es un comienzo prometedor.

—Que Dios me de paciencia...

—Y es la mejor amiga de la prometida de mi asistente personal —concluyó como si esa fuese por sí misma toda una declaración—. Si hubiese algo que debiese saber de ella, Mijaíl me lo habría dicho.

—Después de la manera en que amenazaste con deportarlo si no te decía todo lo que sabía sobre la señorita Nakia Petrova, no me sorprende.

—Eso es una exageración.

—Sí, sí, lo que tú digas, *majestad*. —Resopló y se encontró con su mirada a través del espejo retrovisor—. Solo te diré una cosa, Alexei, tienes el tiempo justo para encontrarla y resolver las dudas que tengas. No cederé ante esto, no te daré ni una hora más de lo que pactamos.

Puso los ojos en blanco ante el ultimátum de su guardia.

—Si me bastó una noche para conocerla... una semana será más que suficiente para decidir si ella es la elegida.

Después de todo, su padre no había necesitado mucho más para saber que su madre era la indicada y él era digno hijo de ambos.

Se recostó en el asiento, barajó los papeles y continuó con su lectura para terminar con los pendientes antes de llegar a su destino.

CAPÍTULO 17

Eros salió al hall buscando el fresco de la mañana. Esa noche, su hijo Aedan había decidido que quería tener a sus padres paseándose de un lado a otro de la habitación, privándoles del sueño que el bebé había conciliado finalmente al llegar la mañana. Su esposa, Valentina, estaba agotada y se había quedado traspuesta con el bebé. Si tenía suerte, el pequeño granuja le daría un respiro a su madre durante unas horas, permitiéndole dormir mientras él lo hacía.

A pesar del cansancio no podía evitar sonreír. Por primera vez en mucho tiempo era feliz, tenía todo lo que siempre había deseado y más aún; una familia que le amaba y a la que amar.

—Y pensar que mañana se cumplirán dos años.

Había conocido a su mujer el día de San Valentín, Cup la había recogido en la carretera, después de que la chica sufriese un accidente, y no se le había ocurrido mejor cosa que ponerla en su habitación. Aún hoy le sorprendía cómo había pasado todo, lo rápido que se había sentido atraído por ella y cómo había decidido que era la única para él. Seis meses después de aquel primer encuentro se habían casado y ahora incluso eran padres.

Se despezó lentamente disfrutando de aquel fuerte contraste de temperatura. Si bien no había nevado últimamente en la zona, hacía el suficiente frío como para pensar que pudiese darse el caso. Echó un rápido

vistazo alrededor del hall y giró sobre sus talones para encontrarse con su prima cruzando la recepción a buen paso.

Nakia era la hija de su tío Sergei, el hermano de su madre. *Babuska* había comentado en alguna ocasión que él no había superado la muerte de su esposa y que por eso había dejado a la niña en manos de su abuela. Él la había conocido de niña, era su única prima y, hoy por hoy, la única familia que le quedaba por esa parte.

—Buenos días —la saludó llamando su atención.

Ella había sido una bendición. Su presencia no solo le había hecho más llevadero el trabajo, especialmente ahora que tenían un bebé. Gracias a su experiencia en la estación de esquí en la que había estado en plantilla hasta poco antes de las navidades, había podido delegar y empezar a respirar un poco. Había llegado a considerar el echar el cierre al camping durante los meses de invierno, al menos este año, pero Valentina se había negado en rotundo; incluso Cup se había ofrecido a echar una mano, pero había sido la sugerencia de pedirle ayuda a esa gatita la que había resuelto el problema.

Esos bonitos ojos azules se clavaron en él, arrugó la nariz y supo incluso antes de que abriese la boca lo que iba a decirle.

—Dime que al menos Valentina está durmiendo.

—Aedan ha decidido que él y su mamá podían echarse una siesta ahora por la mañana, sobre todo después de habernos tenido levantados toda la noche con los cólicos. —Hizo una mueca—. No sabía ni que era eso de los cólicos hasta que llegó el peque. Créeme, no son divertidos.

Sacudió la cabeza y lo señaló de arriba abajo.

—Pues creo que su papá también podría echarse una siestecita de un par de horas, al menos —aseguró con ese acento tan marcado. Si bien había nacido en los Estados Unidos y dominaba a la perfección el inglés, conservaba ese profundo matiz del ruso—. Ve a descansar. Ya me he encargado de la

coordinación del comedor. El bufé está listo y los huéspedes más madrugadores están dando cuenta de él. He hablado con las camareras que se encargan del acondicionamiento de las cabañas y ya están listas las reservas de hoy.

Se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Te has propuesto convertirte en la nueva gerente del camping y quitarme el puesto, ¿eh?

Sonrió y sacudió el pelo rubio.

—No te quitaría el puesto por nada del mundo, primito, se te da demasiado bien —aseguró con calidez—. Pero pesas demasiado como para tener que levantarte del suelo si te desplomas por falta de sueño. Y no me pagas lo suficiente para eso.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—No me dejas que te pague, Nakia...

Ella levantó la mano al momento.

—Ya conoces mis condiciones: Una cabaña para mí sola, agua caliente, comida y no tener que hacer de niñera.

Se rió entre dientes, no pudo evitarlo. La chica era un amor pero huía de los bebés, lo cual no dejaba de ser toda una ironía, ya que Aedan sonreía siempre que la veía.

—Lo que tú digas, nena, lo que tú digas.

—Así me gusta —asintió divertida. Entonces señaló hacia la puerta—. Por cierto, Cup dejó aviso de que iba a bajar al pueblo.

—No me sorprende lo más mínimo —aseguró con una mueca—. Siempre tiende a desaparecer y reaparecer en el momento menos esperado en los días previos a San Valentín.

—Le estará dando esquinazo a alguna de sus *dévochki*.

—¿De sus qué?

—Chicas. —Tradujo con una pícaro sonrisa—. Es un hombre de lo más solicitado.

—No te creas todo lo que ves, con Cup nada es lo que parece.

Se encogió de hombros.

—No estoy interesada en él, ya he tenido más que suficiente de tu género para lo que me resta de vida.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Estaba hastiada, eso podía verlo. No estaba seguro de qué habría pasado, ella no lo había comentado y él la conocía lo bastante para no preguntarle, pero algo había sucedido un par de semanas después de su llegada.

—No deberías decir de este agua no beberé, te lo digo por experiencia.

Chasqueó la lengua.

—Lo tendré en cuenta. —Le palmeó el brazo y señaló la salida con un gesto de la barbilla—. Ve a descansar un par de horas, si se incendia algo te llamaré.

Resopló.

—Hace demasiado frío para que prenda algo con este tiempo —aseguró con un suspiro—. De acuerdo, un par de horas, te relevaré al mediodía para que tú puedas descansar también.

—Vete y duerme, me haré cargo del fuerte.

Sacudió la cabeza, le revolvió el pelo y dejó que se saliese con la suya. Odiaba tener que dejarla sola con todo, pero aprovecharía ese par de horas para poder funcionar con normalidad el resto del día.

—Lo dejo en tus manos.

—Señor, sí, señor. —Simuló un saludo militar y no pudo evitar menear la cabeza.

CAPÍTULO 18

El éxito de todo plan comenzaba con una aproximación cuidadosa. Primero había que tantear el terreno, comprobar lo que ibas a encontrarte por el camino y como utilizar eso en tu beneficio. No era inteligente quemar tus barcos nada más salir de puerto y Alexei lo sabía. Por muy deseoso que estuviese de ver a Nakia, sabía que si se presentaba sin más ante ella terminaría de lleno en las brasas y no de una buena manera.

Él, que siempre tenía las cosas bajo control, que ejecutaba sus pasos con milimétrica precisión, estaba completamente perdido en aquel tablero de juego. No se trataba de una seducción, ni de entablar una conversación, sino volver a encontrarse con una mujer a la que había ocultado la verdad.

Sabía que Nakia estaba al corriente de quién era, si no se lo hubiese dicho Natasha, lo habría visto antes o después en las noticias internacionales. La elección de su prometida y su misteriosa ausencia hacía que todo el mundo estuviese pendiente de sus movimientos... Como si no hubiese noticias más interesantes que dar. Así que, si quería tener una oportunidad de hablar con ella, de descubrir si era la indicada, tendría que proceder con extremo cuidado.

Dejó todo el asunto del *check-in* del hotel en manos de Virkinof y se tomó su tiempo para admirar la construcción de planta baja del edificio

principal, que mezclaba la piedra y la madera, de la cabaña principal. El diseño encajaba a la perfección en el entorno, las verdes coníferas que la rodeaban y se extendían hacia las montañas en cuyas cimas todavía podía verse la nieve del invierno. El cielo poseía un envidiable color azul, pero no por ello hacía que la sensación térmica subiese. Hacía frío, suficiente como para haberse alegrado de dejar a un lado los trajes de chaqueta y el eterno abrigo de cachemira y optar por un atuendo más sport.

Si bien el camino de ascenso desde el pueblo de Bear River estaba completamente despejado y libre de nieve, en estas alturas el polvo blanco todavía cubría algunas zonas terrosas, allí donde el sol todavía no había incidido.

Desde su posición en la entrada, podía ver una de las primeras cabañas individuales, una construcción que contenía más madera que piedra y que parecía jugar al escondite en medio de los árboles. Su cercanía ponía de manifiesto lo que había leído en el dossier, las nueve cabañas de las que se componía el camping estaban equidistantes unas de otras, nada que ver con el buscado aislamiento del complejo de esquí de Dombaj. Esto hacía que los huéspedes tuviesen pleno acceso al edificio principal en dónde se encontraba el centro neurálgico del lugar con el comedor, la cocina, un acogedor salón con chimenea en el que poder tertuliar.

Levantó la cara hacia el calor del sol que a esas horas acariciaba la fachada delantera del edificio y respiró profundamente embebiéndose del aroma a bosque.

—No tiene nada que envidiar a mi Kizovna natal.

La orografía de su hogar era ligeramente distinta, más agreste en algunas zonas, un poco dura durante el invierno e inimitable durante las primaveras. Amaba su tierra, quería a su país, pero en su corazón siempre había sitio para otros lugares como este.

Nakia había escapado de una montaña para refugiarse en otra, pensó con irónica diversión, ahora dependía de él descubrir si este lugar podía darle lo mismo que había encontrado en el otro.

Deambuló por el exterior fijándose en cada pequeño detalle de la construcción, admirando el paisaje, identificando cada camino con el plano que había visto en la página web y volvió sobre sus pasos hacia la puerta principal. De espaldas a esta no se dio cuenta de que se abría y una menuda y curvilínea rubita emergía cual exhalación, solo el sonido de unas botas resbalando contra la madera hizo que se diese la vuelta y allí, de pie y con esos enormes ojos mirándole incrédula, estaba ella; Nakia.

—¿Qué haces tú aquí?

Las palabras surgieron de forma estrangulada de la garganta de la chica. Virkinov, que salió justo detrás de ella, se encogió de hombros a modo de disculpa. Estaba claro que lo había reconocido.

—Parece que no fuiste el único en salir en las noticias...

Sí, suponía que no. Y eso solo ponía de manifiesto lo atenta que había estado la mujer a la prensa.

—Hola Nakia —optó por saludarla.

Dio un paso adelante, luego otro, bajó los tres escalones que separaban el porche del suelo y se enfrentó a él. Su aroma, su presencia, toda ella... Su cuerpo la reconoció al instante y con ello surgió el deseo.

—Te dije que no me buscaras —le reprochó—. Fue algo pasajero.

Su acusación fue firme, un recordatorio de lo que le había hecho llegar.

—¿De verdad lo fue? —respondió sincero, bajando el tono para que solo lo escuchase ella—. Yo no lo veo así, así que he venido a verte, porque quiero saber más de ti.

Sus mejillas empezaron a coger color, sus ojos brillaron si cabía aún más, movió los labios con gesto tembloroso.

—No hablas en serio.

Levantó la mano y se permitió acariciarle el rostro con los nudillos enguantados.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

Dio un paso atrás al instante.

—¿Esta es otra de tus bromas? —preguntó entre dientes—. O quizá es que no te divertiste lo suficiente, ¿no es así, *majestad*?

Él no acusó el golpe, ni siquiera se inmutó.

—Habíamos quedado en que me llamarías Liosha.

Aquello hizo que se tensara, dio un nuevo paso atrás y negó con la cabeza.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó en cambio—. ¿Qué demonios haces en los Estados Unidos? Decían que estabas en los Emiratos Árabes...

—Ya veo que has visto las noticias —la interrumpió sin dejar de mirarla—. ¿Puedes concederme un par de minutos de tu tiempo? Tenemos que hablar.

Su respuesta fue categórica.

—No —declaró con firmeza—. No tengo nada que decirte.

Él sonrió de soslayo.

—En ese caso puedes escuchar simplemente.

Negó de nuevo.

—Yo... no sé qué idea te habrás hecho de esa noche, pero sea cual sea es la equivocada.

Se dio media vuelta dispuesta a alejarse, pero se lo impidió cogiéndola de la muñeca.

—Ese es el motivo por el que estoy ahora aquí, Nakia, para averiguarlo. Se soltó de su agarre y sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero estamos completos.

Sin más, subió las escaleras a la carrera, atravesó el umbral y cerró la

puerta de golpe.

—Te dije que esto iba a ser una mala idea.

Miró a Virkinov, quién seguía en el hall y sonrió de soslayo.

—¿Y cuándo me ha detenido eso?

Su amigo puso los ojos en blanco y señaló la puerta con el pulgar.

—Creo que ella tiene todas las papeletas para hacerlo.

Sí, sin duda era la única que las tenía, pero ahora que la había visto de nuevo estaba más decidido que nunca a perseguir su meta.

CAPÍTULO 19

Había sido sincera cuando le dijo a Liosha aquella noche que, en otras circunstancias, ellos jamás se habrían encontrado. Ahora sabía lo ciertas que eran esas palabras. Esa noche debía quedarse en Dombaj, debía permanecer como un recuerdo y nada más, él no podía venir y pedirle más, decirle que no había sido suficiente. Por amor de Dios, ¡era el rey de un país!

Había supuesto que era alguien importante, con posibles, el CEO de una compañía, incluso un marchante de arte o miembro de la jet set, pero había dejado fuera una importante especulación, una que era tan absurda que nadie en un momento como aquel lo tomaría en cuenta.

Alexei Nikolaévich Vasily. Liosha. El monarca de Kizovna.

No, sencillamente aquello no le estaba pasando a ella. Su guardaespaldas no había aparecido en la recepción y le había dado nombre para confirmar la reserva que tenían en el camping, no le había reconocido como el hombre que había visto aquella misma mañana en las noticias y no había seguido sus instintos para descubrir que el hombre que se paseaba por la entrada de la cabaña principal era el mismo al que ella había abandonado dos meses atrás en otra muy distinta.

La puerta a su espalda empezó a abrirse y, en un acto reflejo terminó lanzándose contra ella y echando el cierre.

—¿Pero qué...? —Escuchó desde fuera—. ¿Eso ha sido la cerradura?

La respuesta a la pregunta llegó desde la manilla, moviéndose de forma espasmódica pero sin abrir.

—Sí, diría que han cerrado la puerta con llave. —A la pregunta le acompañó la sombra de una figura enmarcándose en la cenefa de cristal que enmarcaba ambos lados de la puerta. Había sido añadida para dotar de más luz natural el recibidor—. Y, si lo que intuyo es una silueta, juraría que también se han pegado a la puerta. Algo me dice que esa mujer quiere dejarte fuera, *majestad*.

Apretó los dientes al escuchar el trato, a pesar de la burla que había en esas palabras y se giró, dejando su espalda pegada contra la puerta. Solo entonces se dio cuenta de que no estaba sola en el recibidor, Cup, a saber de dónde había salido, se encontraba a unos cuantos metros de ella, cruzado de brazos y con expresión interrogante.

—¿Le pasa algo a la puerta, cariño?

La pregunta era legítima, especialmente cuando tenía apoyado el culo contra la madera y las palmas de las manos abiertas a ambos lados; no fuera a ser que la echasen abajo.

—Nakia, ¿podrías, por favor, abrir la puerta?

Aquella era la voz de Liosha y, maldito fuera, seguía pareciéndole tan sexy como la primera vez que la escuchó.

—No —siseó girándose lo justo para mirar por encima del hombro, como si creyese que podría verlo a través de la madera. Entonces se volvió hacia Cup quién ladeaba la cabeza, contemplando ahora la silueta que se apreciaba por la parte del cristal—. Osos. Hay que dejarlos fuera.

El hombre enarcó una ceja, la miró y luego se aproximó a la cenefa acristalada.

—Pues deben ser unos osos tremendamente listos para vestirse como

humanos y caminar erguidos —replicó con palpable ironía—. Por no hablar de que tienen un acento extranjero bastante marcado... y parecido al tuyo.

Se mordió el labio inferior, bajó la cabeza y la sacudió. Se había vuelto loca de remate, no había otra explicación para el espectáculo que estaba dando.

—No son la clase de huéspedes que desearías tener en el camping.

—¿Por qué? —Se detuvo a un lado y señaló el cristal con el pulgar—. ¿Son asesinos en serie? ¿Prensa sensacionalista? ¿Algún famosillo del corazón?

—Peor, mucho peor...

—No hay nada peor que un famosillo del corazón, nena, te lo aseguro —declaró y añadió—. Y dado que no son osos y tampoco asesinos en serie, ni periodistas... creo que puedes dejarles entrar sin peligro alguno para la familia o los huéspedes. Además, no quedaríamos bien en las noticias si descubren que le has cerrado la puerta en las narices a Alexei Nikoláevich Vasily y a su acompañante.

—¿Cómo...?

Su sonrisa petulante le dijo que acababa de morder el anzuelo.

—Sí, suponía que era el mismo que salió esta mañana en las noticias —declaró mirando a través del cristal—. Parece que no está en los Emiratos Árabes.

—No, está ahí fuera.

—Creo que Eros preferiría que permitieses la entrada a los huéspedes antes que dejarlos esperando en el porche.

—No necesitamos ese tipo de huéspedes.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Nena, no te haces una idea del tipo de huéspedes que realmente se necesitan estos días por aquí —aseguró risueño, dio un paso hacia ella y la

llamó con un gesto de la mano—. Vamos, apártate y abre la puerta.

—No.

Cuando se tomase un momento para analizar la absurda e infantil actitud que estaba teniendo se daría de bofetadas. Había perdido la cabeza por completo, su dignidad se había ido a la mierda y se aferraba a la manilla de la puerta como si le fuese la vida en ello.

Si le permitía la entrada a ese hombre estaría acabada. Tendría que escucharlo, tendría que verle, reviviría ese único encuentro que había intentado olvidar por todos los medios. En ese momento pensó que él estaba muy lejos de su alcance, ahora sabía cuánto.

—Ha venido solo para complicarlo todo, Cup —replicó desesperada consigo misma—. No quiero verlo, no quiero escucharle, solo quiero que de media vuelta y se vaya. ¿Me oyes? —Se giró ahora hacia la puerta—. Quiero que te vayas.

—Y en el desierto quieren agua helada. —Escuchó la voz del mismo hombre que se había presentado en la recepción.

—Virkinov.

—¿De verdad es ella?

—Esto es absurdo. —Escuchó de nuevo la voz de Liosha—. Nakia, no puedes prohibirme la entrada a un lugar público.

—En eso tiene razón. —Añadió Cup al tiempo que le rodeaba la cintura con los brazos y tiraba de ella hacia atrás—. Vamos, *devochka*, suelta el pomo.

Sus manos se aferraron aún con más fuerza, sacudió la cabeza y gimió al sentirse zarandeada.

—¡Suéltame, Cup!

—Y yo que pensaba que Valentina era difícil...

Unos golpecitos en la puerta empezaron a acompañar las palabras del

otro lado de la puerta.

—Nakia, te estás comportando como una niña.

—¿Quieres hacer el favor de soltar el maldito pomo? —insistió Cup, tirando de ella sin demasiado éxito.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La voz de Eros resonó en la sala, atrayendo la atención de ambos.

—Ah, bien, al fin llega la caballería —declaró Cup levantándola del suelo unos centímetros—. Tu prima se ha convertido en *Spiderman* y no quiere soltar el pomo de la puerta.

—¿Qué?

El gorjeo de un bebé se unió al asombro en la voz de la madre.

—¿Cup? ¿Nakia? ¿Qué demonios...?

—Oh, pero si es mi bebé favorito —canturreó el hombre, poniendo ahora un poco más de ímpetu, dejándose de sutilezas y arrancándola por fin de la puerta—. En cuanto acabe con tu tía postiza te cojo en brazos, corazoncito. Hola a ti también, Valentina. Mira que ojeras, necesitas dormir, cariño.

El bebé gorjeó como si aquella situación le pareciese de lo más divertida.

—Claro, intenta dormir algo con un bebé de tres meses que tiene cólicos.

—Esta situación empieza a ir más allá de lo absurdo, Alexei.

—Yo la encuentro... refrescante.

El matrimonio posó la mirada entonces en la puerta cerrada, Eros la miró entre interrogante y mosqueado mientras caminaba hacia ella.

—¿Hay alguien fuera?

—Dos de nuestros nuevos huéspedes —le informó Cup envolviéndola en sus brazos, impidiéndole hacer otra cosa que resoplar.

—Cup, suéltame —siseó revolviéndose—. Sácame las manos de

encima.

—¿Se ha estropeado la cerradura? —preguntó Valentina siguiendo a su marido al tiempo que echaba fugaces vistazos a su prima.

—¡Ojalá! —siseó incapaz de refrenarse.

Pero Eros abrió la puerta, dejando claro que la cerradura funcionaba perfectamente, para encontrarse al otro lado a los dos hombres que ella quería dejar fuera.

—Qué pena —murmuró el guardaespaldas—. Cinco minutos más y hubiese tenido la excusa perfecta para irnos.

La respuesta de su primo fue mirarla a ella y luego a los recién llegados.

—Lo siento, no sé qué está pasando aquí...

Aquello se estaba desmandando, había demasiadas personas presentes, demasiados testigos y todo porque ese maldito había hecho caso omiso de su nota. Se debatió de nuevo en el abrazo de Cup, luchando por soltarse pero él no solo no la soltó sino que la atrajo más firme contra su cuerpo y le susurró al oído.

—Si sigues restregándote a mí de esa manera, tu hombre va a pensar que no te importa un bledo, cariño.

Siseó, girándose hacia él.

—No es mi hombre.

—Pues para no serlo te mira como si ya te hubiese reclamado.

Entrecerró los ojos y bajó aún más el tono de voz dotándolo de una firme amenaza.

—Cup. Tienes dos segundos para quitarme las manos de encima... a menos que quieras tener mis dientes de recuerdo en tu brazo.

La manejó como si fuese una muñeca, sus pies apenas tocaban el suelo. Ese hombre era el doble de grande, el doble de alto, el doble de todo y la ponía de los nervios.

—Lo harías, ¿verdad? —aseguró divertido, entonces empezó a aflojar su agarre sobre ella—. Es una pena... habrías sido una compañía sin duda muy agradable.

Antes de que pudiese preguntar al respecto, la soltó, le dio una palmadita en el culo y se giró hacia Valentina, extendiendo ya los brazos hacia el bebé.

—Ven con el tío Cup, corazoncito. —Cogió al infante de brazos de su madre y lo acomodó con una pericia que le hizo preguntarse si no tendría hijos.

—Nakia, ¿qué significa todo esto?

Demasiadas miradas puestas sobre ella, demasiadas caras interrogantes y, en el caso de Eros, también cabreada. No sabía lo que estaba pasando allí y no le gustaba un pelo.

—La puerta se cerró de golpe, por el viento —intervino Liosha con toda tranquilidad—. Parece que se atrancó... Soy Liosha Vasily y él es mi amigo, Virkinov Lébedev. —Se presentó, tendiéndole la mano a Eros—. Acabamos de llegar, tenemos una reserva para los próximos tres días. —Su mirada se encontró entonces con la suya, desafiante, divertida—. Nakia y yo nos conocemos de Dombaj.

Los hombres se estrecharon la mano, su primo asintió y la miró a ella fugazmente. Su rostro decía claramente que iba a tener que dar muchas explicaciones.

—Eros Ward, soy el gerente del camping. —Se presentó sin dejar de mirarle y alternando al mismo tiempo con su acompañante—. Bienvenidos al camping The Woods y disculpen el revuelo. Obviamente, algo ha pasado... con la puerta...

—No se preocupe —aceptó el hombre al momento—. Ha sido algo fortuito, estoy convencido de ello. Nakia estaba... intentando solucionarlo

cuando llegamos.

Su primo no se tragaba ni una sola palabra, pero prefería esperar. Eros solía calar muy bien a la gente y estaba segura de que ya se había hecho una idea sobre los recién llegados. No creía ni una sola de las excusas y recelaba de su presencia.

Apretó los dientes. No podía seguir allí, no con todas esas miradas puestas sobre ella, ya había sido bastante malo que apareciese Cup en ese momento, pero que además lo hiciese su primo con su esposa... Clavó la mirada en el motivo de sus problemas y él se limitó a guiñarle el ojo.

—Nakia, ¿por qué no atiendes a nuestros nuevos huéspedes y...?

No esperó a escuchar el final de la frase de Valentina, giró sobre sus talones y salió de la recepción a toda velocidad.

—Pero...

—¿Por qué no pasan adentro? —Los invitó Eros, cogiendo las riendas de aquella incómoda situación—. ¿Ya han hecho el *check-in*?

—Acabamos de llegar. —Virkinov tomó las riendas de la conversación.

—En ese caso, acompáñenme, por favor. —Los invitó la esposa del gerente, pasado el momento de sorpresa—. Solo nos llevará unos minutos.

Alexei le sonrió en respuesta y posó la mano sobre el hombro de su compañero.

—Vir, encárgate de ello —pidió, entonces se dirigió al hombre—. Señor Ward, si me permite unas palabras en privado con usted...

Asintió conforme, estaba claro que sabía que había mucho más de lo que no se había dicho.

—Parece que serán necesarias para esclarecer lo que quiera que esté pasando aquí —murmuró en voz baja y lo invitó a acompañarle—. Por aquí, por favor.

Cup vio desde un lado de la sala como cada uno de los presentes se

ocupaba de sus asuntos y no pudo hacer menos que sonreír.

—Vamos a tener que hacer algo para que la *tita* Nakia y el *tito* Alexei lleguen vivos y de una pieza a San Valentín, Aedan —murmuró mirando al bebé en sus brazos—. Espero que cuando seas mayor y decidas elegir a una chica, no me deis tantos problemas.

CAPÍTULO 20

—No vas a decir nada.

Nakia optó por seguir con su mutismo, el mismo que se había instaurado en su garganta desde el momento en que abandonó la recepción. Se había pasado el resto del día dedicándose a tareas menores, procurando estar en todo momento lo más lejos posible de su primo y, sobre todo, del hombre que había ocupado la cabaña contigua a la suya. Sabía que no se trataba de un hecho a propósito, era la cabaña que se había asignado a la reserva y, para su mala suerte, no había otra libre en esos momentos.

La necesidad de mantenerse alejada la había llevado a bajar hasta el pueblo. Bear River era la típica zona rural en la que podías encontrar algunas casas, una clínica, un par de restaurantes, el bar de toda la vida, un pequeño hotel y el centro comercial con cines que habían abierto recientemente. Para las gentes del lugar era perfecto y no necesitaban nada más, para alguien acostumbrada a vivir en la ciudad, podía resultar un tanto... agónico.

A ella sin embargo le gustaba esa familiaridad, en tan solo los dos meses que llevaba en el camping ya conocía a la mayoría de los habitantes del pueblo, muchos de ellos la habían invitado a comer, a charlar e incluso a tomarse algo en el bar.

Hizo sus pensamientos a un lado y miró a Eros, quién seguía con la

mirada clavada en la suya, silencioso, esperando una respuesta que ambos sabían no iba a obtener.

—Dime al menos que no es un capullo al que tenga que sacar de mi hogar a tiros.

Enarcó una ceja ante tal resumen, sin duda era el *Ranger* el que hablaba.

—Si te ha dicho quién es, no me harías siquiera esa pregunta.

Chasqueó la lengua y se recostó en la butaca de cuero marrón que tenía en la oficina.

—Sé quién es, Nakia, incluso yo veo las noticias —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Y ha sido lo bastante sincero como para confirmar ese hecho y añadir el motivo de su presencia aquí.

Sus miradas se encontraron y vio en sus ojos aquella palabra que no había dicho.

—No está aquí por mí.

Alzó ambas manos a modo de rendición.

—No te estoy pidiendo explicaciones, nena, eres una mujer adulta y con plena autonomía —resumió—. Solo quiero que sepas que si me necesitas, estaré aquí.

Una sutil manera de decirle que si hacía falta romperle las piernas a alguien no tendría que hacerlo sola, para algo estaba la familia. Sonrió y sacudió la cabeza.

—Fue un polvo de una noche, Eros —le soltó sin darle más vueltas—. Supongo que sabes lo que es eso.

Para su crédito, él ni se sonrojó ni se mostró consternado por su crudeza.

En ocasiones parecía que las mujeres debían cuidar hasta el más mínimo detalle de lo que decían. Oh, si un hombre decía que había echado un polvo con una mujer, no pasaba nada, incluso se lo consideraba un campeón, ahora,

si quién lo decía era una chica, la cosa cambiaba. Al final, la libertad sexual podía ser ejercida por cualquier individuo fuese del sexo que fuese, pero decirlo en voz alta era una cosa totalmente distinta.

Y ella no era de las que se escondían, disfrutaba de su sexualidad y lo hacía de una manera sana, natural, por lo mismo, tampoco se ocultaba a la hora de hablar de ello.

—Para haber sido algo... pasajero... le ha calado bastante, de otro modo, no se habría tomado la molestia de cruzar el atlántico para verte de nuevo.

Resopló ante sus palabras.

—Si está aquí es porque alguien le dijo dónde encontrarme —replicó con un mohín—. Sé que Natasha no se lo habría dicho por iniciativa propia, así que ha tenido que ser Misha.

El prometido de su amiga trabajaba como asistente para el palacio, lo que lo ponía en la nómina de ese hombre.

—Sea lo que sea lo que lo ha traído aquí, se irá con lo mismo que ha venido —añadió con un resoplido—. Sin nada.

Él sonrió y bajó la mirada a sus dedos.

—Es tu vida y no soy quién para decirte lo que debes o no debes hacer —replicó con sencillez—. Pero sí pediré que tengas cuidado y que, por favor, no vuelvas a cerrarle a nadie la puerta en las narices... Al menos no en mi camping.

Esperó que su expresión no transmitiese demasiada ironía cuando respondió:

—Haré lo que pueda.

Su primo negó con la cabeza, suspiró y se permitió cerrar los ojos durante unos instantes.

—Mañana se cumplirán dos años desde que conocí a Valentina —le dijo

entonces con voz pensativa—. Te aseguro que cuando la vi, lo primero que pensé fue: *Esta mujer va a traerme problemas*. Y me los trajo, vaya si me los trajo, pero fueron una clase de problemas en los que me gustó meterme, de los que disfruté enormemente.

El amor en su voz lo decía todo, él estaba enamorado de la mujer que había conocido por casualidad, a la que había rescatado de alguna manera de un accidente en la carretera, pero ella no era Valentina y, desde luego, Liosha, no era Eros; él tenía mucho más equipaje del que cualquier mujer con medio cerebro desearía.

—Si el final hubiese sido distinto, creo que aun así lo hubiese disfrutado porque ella era lo que más deseaba en aquel entonces —continuó él—, y sigue siéndolo aún ahora.

Abrió los ojos y la miró sin andarse con rodeos.

—A veces correr no es la solución, Nakia. Lo es detenerse, darse la vuelta y enfrentarse a lo que nos persigue.

Le sostuvo la mirada y se lamió los labios.

—Él está prometido, Eros, en las noticias no hablan de otra cosa —declaró con un nuevo resoplido—. Anunció su compromiso en Navidad, dijo que presentaría a su esposa la víspera de San Jorge. Y yo no me meto con hombres comprometidos y mucho menos a punto de casarse.

Sus palabras parecieron hacerle pensar, se llevó un par de dedos a los labios con gesto meditativo y finalmente chasqueó la lengua.

—Si ese fuese el caso, ¿por qué habría venido a buscarte? —preguntó abiertamente.

—Porque es un hombre y a los hombres os gustan demasiado los desafíos.

Él se echó a reír.

—A este hombre no, cariño mío, si Valen me hubiese dicho que no, me

haría retirado —aseguró jovial.

Entrecerró los ojos.

—¿No habrías insistido?

Dudó unos momentos, finalmente asintió.

—Posiblemente sí, lo habría hecho, pero Valentina es una mujer con las ideas bastante claras. Si su primera respuesta hubiese sido no, nadie la habría movido de ahí.

Tenía que confiar en su palabra, después de todo, él era quién mejor conocía a su mujer.

—Pues ella y yo ya tenemos algo en común —declaró al tiempo que se levantaba—. Yo también soy de las que si dice no, es porque esa es la única respuesta que van a encontrar.

Le echó un vistazo al reloj y suspiró.

—Como vuela el tiempo cuando te lo joden con preocupaciones —rezongó—. No te das cuenta ni de qué pasa, pero sí de que te duele la cabeza como si te la hubiesen metido en una coctelera.

Eros esbozó media sonrisa.

—Has tenido un día duro, ve a cenar algo y luego descansa —le sugirió—. Te diría que te unieses a nosotros, pero deduzco que no estás de ánimo para reuniones familiares.

—No, difícilmente puedo soportarme a mí misma ahora mismo —asintió sin andarse por las ramas—. El plan ducha, cena y cama, en ese orden, me parece ahora mismo el más apetecible.

Él asintió.

—Nos veremos mañana, entonces —aceptó y acotó—. Y no te levantes antes de que salga el sol, por favor, haces que quedemos mal el resto de los mortales.

Sonrió.

—Como ya te he dicho antes... —le guiñó el ojo—. Lo intentaré.

Se despidió antes de que pudiese hacerla cambiar de opinión, salió de la oficina y atravesó la casa deteniéndose lo justo en el comedor para coger algo para llevar y retirarse por el día de hoy a su cabaña.

CAPÍTULO 21

—¿A qué debo esta agradable e intempestiva llamada?

Alexei no necesitaba ver a su interlocutora para saber que estaría poniendo los ojos en blanco, posiblemente con una copa de *Chardonnay* en la mano, disfrutando de la soledad de su alcoba. Sabía que lo llamaba desde casa, desde el anuncio de Nochebuena se había quedado en el palacio, coordinando con el Primer Ministro, Kostya Lébedev, todo lo que surgía a raíz de su declaración. De todos sus consejeros, esas dos personas eran las únicas que estaban al tanto de su búsqueda, que sabían que había conocido a alguien y estaba dispuesto a averiguar si era la mujer que presentaría como su reina.

—¿No puede una madre interesarse por su hijo? ¿Especialmente cuando este sale en las noticias internacionales de cada país? —replicó divertida—. Te lo juro, Liosha, nunca había escuchado tu nombre en boca de tanta gente como en estos últimos meses. Es revelador.

Sonrió para sí, su madre era una de las pocas personas que le llamaba por el diminutivo de su nombre.

—La gente necesitaba un tema nuevo de tertulia y le he dado uno que los mantendrá entretenidos un tiempo.

—Te lo estás pasando en grande, admítelo.

—Me lo pasaría mucho mejor si todo esto diese resultados.

Y no es que se pudiese quejar al respecto, había tenido ya el primer acercamiento aunque no con el resultado que esperaba. Sin duda, su presencia había sacudido a Nakia, ella no se esperaba que su interés lo llevase a buscarla y eso la había sorprendido. Pero entonces se había puesto en modo defensivo, negándose a intercambiar siquiera unas palabras. Esa respuesta había sido más reveladora que sus palabras, su lenguaje corporal, el rubor en sus mejillas, el nerviosismo... eran los mismos síntomas que habían visto en ella esa primera noche y los que le daban esperanza para encontrar la respuesta que venía buscando.

—¿Y no los está dando?

Se frotó la barbilla.

—Todavía es temprano para saberlo —comentó pensativo.

—Y lo dice un impaciente como tú —sonrió—. Ella debe ser muy particular.

—Es una mujer con mucho que decir.

—Me preocuparía que fuese alguien que no tuviese voz propia —replicó con ironía—. No te interesaría, incluso te aburriría. Eres hijo de tu padre, te pareces demasiado a él como para que una simple mujer te cambie.

—También me parezco a ti.

—Eso lo dices solo para que no me cele.

Sonrió para sí. Esa mujer era una verdadera artista de la manipulación, era capaz de hacer que una piedra pensase como ella con tan solo su encanto. Pero no lo hacía con mala intención, siempre esgrimía argumentos sólidos que podías o no compartir, pero que te hacían pensar.

—Solo expongo una realidad —admitió sin más—. Pero dime, ¿qué tal va todo por ahí? ¿Se ha sublevado ya alguien?

—Kostya no les deja, tiene una manera única de disuadir a esos idiotas que hay en el consejo —replicó con un bajo canturreo—. Empiezo a pensar

que ya es hora de que entre sangre nueva.

Entre otras cosas, pensó con un resoplido mental. Había llegado la hora de hacer algunos cambios, de impulsar ciertos proyectos y, en definitiva, llevar el país a un nuevo nivel pero para poder hacerlo, primero tenía que cumplir con la ley, con la tradición, solo entonces el pueblo podría estar dispuesto a aceptar los primeros cambios.

—Tienen ideas propias de su época...

—Ideas obsoletas —añadió su madre con un resoplido—. Pero tendrán que seguir obsoletas un poco más. Lo primero es lo primero y, después de la que organizaste en Nochebuena...

—¿Acaso organicé algo?

La escuchó rezongar en su idioma natal.

—No me vengas con historias, Liosha, te he traído a este mundo y sé muy bien de qué pie cojeas.

Se rió entre dientes. Sí, esa era su madre.

—Como siempre me recuerdas, soy hijo de mi padre, mi querida *mat*^[2] —puntualizó divertido—. No te preocupes más y confía en que estoy haciendo lo que debo hacer, lo que quiero hacer.

—De eso no me cabe la menor duda, *moy syn*^[3], ni la menor duda.

Sacudió la cabeza y levantó la mirada al escuchar el sonido de la puerta de la cabaña abriéndose y cerrándose. Virkinov debía haber regresado ya de su vuelta de vigilancia, eran costumbres arraigadas que no podía evitar dejar a un lado.

—Entonces, ¿cuándo tienes previsto volver?

—Cuando tenga las respuestas que necesito, mamá, cuando las tenga.

Su compañero apareció entonces por la puerta, enarcó una ceja preguntando con quién estaba al teléfono y gesticuló el nombre de su madre.

—Espero, por nuestro bien y el de Kizovna que las obtengas pronto —masculló Virkinov.

Puso los ojos en blanco.

—Escucho que ya tienes compañía —comentó su madre—, con lo que dejaré que disfrutes de ella.

—Es Vir, *mat*.

—Lo sé, por eso sé que disfrutarás de ella —le aseguró—. Cuídate mucho y tenme al tanto de todo.

—Lo haré —le prometió. Le dedicó una bendición especial y colgó.

—¿Qué demonios hace colgada al teléfono a estas horas?

A ninguno le había pasado por alto la diferencia horaria.

—Vivir su propia vida e intentar sonsacarme de la mía en el proceso.

Virkinov sacudió la cabeza.

—Tendría más éxito interrogando a cada uno de los consejeros...

—Algo me dice que eso ya lo ha hecho, no me sorprendería recibir también la llamada de alguno de ellos de un momento a otro.

—Esperemos que no, no tengo ganas de charlar con ninguno de ellos.

—Si llaman desde palacio, no lo cojas —lo apuntó con un dedo—. Dios sabe que lo último que necesito ahora es lidiar con los asuntos de Kizovna.

—Especialmente después de que esa pequeña gata montesa te haya dado con la puerta en las narices y recordado que te dio pasaporte para empezar.

Sonrió divertido.

—No era tan iluso como para esperar que me recibiese con los brazos abiertos —respondió divertido—. Fue... interesante.

—Lo suficiente como para que sigas interesado en ella.

Sí, así era. El volver a verla había reactivado su deseo, le dijo sin

palabras que esas horas que pasaron juntos no eran suficientes, que quería más de ella, mucho más.

—No soy capaz de sacármela de la cabeza, es alguien difícil de olvidar. Su compañero resopló.

—¿Crees que no me he dado cuenta de eso? —resopló con palpable ironía—. No has hablado de otra cosa en estos dos últimos meses, has hecho una maldita cruzada para dar con ella. La verdad, ya no sé si lo tuyo es suerte o es que ella carece de fortuna —continuó y señaló con un gesto de la barbilla la ventana—. La he visto hace un rato entrando en la cabaña que tenemos al lado. He montado guardia unos minutos y no ha vuelto a salir, con lo que deduzco que tiene que ser su alojamiento.

Aquello sí que llamó su atención.

—¿Cómo?

Virkinov descorrió la cortina y señaló el punto luminoso que había unos trescientos metros a su izquierda.

—Que tienes suerte, *majestad*, tu presa no está demasiado lejos.

CAPÍTULO 22

Nakia salió de la ducha secándose el pelo con una toalla, la cabaña ya estaba caldeada gracias al fuego de la chimenea, le gustaba la sensación del calor que emanaba de las llamas sobre su piel desnuda, calentándose poco a poco, absorbiendo la humedad que pudiese quedarle tras el baño. Canturreó y meneó las caderas mientras caminaba hacia el calorcillo del hogar, se frotó un par de veces más el pelo y echó la cabeza hacia atrás, devolviéndose a sí misma la visión y encontrándose con un huésped inesperado. De pie al lado de la chimenea, vestido con unos vaqueros y la camisa abierta hasta la uve de su pecho, estaba Liosha.

—Si no te conociese ya, pensaría que mi mente me está jugando una mala pasada y crea un espejismo ante mis ojos.

Sus palabras, pronunciadas en voz baja, le provocaron un estremecimiento de placer.

—Aunque no sé qué clase de espejismos podrían darse en la montaña.

La recorría con la mirada, podía sentirla como una caricia sobre su piel, haciendo que la toalla pareciese más y más pequeña, una cantidad de tela demasiado pequeña para mantenerla a salvo de ese ardiente y sensual espécimen.

—¿Cómo has entrado?

La pregunta surgió un poco más estrangulada de lo que le gustaría y eso hizo que se le calentasen las mejillas al momento.

—La puerta estaba abierta. —La señaló al otro lado de la habitación principal—. Te prometo que llamé primero.

Con las prisas que tenía por darse un baño se había olvidado de echar el cierre, pensó con tardío arrepentimiento.

—¿Y entras en todas las casas ajenas sin que te inviten?

Sus labios se curvaron en las comisuras haciendo que la sombra de barba que cubría su bigote se acentuara.

—Recuerdo un momento en el que tú entraste en la mía sin invitación.

Sus palabras eran como una caricia, la forma pausada en la que hablaba, como si ella fuese un cervatillo que pudiese echar a correr de un momento a otro la molestaban. No quería sentirse así, no quería que su cuerpo se alegrase de verle.

—Eso fue... distinto.

—Sí, ahora no hay ninguna tormenta de nieve que pueda mantenernos aislados en medio de la montaña, mi cabaña está a unos trescientos metros de la tuya, podría irme... —enumeró él, dejando la última parte en el aire como una invitación—. O podría quedarme, si me lo permites.

Se cruzó de brazos, apretando la toalla contra su cuerpo, buscando en ella un motivo al que aferrarse.

—Pensé que había dejado muy clara mi respuesta esta mañana.

Si bien sus palabras lo tomaron por sorpresa, esta no duró mucho ya que terminó soltando una carcajada. Cuando reía sus facciones cambiaban, se volvían mucho más juveniles, picarescas y no por ello disminuía la arrolladora sexualidad que le envolvía.

—Dejarme fuera de esa manera fue un poco humillante.

Enarcó una ceja ante su réplica.

—Te las arreglaste muy bien para salir airoso.

Se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Tengo mis métodos.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, pretendiendo ignorarlo.

—Sí, unos que conozco de primera mano.

No pudo evitar que su mente volviese en el tiempo dos meses atrás, al momento que habían compartido en una cabaña parecida a esta y a la vez distinta. Porque ellos eran distintos entonces, dos completos desconocidos que se habían encontrado bajo una luz distinta.

«*Puedes pasar aquí la noche si ese es tu deseo*». Recordaba sus palabras con nitidez, la expresión en su rostro, el brillo en su mirada. «*La elección es tuya*».

En ese momento había decidido sin saber, había elegido disfrutar de un momento fugaz, de una noche que terminaría al llegar la mañana y lo habría hecho, lo hizo en el momento que abandonó su cama y se marchó. O eso es lo que quería creer.

—¿A qué has venido? —preguntó alzando la mirada para encontrarse con sus ojos—. Dije muy en serio cada una de las palabras que pedí te transmitieran.

Liosha dejó su lugar junto a la chimenea y caminó hacia ella. Cada paso que daba en su dirección la hacía más consciente de ese hombre, como si no fuese suficiente que estuviesen ya en la misma habitación.

—Te advertí que me iría por la mañana —insistió, recordándole lo que le había dicho en ese primer encuentro.

—Y yo que no te detendría —confirmó él, rescatando aquellas palabras pronunciadas en la noche invernal—. Y no te detuve. Te di mi promesa y tú me obligaste a cumplirla al marcharse incluso antes de que saliese el sol.

Una acusación velada, pero una acusación a fin de cuentas.

—Solo fue una noche, Liosha, no te prometí nada más.

—Lo sé —convino deteniéndose delante de ella, tan cerca como para

que pudiera aspirar ese aroma tan suyo—. Pero para mí no fue suficiente.

Esas palabras le provocaron una punzada de placer. Dios sabía que para ella tampoco lo había sido, habría querido volver a verlo, encontrarse de nuevo aunque fuese por casualidad, pero las dudas sobre su procedencia, sobre quién era, sobre lo distintos que eran la había refrenado a la hora de buscarle esa mañana... y después, todo lo demás había salido a la luz.

—Tiene que serlo, *majestad* —replicó haciendo hincapié en quién era él—. Debe serlo, especialmente ahora que vais a casaros.

Vio lo que esas frases provocaron en él, el cambio inmediato de actitud, el dolor que cruzó por sus ojos como si hubiese sido azotado con una vara y no con palabras.

—Nakia...

Desechó el comentario con un gesto de la mano.

—Estás prometido en matrimonio —le recordó a modo de acusación—. Todo el mundo dice que presentarás a tu prometida la víspera de San Jorge, así que, permíteme que te felicite por tu próximo enlace...

Se la quedó mirando fijamente, se quedó atrapada en esos ojos, en esa intensidad y tuvo que apartar la mirada.

—¿Recuerdas que esa noche me preguntaste si estaba casado? —la interrumpió, impidiéndole seguir—. Mi respuesta fue: *No, Nakia, si lo estuviese jamás nos habríamos encontrado*. Si en ese momento hubiese existido otra mujer, si hubiese estado prometido en matrimonio, nunca nos habríamos conocido, no habríamos acostado. Esas horas nunca habrían sido reales.

Levantó la barbilla y señaló lo evidente.

—Es obvio que ahora lo estás. —No pudo evitar sonar acusadora—. Saliste en las noticias, te vi con ese hombre que entró hoy en la recepción del camping... Hablaban del próximo compromiso del rey Alexei Nikoláyevich

Vasily, miembro de la familia real de Kizovna. Incluso Natasha sabía quién eras. Ella me llamó en Nochebuena y me lo dijo. Todos sabían quién eras, todos menos la tonta empleada de la estación de esquí a la que te tiraste.

Y eso era lo que le aguijoneaba el orgullo, el haber sido la única que ignorase ese pequeño detalle.

—Debiste pasártelo muy bien fingiendo ser alguien más, *Liosha*.

—Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, pude ser yo mismo —replicó él de inmediato, tan acusador como lo había sido ella—. En esa cabaña en medio de la montaña, cuando soplabla la ventisca en el exterior, estuve con una mujer que me vio como Liosha, como un huésped anónimo y nada más. —Se lamió los labios y la recorrió de nuevo con la mirada antes de recalar de nuevo en sus ojos—. Esa noche yo no era otra cosa que un hombre más y tú una mujer que se dejó caer por mi cabaña —le recordó con poderosas razones—. Cada uno ocultamos algo esa noche y lo sabes. No queríamos hablar de quienes éramos porque no importaba, porque nada de eso tendría importancia con la llegada del amanecer.

Le sostuvo la mirada sabiendo que era la verdad, ella misma había aceptado el juego al pedirle que le dijese una única cosa, algo que no supiese nadie más. No le había interesado su identidad, no había querido saber su profesión, qué hacía con su vida, solo quería un recuerdo, algo único y que fuese solo de ellos dos.

—Y no tenía que tenerla, debiste dejar las cosas así —le reprochó furiosa consigo misma porque no era él el único que había cambiado las reglas, ella tampoco había podido dejar que todo acabase esa mañana con su partida—. Eso fue lo que acordamos, un acuerdo tácito.

Él tensó la mandíbula pero asintió.

—Sí, tienes razón, ese fue el acuerdo al que llegamos al inicio de la noche —concretó—, ¿pero pensabas lo mismo a la mañana siguiente? Di la

verdad, Nakia, ¿te resultó sencillo huir? Porque eso es lo que hiciste.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me quedase allí para darte los buenos días, darte las gracias por una sesión de sexo espectacular y te invitase luego a un café? —lo acusó—. ¡Yo ni siquiera debía estar allí para empezar! Tú y yo pertenecemos a mundos totalmente distintos, incluso antes de saber quién eras en realidad, estábamos en universos distintos.

—Eres la única que piensa de esa manera, Nakia, puedo asegurarte que a mí ni se me pasó por la cabeza.

Dejó escapar una carcajada de mala gana.

—No, claro que no. Tú solo pensaste en que sería divertido hacerte pasar por otra persona —declaró con hastío—. ¿Tienes la menor idea de lo que se siente al ser utilizada de esa manera? Porque así me sentí yo, Liosha, utilizada por ti.

Otra pequeña verdad que guardaba en su interior, otra perla de arrepentimiento que venía con su propia culpabilidad por el hecho de sentirse así.

—Natasha me llamó en la fiesta de Nochebuena, me dijo que tú, el rey Alexei Vasily, me estaba buscando —chasqueó la lengua—. ¿Puedes hacerte una idea de lo absurdo que sonaba todo aquello? Tuvo que enviarme una foto, una maldita instantánea tuya de esa misma fiesta para que la creyese.

Sacudió la cabeza y le recordó lo obvio.

—Sé que la has presionado, que has insistido hasta la saciedad en que te dijese dónde me encontraba —le hizo partícipe de todo a lo que estaba al tanto—. Yo se lo prohibí. Le pedí que te entregase un mensaje, no era tan difícil de comprender: No me busques, recuerda que solo fue una noche.

Lo miró acusadora, enfadada con él.

—Pero tuviste que insistir, tuviste que seguir presionando —siseó—. ¿Quién fue? ¿Misha? Sí, tuvo que ser él porque Tasha nunca lo haría.

—Sí, reconozco cada una de las acusaciones que me estás haciendo, Nakia —declaró con firmeza—. Y recuerdo cada maldita palabra porque las tengo grabadas aquí. —Se tocó el pecho a la altura del corazón—. ¿Quieres saber por qué estoy aquí? Por esas mismas palabras, porque no creí ni una sola de ellas.

Se mantuvieron la mirada durante unos interminables instantes, entonces dejó escapar un suspiro y optó por un tono más comedido.

—Si te pido que te vayas, ¿te irás?

—No.

No podía acusarle de no ser sincero y, sobre todo, insistente.

—No hasta que encuentre respuesta a lo que me ha traído hasta aquí —aceptó con aplastante firmeza—. Una respuesta que solo tú puedes darme. Una que no sean solo palabras. No me iré, a menos que eso sea lo que realmente deseas, que me lo demuestres con algo más que enrabiadas palabras. Demuéstramelo, Nakia, demuéstrame que eso es lo que realmente quieres. Dímelo ahora, estoy aquí, dímelo y me iré.

¿Por qué no podía dar solo media vuelta e irse? ¿Por qué tenía que atormentarla de esa manera? ¿Por qué había vuelto trayendo consigo el fresco recordatorio de aquella noche?

—¿Por qué tanto empeño? —preguntó en cambio—. Yo no soy nada, no soy nadie, no fui más que un momento fugaz...

Lo sabía, eso había sido siempre para la mayoría de los hombres con los que había estado, eso era lo que ella había querido ser.

—Porque no fue suficiente, Nakia —declaró deslizando las manos ahora por sus brazos, ascendiendo hacia sus hombros, acariciándole el cuello con los pulgares y deteniéndose en su barbilla para al fin acunarle el rostro entre los dedos—. Para mí no fue suficiente y quiero más, deseo más de ti.

—Liosha...

Le cubrió los labios con dos dedos.

—Nada de palabras, Nakia, te lo dije, si de verdad quieres que me vaya, demuéstramelo, de lo contrario me quedaré.

No le permitió protestar, retiró sus dedos y los cambió por sus labios, el contacto de su lengua incursionando en su boca y entrando en contacto con la suya, una declaración de intenciones a la que no le quedó más remedio que responder.

CAPÍTULO 23

Nakia no quería ceder, pero era incapaz de no hacerlo, de no derretirse en sus brazos, bajo el sabor de su boca. Lo había añorado tanto que el tenerlo de nuevo allí, el sentir sus manos sobre su cuerpo, arrebatándole la toalla era difícil de rechazar.

—No he podido sacarte de mi mente —le susurró él al oído, mordisqueándole la oreja, haciendo que todo su interior se derritiera bajo su voz y sus caricias—. Has estado presente en cada maldito momento de vigilia... Dime que para ti no ha sido lo mismo y me iré ahora mismo, Nakia, dímelo y no volveré a molestarte jamás.

Ojalá pudiera, pensó gimiendo bajo sus atenciones, ojalá pudiese decirle que no había pensado en él, que no había despertado empapada en sudor recordando sus caricias, el roce de su cuerpo o su posesión. Que su deseo no era acicateado por el suyo, que su necesidad no crecía por el simple

hecho de tocarle. Liosha hacía que se perdiese en un mar de sensaciones, calentaba su cuerpo y lo maleaba entre sus brazos haciendo que lo deseara con rabia, desesperación.

—Dímelo.

Sacudió la cabeza, no podía, no quería y maldito fuese él por impedirselo con tan solo su aroma.

—Te odio —gimoteó en cambio.

Él se echó a reír.

—No es verdad, *moya dévochka*^[4], aunque puedes seguir diciéndotelo si eso te tranquiliza.

Volvió a poseer su boca, la besó con tal pasión y sensualidad que terminó suspirando en sus labios, bebiendo su aliento y jugando con su lengua en uno de los besos más tórridos y calientes que le habían dado jamás.

—Me deseas, lo sé, tu cuerpo me lo dice, tus besos hablan por sí solos —le cogió el rostro entre las manos, rompiendo el beso, dedicándose solo a mirarla—, y por Dios que ese es también mi deseo, el que despiertas en mí. Eres tú y solo tú, Nakia, desde esa noche, solo has sido tú.

Maldito fuera él y sus palabras, maldito por decir lo que no debería escuchar, lo que no podía permitirse creer y que sin embargo deseaba. Posó sus manos sobre las de él, apuntaló sus dedos y lo obligó a soltarla solo para retener ella sus manos.

—No... puedes llegar aquí y... y pretender...

—¿Qué? —La enfrentó, apretándose contra su cuerpo, haciéndola retroceder, recordándole que mientras ella estaba completamente desnuda él seguía vestido—. Dímelo, ¿qué?

—Desear más... —gimió, mirando sus labios, deseando besarle a su vez —, pedirme más... Oh, por Dios... No puedes hacer que yo también lo deseé.

—Pero lo deseas —aseguró seguro de sí mismo, su voz preñada de

deseo, ronca por la pasión—. Está en tus ojos, vibra en todo tu cuerpo, incluso cuando querías echarme, tus ojos se alegraban de verme.

—Oh, maldito seas —sucumbió, besándole ahora por iniciativa propia, entregándose a sus brazos, frotándose contra él. Sintiendo como la ropa parecía más áspera contra su piel desnuda—. Maldito seas esta noche también.

Él se rió en su boca, pero no dejó de besarla. Empezó a despojarse de la ropa, sus propios dedos colaboraron en el proceso de desvestirle, no se molestaron en llegar a la habitación, el suelo alfombrado y el calor de la lumbre era todo lo que necesitaban para estar cómodos. En su fuero interno sabía que debía protestar, que debía negarse a caer de nuevo en aquella tentación, pero el especiado y picante aroma masculino que ya era una señal inequívoca de su presencia la envolvía como un afrodisíaco y todo lo que quería hacer era rendirse a él. Se permitió sucumbir al placer que encontraba en esos brazos, a la picardía de la boca que succionaba la suya y la incitaba despertando esa hambre frenética que surgía con él.

Cerró los ojos y se dejó ir, quería ser consciente de cada caricia, del peso que había sobre ella, de la envergadura que la envolvía y la mantenía contra el duro suelo, de la pasión y dominación que ejercía sobre ella y la volvía loca.

—Liosha... —Pronunció su nombre arqueándose bajo él, deslizando las manos por sus hombros ahora desnudos, disfrutando de la textura de su piel, de la fuerza de sus músculos.

—Mi Nakia.

Gimió al sentir su boca rozando de nuevo la suya, su lengua hundiéndose en la húmeda cavidad arrebatándole cualquier reserva presente con tan la pericia de sus labios.

—Mi dulce y deliciosa, Nakia.

Esas manos la cubrieron de caricias recorriéndola desde los hombros a

la cintura, su boca se deslizó por su barbilla, mordiéndole el mentón y deslizándose sobre su cuello provocándole nuevos estremecimientos.

Se cernió completamente sobre ella, introduciendo una de sus piernas entre sus muslos, atrapándola, haciéndola notar la tela de los vaqueros contra su húmedo y desnudo sexo. El simple roce la hizo gemir, echó la cabeza hacia atrás y se mordió los labios.

—Adoro esos ruiditos que haces.

Sacudió la cabeza desesperada, no quería responder, no quería decir una sola palabra.

—Mírame, Nakia, déjame ver esos bonitos ojos azules, déjame ver el deseo brillando en ellos, el placer.

Le mordisqueó el lóbulo, movió la pierna entre sus muslos provocándole una agónica fricción y se apretó contra su cadera, haciéndola plenamente consciente de la dura erección que contenían los pantalones.

—Me temo que ahora mismo no puedo esperar ni alargar el momento —ronroneó apartándose ligeramente de ella, lo justo para deshacerse de los pantalones—. Solo puedo pensar en tenerte, en escucharte gemir mientras me hundo en ti, en oír esas dulces súplicas de tus labios.

—Yo... no suplico.

Se rió en su oído.

—Lo harás, dulzura, conmigo lo harás.

Se obligó a abrir los ojos, a encontrarse con su mirada y cuando lo hizo vio también su sonrisa y el deseo presente en él.

—Ah, sí, esa es la mirada que quería ver —le dijo planeando sobre ella—. Esta es la mujer que recuerdo, la que me ha echado a perder para todas las demás.

—No dices más que tonterías.

—¿Eso crees? Juraría que solo estoy siendo sincero.

Negó con la cabeza.

—La sinceridad está sobrevalorada.

—No para mí, nunca para mí.

Perdió el contacto con él, sintió como la aliviaba de su peso y entonces pudo deleitarse con su pecho desnudo, con esas manos grandes atacando sin piedad el cierre de los vaqueros, en un abrir y cerrar de ojos estaba tan desnudo como ella, erecto, magnífico.

—Si me miras así no llegaremos muy lejos.

Estiró los brazos sin darse cuenta, se encontró a sí misma llamándole de regreso, buscando aquello que se había negado a sentir, un silencioso ruego al que no tardó en responder.

—¿Una invitación, Nakia?

Se lamió los labios y asintió.

—Solo, no me hagas repetirlo

Se unió muy lentamente a ella, como si disfrutase de cada segundo de aquella antesala.

—Con una llamada es más que suficiente, sirena mía.

Alexei deslizó la mirada sobre ese dulce cuerpo desnudo, sus pechos desnudos, el suave vello rubio entre sus piernas, toda ella lo llamaba de un modo único. Lo único que deseaba era unirse a ella y reclamarla, volver a disfrutar de la dulzura que conoció meses atrás en su cama y ver si podía descubrir algunos secretos más en ese pequeño y curvilíneo cuerpo.

La acarició con la mirada, apenas abriéndose camino para sus manos, dibujó sus curvas con los dedos, la redondez de su culo y se deleitó en el aroma femenino que la envolvía; su propio sello. Sus brazos lo envolvieron, su cuerpo encajaba a la perfección con el suyo, complementándole y aumentando su propio placer. Los llenos senos encajaban a la perfección en sus manos, pesados y llenos, con esas rosadas y duras puntas contra sus

palmas. Los masajó, deslizó la yema del pulgar sobre las cúspides y sonrió al escucharla gemir en respuesta.

Volvió a reclamar su boca en un rápido y húmedo beso que rompió para bajar sobre su cuerpo y deleitarse con su piel. Cerró la boca sobre uno de los duros pezones, succionándolo con suavidad, aprendiendo de los gemidos y las respuestas de su cuerpo para incrementar su placer, volviendo a descubrir los secretos que habitaban en esa mujer. Se amamantó de sus senos con perezosa languidez, disfrutó de su salado sabor mezclado con la tibieza y suavidad de su piel, de los sonidos de placer que se le escapaban de la garganta y de la sincera respuesta que mostraba.

Sonrió perezoso y le prodigó un último lametón a esa deliciosa fruta antes de pasar al otro pecho y repetir la misma atención. Se lo metió en la boca, jugó con la lengua y la succionó con la fuerza suficiente para hacerla gemir.

—Liosha.

Escuchar su nombre envuelto en esa nube de placer aumentó el suyo, su pene respondió de la única manera posible, endureciéndose aún más. Deseaba hundirse entre sus piernas, disfrutar de la funda apretada de su sexo y cabalgarla hasta que sus alientos se confundieran en una cacofonía de gemidos y gruñidos.

—Sí, cariño, pronto.

Deslizó la mano libre por su muslo y ascendió hasta ese triángulo de vello que atravesó hasta encontrarse con su húmedo y caliente centro. Deslizó los dedos a lo largo de los mojados pliegues, lubricándolos con sus jugos antes de penetrarla con ellos provocando una impaciente respuesta de sus caderas al elevarse.

—Oh sí...

—Estás tan mojada y caliente —ronroneó cerniéndose una vez más

sobre su boca, ahogando sus jadeos con besos mientras seguía incursionando en su interior con lánguida cadencia—. Quiero sentir como me aprietas cuando esté dentro de ti, como te aferras a mí mientras te poseo... Dios, Nakia, te deseo con tanta desesperación que ya no puedo esperar.

Y no lo hizo, se abrió paso entre sus piernas y la penetró, conduciéndose a casa.

Gimió, arqueó la espalda y sus pechos se aplastaron contra su pecho mientras sus piernas se enlazaban alrededor de su cintura, los talones clavándose sin pudor en su culo. Ella estaba apretada, húmeda, una maldita invitación que fue incapaz de rechazar retirándose solo para volver a embestir.

Notó sus dedos clavándosele en los hombros, pasando hacia sus omoplatos y sus uñas dejando pequeñas muescas que llevaría orgulloso. Reclamó de nuevo su boca, bebiéndose en el proceso sus gemidos, disfrutando con su lengua mientras se impulsaba en su interior, dando rienda suelta a su placer y cosechando el de ella. Cambió de posición y la penetró de nuevo, la respuesta fue instantánea, sus gemidos se amplificaron, abandonó sus labios y pegó esa deliciosa boca a su hombro mientras se encaminaban juntos a una desenfrenada liberación que no tardó en llegar.

Ella gritó su nombre sin pudor, apretándole entre sus muslos, exprimiéndole en su interior hasta que ambos se derrumbaron laxos y jadeantes sobre el suelo alfombrado, con el sudor perlado su piel y brillando a la luz del hogar.

El inicio de una nueva noche, una en la que las máscaras ya habían empezado a caer y la verdad había sido desvelada para ambos.

CAPÍTULO 24

Cuanto más tiempo pasaba al lado de esa mujer, más la deseaba y menos quería alejarse de ella. Nakia era, en muchos sentidos, todo lo contrario a él y eso hacía que sus diferencias fuesen más un complemento que una separación.

—Estos parajes no tienen nada que envidiar a los de Nadezhda — comentó Liosha rompiendo el silencio de los últimos minutos. Había rescatado una manta del sofá y los había arrojado a ambos con ella. Los rescoldos que ya quedaban del fuego de la chimenea caldeaban la habitación y sus cuerpos desnudos entrelazados debajo de la manta, conservaban el calor—. Son unas vistas que invitan a ser contempladas sin darle mayor importancia al paso del tiempo.

La sintió revolverse, acomodándose más cerca de él, buscando su contacto como una pequeña gata perezosa.

—Es un lugar tranquilo, perfecto para pensar.

La miró, le apartó unos mechones de pelo de la cara y disfrutó de la visión de esos bonitos ojos azules.

—Y deduzco que no es la primera vez que vienes.

Sacudió la cabeza, se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No he venido aquí huyendo de ti —replicó en voz baja, no evitó su mirada pero tampoco la buscó—. O quizá sí, en parte, pero antes de que nos

conociésemos ya tenía pensado venir a pasar las navidades a Bear River. Este es mi país de nacimiento, soy norteamericana aunque he pasado gran parte de mi vida en Rusia.

—Tu ruso es lo bastante bueno como para que pases por una nativa.

La vio sonreír de soslayo, ladeando la cabeza contra su hombro.

—Mi padre era ruso, mi abuela paterna también —explicó dándole voluntariamente información personal—. Ella fue quién me crio. Cuando enfermó me mudé con ella, para estar cerca y poder cuidarla. Falleció hace unos años.

—Lamento tu pérdida.

Se limitó a asentir, sin decir nada más al respecto.

—Habría podido irme entonces, volver a los Estados Unidos, pero conseguí trabajo en Domjab y me quedé en San Petersburgo, compartiendo vivienda con Natasha hasta que mi Eros me pidió auxilio.

—¿Él es la familia más cercana que tienes?

Alzó la barbilla y asintió.

—Eros es toda la familia que me queda —se encogió de hombros—. Así que cuando me pidió que viniese a echarle una mano, no lo dudé. No me marché de allí por ti, ya tenía pensado venirme a los Estados Unidos antes de conocerte...

—Pero lo que pasó, precipitó tu decisión —concluyó con acierto.

Resopló, se giró y terminó de espaldas sobre la alfombra, la manta resbaló dejando sus cremosos pechos al descubierto.

—Mira, no soy una mujer acostumbrada a dar explicaciones, ¿vale? —le informó sin más—. Vivo mi vida como puedo y quiero vivirla, no me avergüenzo de ello. Me gusta mi libertad y actúo en consecuencia.

—No te he pedido ninguna explicación con respecto a ello, nena.

Ella negó con la cabeza, entonces levantó los brazos por encima de la

cabeza y los usó a modo de almohada.

—Lo que quiero decir es que esto. —Se estaba refiriendo a ambos—. Lo que quiera que sea, tiene fecha de caducidad. Te lo dije, tú y yo nos movemos en las mismas aguas y no lo haremos jamás.

—Eso no lo sabes.

Lo miró a los ojos.

—Sí, Liosha, lo sé —aseguró con firmeza—. Tu camino se inicia en Kizovna y allí es donde seguramente terminará. Tienes un deber, un pueblo ante el que responder, un país... y una prometida a la que esperan conocer, según he escuchado.

El tonito en sus palabras, especialmente al hablar de su prometida le causó gracia.

—Mi gente conocerá a mi prometida cuando llegue el momento.

Un pequeño resoplido y esa pequeña y curvilínea mujer se incorporó de golpe, dispuesta a huir.

—Más razón para que vuelvas a ella...

La capturó al momento, cogiéndola de la muñeca y tumbándola de nuevo contra el suelo.

—Eso es exactamente lo que he hecho —le aseguró viendo los cambios en su expresión, leyéndola como un libro abierto—. De hecho, creo recordar haberle dicho hace cosa de un par de horas que nuestro primer encuentro me supo a poco y que quería más. Y sigo queriendo más. Posiblemente no me bastará con una segunda noche, ni con una tercera... puede que tampoco sean suficientes mil. Es posible que necesite pasar toda mi vida con ella para que me basten.

La forma en la que abrió los ojos, la sorpresa y la inmediata negativa que la sacudió e hizo que lo empujase, le causó gracia.

—¿Pero qué estupideces estás diciendo? —Se reveló, intentando

liberarse de él—. ¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco?

—¿De qué crees que puedo hablar, *my Nakia*? —le preguntó con una seriedad que no se reflejaba en sus ojos—. Te contaré algo. Cuando mi padre conoció a mi madre supo que ella sería la única dueña de su corazón y su alma.

Ella arrugó la nariz y le entraron ganas de besársela.

—¿Sabes cuánto tiempo tardó mi padre en saber que se había enamorado de ella y decidir que sería su reina? —No esperó a que respondiera—. Un fin de semana.

—Oh, tú has perdido la cabeza por completo —chasqueó ella—. El sexo te ha hervido el cerebro.

Se rió entre dientes.

—Sí, incluso yo, que los vi mientras crecía, que contemplé su amor y que veo todavía lo mucho que extraña mi madre a mi padre, pensaba que no era posible, que tenían que estar exagerando. Nadie puede enamorarse en tan poco tiempo, sin apenas conocerse. —Chasqueó la lengua con afectación—. Acabo de comerme mis propias palabras. Lo reconozco, me equivoqué. Sí se puede. Yo me enamoré de mi prometida en tan solo una noche...

—Liosha, no...

—Durante toda mi vida tuve muy presente quién soy, lo que se espera de mí y nunca pensé demasiado en qué sería de mí cuando llegase el momento de suceder a mi padre —le confesó, deleitándose con su piel desnuda, tibia, con ese aroma tan suyo y particular—. Nunca pensé que se iría tan pronto, que lo perdería de la noche a la mañana y que tendría que afrontar todo esto en tan solo el transcurso de un año. Ahora más que nunca le entiendo, entiendo al hombre que me crió y me enseñó todo lo que sé. —le acarició la mejilla con ternura, buscó sus ojos y se perdió en ellos—. Me gustaría ser alguien más, ser de nuevo el mismo hombre que se presentó ante ti en esa cabaña en Dombaj,

ser solo Liosha... pero no puedo. Y aun así me atrevo a decirte algo que no le dije jamás a ninguna mujer.

Se tensó, pudo notarlo bajo su cuerpo, vio el temor asomando en sus ojos, la incredulidad, pero eso no lo disuadió, como tampoco lo hicieron sus palabras.

—Por favor, no lo hagas...

Sonrió de soslayo y se acercó a sus labios, planeando sobre su boca.

—¿Qué no quieres que haga, Nakia? —Preguntó y sacudió la cabeza—. No quieres que te diga... *Eres la mujer que he esperado toda mi vida.* No quieres escuchar... *Me he enamorado de ti en tan solo una noche.* Y que... *Para mí nunca será suficiente.*

Esos labios hinchados por sus besos se separaron y dejaron escapar un pequeño gemido.

—¿Por qué demonios tienes que decirme todo eso?

Le acarició los labios con la mirada, deseando probar de nuevo su suavidad.

—Porque es la verdad, porque te quiero para mí y no solo durante un instante, te quiero para toda la vida —aseguró, le cogió la mano y se la llevó al pecho, encima de su corazón—. Si tuviese el tiempo en mis manos, te lo daría, pero todo lo que puedo darte ahora mismo son treinta y ocho días. Prometí en Nochebuena que le presentaría a la mujer a la que amo y a la que he elegido como esposa la víspera de San Jorge...

—No, no puedes hacer...

Le cubrió los labios con un dedo, callándola al momento.

—Yo sé lo que deseo, Nakia y te deseo a ti —declaró sincero—. Solo espero que ese tiempo sea suficiente para que tú averigües si podrías ser esa mujer, si estás dispuesta a darme una oportunidad a mí, al hombre que está ante ti y quererme lo suficiente como para arriesgarte a tenerme, con todo lo

que eso conlleva.

Retiró los dedos una vez más y le acarició los labios con su aliento.

—Te quiero, *mi Nakia*... —le susurró—. La pregunta es, ¿podrías quererme tú?

Dispuesto a darle todo el tiempo que tenía en sus manos, la besó y acalló cualquier protesta, reclamó de nuevo su cuerpo y a la mujer que se había colado en su corazón y alma y pasó el resto de la noche demostrándole que todavía no tenía suficiente de ella.

CAPÍTULO 25

Nakia entró en el comedor con la misma precaución que había puesto al traspasar cada umbral desde que había dejado su cabaña esa mañana. Liosha se había marchado antes de que despertase, no sabía si lo había hecho a propósito o tenía algún plan oculto, fuese lo que fuese no quería verse de nuevo entre la espada y la pared con ese hombre. Echó un rápido vistazo alrededor del comedor, a las distintas mesas y comprobó que no andaba por allí, ni él ni el tipo que le acompañaba; Virkinov Lébedev. Quién sí estaba, sin embargo, era Cup y le acompañaba Valentina y dos de las damas de la Asociación Recreativa de Bear River, quienes parecían haber decidido subir a hacerles una visita y, seguramente, pedir la colaboración de los propietarios del camping para algún evento de los próximos días.

Las mesas del comedor habían sido vestidas esa mañana para el día que comenzaba, el rojo ponía la nota de color en cada centro hecho de rosas, incluso las servilletas tenían corazoncitos, todo para dar la bienvenida al día de los enamorados.

—Oh, Carla, cuando expone las cosas de esa forma no hay manera de decirle que no. —Escuchó que le decía Cup a una de las dos mujeres con las que compartían mesa—. Si no estuviese casada, no me pensaría dos veces el seducirla. La robaría debajo de las narices de Robert.

La mujer, una encantadora dama de casi sesenta años rió y le dio una palmadita en el brazo.

—Oh, puedes hacer los movimientos que quieras, querido, lo más seguro es que mi marido te diese incluso las gracias por aguantarme.

Él se echó a reír y el resto de los presentes no tardó en secundarle.

—Estoy convencido de que moriría de pena si usted lo dejase, Carla, especialmente hoy —le aseguró con un guiño—. Estoy seguro de que estará esperando a que vuelva a casa para celebrar el San Valentín.

La mujer se sonrojó y agitó una mano quitándole hierro al asunto. Estaba claro que se sentía halagada por la atención de un hombre atractivo y carismático como lo era Cup.

—¿Y tu madre, querida? —Se volvió ahora hacia Valentina—. ¿No viene a pasar el día con vosotros?

—Me sorprendería que no estuviese ya a punto de aparecer por esa puerta con alguna de sus famosas cajas, Carla —aseguró la esposa de su primo—. No dejaría pasar el momento de celebrar su día favorito del año en el camping, atormentar a su yerno y consentir a su nieto.

—Oh, esa es una buena noticia —comentó la otra mujer, una criolla que había venido a vivir al pueblo hacía un par de años—. Me gustaría encargarle algo especial para el próximo cumpleaños de mi Elba, no todos los días se cumplen los cuarenta.

—Procura susurrarle a tu madre al oído que incluya algún juguetito, ya sabes —añadió Cup guiñándole un ojo a Valentina, quién puso los ojos en blanco.

—Como si fuese a necesitar que le diese ese tipo de ideas —resopló ella, entonces alzó la mirada en su dirección y la vio. Sus labios se curvaron en una sonrisa e inmediatamente levantó el brazo para saludarla y llamarla a la mesa—. Ah, Nakia, ya estás por aquí.

Sonrió en respuesta y caminó hacia la mesa en el momento en que Cup se giraba y le lanzaba un beso.

—Buenos días, cariño —la recorrió con la mirada—. Tienes un aspecto radiante. ¿Has decidido celebrar el día de San Valentín por adelantado?

Entrecerró los ojos, fulminándolo con la mirada a lo que él correspondió con una amplia sonrisa. Estaba encantado consigo mismo.

—Buenos días a *todas* —saludó a los presentes, utilizando a propósito el artículo femenino—. Me alegra verla, Carla. Señora Trixa.

—Buenos días, Nakia. —La saludaron las mujeres.

—Cup tiene razón, querida, estás radiante.

—Sí, lo estás, aunque echo en falta que lleves algo rojo —la aguijoneó el hombre.

—Ustedes me ven con buenos ojos —replicó ignorando al tipo y se giró hacia Valentina—. ¿Dónde has dejado a Aedan?

La mujer se desperezó ligeramente.

—Con su padre —aceptó ahogando un bostezo—. Hoy le toca a Eros... Al menos hasta la hora de comer, que por cierto, será pronto.

—Te has sacado la lotería con ese hombre, querida —aseguró la señora Trixa. La mujer criolla era una persona muy hogareña—. No dejes que se te escape. Mantenlo satisfecho en todos los sentidos.

—Eso intento, Trixa —se rió Valentina, sus mejillas coloreándose—. Eso intento.

—Eros es un hombre inteligente y está completamente enamorado de su esposa, no tiene intención alguna de escapar —canturreó Cup—. Y algo me dice que tenemos más hombres inteligentes por la zona, así que, mujeres solteras, abrid bien los ojos.

—¿Eso lo dices por ti? —Se le adelantó Valentina, cosa que la hizo sonreír.

—Sí, Cup, ¿estás incluido en la descripción?

—Soy el más inteligente de los hombres, cariño, pero llevo fuera del mercado tanto tiempo que ya lo he olvidado —aseguró divertido—. Pero no te preocupes, puedo señalarte la dirección de un buen espécimen masculino en caso de que necesites dirección.

—No le hará falta, Cup, es lo bastante inteligente como para encontrarlo por sí misma —atajó Valentina presentándole el puño.

—Sí, lo soy. —Chocó el puño con el de ella.

—Esa es mi chica.

—Procura encontrar al hombre adecuado, querida —añadió también Carla—. Es mejor casarse una vez y para toda la vida, que divorciarse a los dos meses y casarse cada seis.

—La señora Roguers es un caso aparte —asintió Trixa, dando nombre al ejemplo de la otra dama—. Es un alma cándida, pero sin seso en la mollera.

—¿Quién es esa señora Roguers? —se interesó Cup.

—La bibliotecaria —le indicó Valentina—. Se ha casado seis veces.

—Siete, cariño, no olvides que está organizando ahora mismo la séptima y nada más y nada menos que con el hombre de Griselda.

—¿Y Griselda es...? —Insistió Cup. Ese hombre era tan cotilla como cualquier mujer.

—La hija de la mejor amiga de la señora Roguers, la cual tiene veinticinco años.

—¿El nuevo marido de la mujer tiene veinticinco?

—Treinta, y ella casi sesenta.

—A eso le llamo yo vivir la vida por todo lo alto —se rió el único hombre presente entre ellas.

—No sé yo si podría llamársele a eso vivir la vida —chasqueó Carla—. Hasta el pobre Donald se enfermó después de pasar unos meses al lado de esa

mujer.

—Donald no se ha enfermado, Carla —suspiró Valentina. Nakia no tenía ni idea de quién era ese hombre, pero al parecer la chica sí.

—¿Cómo llamarías tú a un hombre que le gusta vestirse con tus faldas y ropa interior?

—Dudo mucho que le sirviese la ropa o los sujetadores de Valen, Carla, ni siquiera con esas tetas que tiene ahora.

—¡Cup! —jadeó la chica, cruzando los brazos sobre su pecho abultado por la maternidad.

—Ese es el comentario más sexista que he escuchado en mi vida —añadió Nakia mirando al hombre.

—No es sexista, es una realidad —señaló él ofendido—. Aedan se las merece.

Las mujeres se taparon la cara con una mano pero no por ello pudieron ocultar unas risitas.

—Esta conversación va degenerando por momentos —aseguró Valentina, chasqueó la lengua y se levantó—. De verdad, Cup, tienes el tacto de un tractor.

—Perdón, perdón, no volveré a hablar de pechos en tu presencia —declaró levantando ambas manos.

—Mejor no hables de ello en presencia de nadie —le sugirió ella, posando la mano sobre su hombro y dándole un par de palmaditas—. Voy a darle de comer a mi hijo. Señoras, cuenten con nuestra colaboración para el próximo evento, me encargaré de comunicárselo a mi marido.

Ambas asintieron agradecidas.

—Gracias, querida, dale un beso a ese pequeño querubín de nuestra parte.

—Lo haré —asintió feliz, entonces se volvió a ella y se inclinó para

susurrarle al oído—. Tienes mi permiso para cortarle las pelotas a Cup si sigue poniéndose impertinente.

—¡Ey! He oído eso —Se quejó el aludido.

—Esperaba que lo hicieras, cielo, esperaba que lo hicieras.

La chica le dedicó un guiño y se marchó dejándola sola con los presentes.

—Bueno, sin duda esto merece una nueva sesión —declaró Cup volviéndose hacia ella.

—¿Sesión?

El hombre la ignoró y miró a Trixa.

—¿Qué opinas?

La mujer la miró con los ojos entrecerrados y asintió.

—Sí, sin duda lo necesita —convino la mujer.

—¿Puedo saber de qué estamos hablando?

—Trixa es una gran echadora de cartas, querida —le explicó Carla, haciendo sitio sobre la mesa—. Hoy es un día propicio para hacer una lectura, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —declaró la aludida.

Entonces, sobre la mesa apareció una baraja de cartas, a juzgar por la textura y la gastada pigmentación estaba claro que solía utilizarla a menudo. Al momento le vino a la memoria su abuela y como esta solía echar las cartas, un rasgo que había heredado de sus antepasados, según le había dicho. Había intentado enseñarle a ella también, pero no había conseguido ver otra cosa en las cartas que los palos de la baraja.

Las manos de piel oscura de la mujer se movieron con agilidad, barajó los naipes con agilidad y dispuso el mazo sobre la mesa.

—Muy bien, querida, corta el mazo.

Bajó la mirada sobre el montón desgastado e hizo una mueca.

—No creo que sea una buena idea.

—No lo pienses, Nakia, solo hazlo —la empujó Cup—. Quizá te sorprenda el resultado.

Lo miró de soslayo y sacudió la cabeza. Señaló los mazos todavía sin tocarlas.

—Mi abuela echaba las cartas... —confesó entonces.

—Mayor motivo entonces para que lo hagas —insistió él—. Tú mejor que nadie sabe que puede esconderse detrás de los naipes.

Sí, lo sabía y por ello no se sentía muy inclinada a pasar por la experiencia. El solo hecho de verlas la traía a su memoria, la forma en que solía barajar, su voz mientras leía la tirada y los consejos que siempre le daba.

Respiró profundamente y extendió la mano, tocó la baraja y percibió la conocida sensación de hormigueo que le acarició las yemas de los dedos. Cortó y dejó que la mujer iniciase la tirada.

Como tantas otras veces atrás, se sintió invadida por esa anticipación, casi podía retroceder en el tiempo a las noches en las que su abuela echaba las cartas ante la lumbre del fuego de la chimenea. Tenía una mesa pequeña, baja y sobre ella, un viejo tapete verde en el que deslizaba las cartas. Recordaba su voz, como sus dedos acariciaban los dibujos mientras daba forma a las historias que le contaban, muchas de las cuales, debía añadir, resultaban en bastantes aciertos.

¿Aprobaría el examen del semestre? ¿Conseguiría hacer las prácticas en esa clínica que todas las estudiantes de veterinaria deseaban? Eran pequeñas cosas que poco a poco se habían ido cumpliendo.

—Vaya, es interesante.

La matizada voz de la mujer criolla devolvió su atención al presente. Bajó la mirada sobre la mesa y vio que ya había distribuido varias cartas y las repasaba con el dedo.

—¿Interesante?

La mujer levantó la mirada y asintió, señaló un par de cartas y le explicó.

—Tienes ante ti un camino muy interesante, uno por el que ya has empezado a transitar y que promete cambios importantes.

Enarcó una ceja.

—¿Qué tipo de cambios?

Ella frunció el ceño, miró con cuidado las cartas y continuó llenando el rectángulo que formaba el mantén.

—Necesarios —comentó—. Propiciados por una nueva presencia en tu vida. Un hombre. Alguien nuevo. Alguien a quién ya has conocido.

—¿Podría ser el mismo al que no dejabas entrar ayer en la recepción?

—¿Le prohibiste la entrada a alguien? —La curiosidad estaba en la voz de Carla.

Fulminó a Cup con la mirada y bajó el tono de voz.

—Si aprecias en algo tu anatomía masculina, cierra el pico.

Soltó una carcajada.

—La aprecio, cariño, la aprecio mucho.

—Es alguien que tiene un gran peso sobre los hombros, pero conserva los pies en la tierra —continuó Trixa repasando las cartas—. Alguien con pensamientos firmes, con un carácter formado, ideas claras y una meta. —Levantó la mirada para encontrarse con la suya—. Sin duda es alguien que entrará con fuerza en tu vida y con grandes posibilidades de quedarse en ella.

No dijo nada, no podía, no quería siquiera analizar lo que todas esas palabras implicaba. Se limitó a sonreír y adquirir una expresión despreocupada.

—Si me cruzo con alguien así, me preocuparé de pedirle todas las credenciales para comprobar que es tal dechado de virtudes.

—Quizá debiste haberle pedido las credenciales antes...

El murmullo no le pasó desapercibido, se giró hacia Cup y recibió una traviesa y sexy sonrisa a cambio.

—Lo siento, Nakia, pero es que me lo ponéis tan en bandeja que no puedo evitar sentirme como Cupido en un día de trabajo —replicó él encogiéndose de hombros—. Chica A, conoce a Chico B, se atraen mutuamente y surge el amor. ¡Zas! Trabajo hecho.

—¿Y qué pasa cuando la Chica A decide abandonar al Chico B después de la primera noche?

La pregunta fue formulada a sus espaldas, por una voz que conocía perfectamente bien. Se giró al momento, solo para encontrarse con Liosha de pie tras su silla. Ni siquiera le había escuchado acercarse, pero allí estaba, fresco como una lechuga, atractivo como nunca, con la barba rasurada y ese brillo conocido en los ojos. Pero no la miraba a ella, sino las cartas dispuestas sobre la mesa.

—¿Lo dice ahí?

La mujer lo miró fijamente, esperaba que dijese algo sobre su injerencia o por meterse en asuntos ajenos, pero todo lo que hizo fue sonreír y recoger las cartas formando de nuevo un mazo que cuadró entre las manos.

—Las cartas solo revelan lo que desean mostrar, lo demás, debe ser creado por las personas —le aseguró y deslizó entonces la mirada sobre ella—. El futuro no está escrito, querida, nunca lo olvides.

—Me alegra ver que esta mañana nadie te ha dejado fuera —añadió Cup poniéndose en pie—. Soy Cup, por cierto, nos vimos ayer de pasada.

El aludido calibró al hombre frente a él.

—Alexei. —Correspondió a su saludo estrechando la mano del hombre. Entonces se volvió hacia ambas damas, las cuales lo miraban entre embobadas y divertidas y las saludó—. Señoras, buenos días.

—Buenos días, querido —saludó la echadora de cartas y le tendió la mano—. Soy Trixa Miller y ella es Carla March, somos miembros de la Asociación Recreativa de Bear River.

—Un placer conocerlas a ambas —asintió con exquisita educación, entonces hizo lo último que esperaba y posó ambas manos sobre sus hombros y se inclinó sobre ella, esgrimiendo lo que sin duda era un despliegue de posesión—. Parece que hoy todas las cerraduras funcionan como deben, ¿verdad, Nakia?

Ladeó la cabeza para mirarle y vio en sus ojos ese brillo travieso.

—He podido entrar y salir de la cabaña e incluso dar un paseo por los alrededores.

—¿Es la primera vez que viene a Bear River, Alexei? —se interesó Carla.

—Sí, es la primera vez que estoy en esta parte de los Estados Unidos —aceptó con un perfecto inglés matizado por ese profundo acento que le resultaba tan sexy.

—Liosha es natural de Kizovna, un pequeño país que hace frontera con Rusia.

La mujer asintió educadamente.

—Kizovna, ¿no es allí donde trabaja el prometido de tu amiga Natasha? —preguntó Cup visiblemente interesado.

Empezaba a tener unas irrefrenables ganas de estrangular a ese hombre.

—Sí, lo es —respondió Liosha por ella—. Trabaja para mí, de hecho.

El hombre esbozó una irónica sonrisa, entonces asintió con la cabeza.

—Ya veo, ya veo —aceptó y la miró a ella—. El mundo es un pañuelo, ¿eh?

—No te haces una idea de cuánto —declaró arrastrando las palabras.

—¿Y qué te ha traído tan lejos del hogar, Alexei? ¿Negocios? ¿Ocio?

Sí, era un hecho, iba a estrangular a ese hombre y lo sentía por su primo. Iba a perder a uno de sus mejores amigos.

—Una mujer —respondió sin dejar de mirar al hombre frente a él, sus dedos se cerraron ligeramente sobre sus hombros en algo parecido a un suave masaje—. Cuando encuentras a tu alma gemela, es difícil dejarla ir.

Sus palabras le provocaron un vuelco en el estómago, era imposible olvidar la declaración que había hecho la noche anterior.

—Muy cierto —declaró Trixa.

—Y no sería inteligente perderla una vez que la has encontrado —añadió Cup, mirándola ahora a ella—. No son fáciles de encontrar. A veces pasan muchas vidas antes de que se puedan volver a reunir.

Eso era lo que decía su abuela, pensó rescatando ese pensamiento al momento.

—Me tengo por un hombre inteligente, así que haré todo lo posible por conservarla —añadió Liosha, dando por zanjado el asunto. Se inclinó sobre ella con una familiaridad que no se les escaparía a los presentes—. No estoy al tanto de tu horario de trabajo y no quisiera provocar alguna interrupción importante.

Enarcó una ceja ante su comentario y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para responder en consecuencia al haber gente delante.

—No, no pasa nada —le dijo y echó un fugaz vistazo al reloj situado en una pared del comedor—. Todavía no he comenzado con la jornada de hoy.

—Bien —aceptó, deslizó las manos por sus brazos y la cogió de la mano, tirando de ella para obligarla a levantarse—. En ese caso, si no les importa, les robaré a Nakia durante un rato.

—En absoluto —aseguró Trixa, quien guardó el mazo de cartas en su bolso—. De hecho, nosotras tenemos que retirarnos ya.

—Sí, sí —aseguró Carla levantándose también—. Tenemos que empezar

a preparar todo para el picnic de esta tarde.

Ambas mujeres se levantaron al mismo tiempo que lo hacía Cup, quién las ayudó apartándoles las sillas.

—Alexei, ha sido un placer conocerte —se despidió Carla—. Espero que disfrute de su estancia en nuestro humilde estado.

Él asintió.

—Sin duda lo haré, gracias. Que tengan ambas un buen día.

—Si sigues por aquí los próximos días, seguramente volveremos a coincidir —añadió Cup a modo de despedida. Entonces se volvió hacia ella—. Disfruta de la vida, Nakia y olvida todo lo demás.

Dicho aquello, acompañó a las dos mujeres a través del comedor, dejándolo a ambos solos.

CAPÍTULO 26

Esa mañana Nakia estaba incluso más hermosa que la noche anterior. Incluso esa carita de malas pulgas que se esforzaba por retener le parecía sexy.

—No sabía que fueses aficionada a las tiradas de cartas.

Ella ni siquiera se molestó en mirarle.

—No lo soy. —Su respuesta fue más fría de lo que esperaba, sobre todo dado que habían pasado la noche juntos—. Si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Extendió la mano, deteniéndola.

—¿Qué ocurre? —preguntó visiblemente confundido.

—Nada. —Lo miró y bajó la mirada a su mano con obvia intención—.

Supongo que ya estamos a mano.

—¿A mano?

Dejó que se librara de su brazo, si bien no había mucha gente a esa hora en el comedor, todavía quedaban algunos huéspedes y no quería llamar la atención.

—Parece que a ambos se nos da bien irnos antes del amanecer.

Así que se trataba de eso, pensó y se obligó a ocultar una sonrisa.

Esa mañana había abandonado su cama, su cálido cuerpo, no para darle a probar su propia medicina, como acababa de acusarle, lo había hecho para

atender la llamada de Virkinof. Su guardián no era de los que lo molestara a menos que fuese realmente importante. Y así había resultado ser. Su asistente, Mijail, había llamado para ponerles al corriente de la corriente interna con intenciones poco recomendables que parecía haber emergido en su ausencia. Aquella llamada había cambiado sus planes drásticamente, algo que todavía tenía que explicar a esa mujer.

—Me habría quedado para verte dormir, pero el deber me persigue incluso al otro lado del atlántico.

Su respuesta pareció suscitar algún tipo de interés ya que vaciló.

—Se me ha informado de un repentino conflicto en Kizovna, me temo que tendré que acortar drásticamente mi visita y volver a casa antes de lo previsto.

—Así que te vas...

La ligera vacilación en su voz, así como lo esquivo de su mirada, decían más que las palabras que había pronunciado. No dejaba de sorprenderle cómo había llegado a reconocer cada pequeño detalle, cómo se fijaba en cosas que, en otra mujer habría pasado por alto.

¿Era posible enamorarse de una persona a la que apenas se conocía? ¿De alguien de la que no se sabía más que su nombre? ¿Con la que solo había pasado un par de noches? Alexei creía que lo que sentía por ella era amor, que de alguna manera inesperada y repentina había sido alcanzado por la flecha de Cupido y esa mujer que tenía delante, era la única responsable.

—¿Me creerías si te dijese que, ahora que he vuelto a verte, no tengo prisa alguna por alejarme de ti?

Se lamió los labios, ladeó la cabeza y respondió con sencillez.

—Sí, me lo hubieses dicho anoche, dada la larga lista de estupideces que soltaste, posiblemente lo hubiese creído —aceptó con sencillez—. Ahora... solo me suena a excusa.

La noche pasada parecía cernerse sobre ambos como un manto de incomodidad e inestabilidad, Nakia se alejaba más que acercarse y eso era algo que no podía permitir.

¿Qué había cambiado de anoche a ese momento?

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho dudar de lo que hablamos?

No contestó, se limitó a murmurar una disculpa y pasar por su lado. De alguna manera estaba huyendo de él otra vez.

—Esta vez no, Nakia.

Salió del comedor en post de ella, no se apresuró, quería hablar con ella a solas, sin público, no deseaba que tuviese oportunidad de negarse así que esperó a que salió por la puerta principal, al porche, para interceptarla.

—Es la segunda vez que huyes de mí —le dijo, apoyándose en la barandilla—. La primera bajaste una montaña, ahora, ¿dejarás también el camping?

Ese pelo rubio pareció refulgir bajo la luz de la mañana, sus ojos azules se encontraron con los de él y vio aquello que intentaba ocultar. La indecisión, el miedo, la necesidad de correr y la incapacidad de hacerlo. Se vio a sí mismo reflejado en esos bonitos iris.

—Este es mi hogar, ¿a dónde más podría ir? —replicó—. No soy de las que huye, no quiero huir, pero tú no me lo pones fácil. Para empezar, ni siquiera deberías estar aquí, no deberías haberme buscado, no deberías tener tal interés en mi persona... Y no deberías de haber dicho todo lo que dijiste anoche.

Sacudió la cabeza visiblemente frustrada.

—Nosotros no somos nada, Alexei. Hemos pasado dos noches juntos, vale, ¿y qué? —intentó justificarse de una forma poco creíble. Estaba volviendo a esgrimir los mismos argumentos—. Seguro que no soy la primera mujer con la que echas un polvo.

Enarcó una ceja ante su crudeza y optó por responder en consonancia.

—No, no eres la primera mujer con la que echo un polvo —replicó en su mismo tono—, pero eres la primera que me interesa lo suficiente como para preguntarme porqué ha significado tanto dicho polvo.

Lo fulminó con la mirada.

—Si estás intentando ser borde, lo estás consiguiendo.

—Eres tú la que ha sacado el tema de esta manera, Nakia, no yo —le recordó, a lo que ella resopló y le dio la espalda.

—No sé cómo enfrentarme a esto, Liosha, no lo sé.

Y eso tenía más sentido que cualquier cosa de las que había dicho hasta el momento.

—Me educaron para ser una mujer libre, capaz de hacer sus propias elecciones y afrontar las consecuencias —rezongó visiblemente hastiada—. Siempre he vivido según mis reglas y ahora, apareces tú y... todo deja de tener sentido.

—Conozco esa sensación.

Ella sacudió la cabeza.

—No creo en el amor a primera vista, ni en los flechazos —dijo con visible desesperación, sin duda aludiendo a su confesión de anoche—. El deseo, el placer, eso lo conozco, lo entiendo... No me da vergüenza admitir que disfruto de los encuentros esporádicos. Por eso me quedé esa noche en la cabaña en Dombaj y por eso te acepté anoche. Pero todo se reduce a eso. Al sexo, a pasar un buen rato... y a nada más.

La miró fijamente, escuchando cada una de sus palabras, procesándolas y reconociendo en ellas las mismas preguntas que se había hecho a sí mismo durante los últimos meses, las justificaciones que lo había llevado a buscarla, a perseguirla.

—Tú dices que me quieres, ¿pero acaso sabes realmente algo de mí?

¿Sabes quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es mi aspiración en la vida? ¿Qué me motiva y qué me pone triste? Somos dos completos desconocidos, no puedes querer a alguien que no conoces.

—Sé que un momento contigo no me basta, Nakia, lo comprendí cuando te marchaste la primera vez y te eché de menos sin saber el motivo —le aseguró—. Y sé que esta mañana nadie me habría movido de tu lado, de tu cama, si hubiese podido evitarlo.

Negó con la cabeza.

—Pero también entiendo que esa es mi forma de enfrentarme a las cosas, de querer saber más —resumió con sencillez—. Como te dije, prometí a mi gente que les presentaría a la mujer que amo, a quién elegiría como mi esposa la víspera de San Jorge. Me debo a mi pueblo, pero también me debo a mí mismo y a mi propia felicidad.

—Liosha, yo no soy...

—Yo sé lo que siento, *moya dévochka*, eres tú la que tiene que decidir si sientes o puedes llegar a sentir lo mismo por mí.

Era todo lo que podía decirle, todo lo que podía darle. No la obligaría, no le pediría que le dijese algo que no sentía.

Nakia se pasó una mano por el pelo, estaba frustrada, cansada y nada de lo que pudiese decirle en ese momento haría que cambiase de opinión o viese las cosas de otra manera.

—¿Por qué no...?

La sugerencia que tenía en la punta de la lengua quedó interrumpida por el sonido de su teléfono. Frunció el ceño, lo sacó del bolsillo y masculló algo en su ruso natal al ver el identificador de llamada.

—Tengo que volver al trabajo...

Levantó la cabeza justo para verla abandonando el porche delantero y maldijo una vez más.

—Nakia...

Se detuvo en el umbral de la puerta, se giró hacia él y sacudió la cabeza, entonces indicó su teléfono.

—Tienes asuntos que atender —le recordó—, y yo también.

Con eso desapareció dentro de la cabaña principal dejándole frustrado y de mal humor.

—Más te vale que sea importante, Misha, porque estoy a punto de despedirte.

CAPÍTULO 27

El sol empezaba a ponerse sobre el horizonte bañando las montañas con tonos naranjas y violáceos que hacían resaltar las cimas nevadas, la luz iba dando paso a la paulatina oscuridad que pronto envolvería el valle trayendo consigo la noche, una noche más.

Nakia sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón, lo miró y se decidió a hacer la llamada que llevaba retrasando todo el día.

—Pensé que no ibas a volver a hablarme en la vida. —Escuchó la respuesta de Natasha nada más levantar el auricular del teléfono—. Cuando conseguí sacarle a Misha lo que había hecho... juro que quise matarlo, Nakia, lo juro.

Sonrió ante la vena dramática de su amiga, no podía evitarlo, la conocía lo bastante bien como para saber que su prometido, ahora mismo, estaría

buscando maneras de resarcirla por lo que había hecho.

—No habrías podido evitarlo, Tasha, dudo que nada pueda evitar que ese hombre consiga aquello que se propone —replicó con un profundo suspiro—. No sé si llamarlo resolución o testarudez, pero tiene ambas y en grandes cantidades.

—Dado el trabajo que ostenta, son dos cualidades realmente necesarias.

El trabajo que ostenta. Una manera interesante de verlo, pensó con palpable ironía.

—Solo si consideras esas dos características como cualidades y no como defectos.

—Lo importante no es como los considere yo, sino como los ves tú —aseguró ella yendo directa al meollo del asunto—. Cómo te ha afectado todo esto. Ambas sabemos que te has cerrado en banda con respecto a este asunto, que todo lo que querías era olvidarlo y sin embargo... No puedo evitar la sensación de que ha habido mucho más de lo que me has dicho.

Dados los recientes acontecimientos no le cabía duda que así era. Nunca había creído en los flechazos, siempre pensó que eso de enamorarse a primera vista no era más que una fábula, pero entonces él se había aparecido en su camino, había irrumpido en su vida en el transcurso de una noche y le había dejado tal huella en el alma que no le había olvidado.

—Una noche no fue suficiente —murmuró, recordando las palabras que le había dicho, las que encerraban el significado que ambos sentían, que los dominaba—. Y no sé si un mes más será bastante para averiguarlo.

—Entonces, ¿te lo ha dicho? ¿Te lo ha pedido?

Cerró los ojos y respiró profundamente.

Natasha había sido la primera en decirle lo que había pasado aquella Nochebuena de hacía casi dos meses, le había transmitido las palabras que fueron pronunciadas y su creencia al respecto. Le había hablado de una

centenaria tradición kizovnara y cómo esta había llevado al actual rey a aceptar el trono y a hacer una proclama apresurada, una inconclusa.

«Esa noche brindó por ti, Nakia, brindó por su futura reina».

—Yo no soy material de cuentos de hadas —replicó con un mohín—. No soy ninguna Cenicienta, no soy ninguna princesa que necesita que la rescaten, solo soy... yo.

Sacudió la cabeza a pesar de que sabía que su interlocutora no podía verla.

—¿Cómo puede alguien hablar tan ligeramente de amor cuando solo has tenido una noche? ¿Cómo es posible asegurar que tu corazón le pertenece a otra persona a la que apenas conoces? —insistió poniendo en voz alta las preguntas que resonaban en su propio interior—. ¿Cómo puedes creer que esos sentimientos, esas emociones son reales y no producto de un momento de ensoñación o de desnuda pasión?

—¿Lo dices por él o por ti, amiga?

Se llevó la mano al pecho y sintió el latido de su corazón.

—Por ambos —aceptó sincera—. Ha hablado con tanta sinceridad, soy incapaz de no creer en sus palabras y eso, eso me aterra, Tasha.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo? ¿Sentir lo mismo? ¿Desear lo mismo?

Se mordió el labio inferior y asintió.

—Tengo miedo de que lo que siento, lo que él despierta en mí sea tan solo el principio y que, si acepto el tiempo que me ha dado, si no zanja esto ahora mismo, eso arraigue y no pueda huir de ello.

—Le quieres.

No era una pregunta, era una afirmación tan rotunda como la que gritaba su corazón cada vez que lo veía.

—Sí, de alguna manera absurda e inexplicable, así es —confesó y el

decirlo en voz alta la estremeció—. Le quiero, quiero a Liosha pero... no sé si eso es suficiente para aceptar a Alexei.

Sabía que sonaba incongruente, que estaba haciendo una distinción entre el hombre anónimo que había conocido y el que era en realidad cuando ambos eran solo uno.

—¿Por qué no puede ser todo más sencillo? ¿Por qué no puede ser... no sé, panadero o arquitecto? ¿Por qué tiene que ser el hombre que amo el rey de algún jodido país europeo?

—Bueno, cariño, acabas de decirlo tú misma alto y claro —aseguró con una divertida y aliviada risita—. El hombre que amas.

Cerró los ojos y gimió. Sí, lo había dicho, porque era la verdad, él era el hombre que amaba.

—El amor suele ser la solución más clara a muchos de los enigmas del mundo.

—O el pecado más grande de la historia, aquel por el que se hacen mayores burradas... —Se pasó una mano por el pelo—. No sé si yo sería capaz de llegar a tanto, no sé si treinta y ocho días serán suficientes para tomar esa decisión. Dios, espera presentar a su prometida, a su futura reina en la víspera de San Jorge...

—Lo sé, estaba allí cuando lo anunció y casi me caí de culo cuando escuché tu nombre —aseguró su amiga—. Aunque debí ser la única que, además de su majestad, entendió el juego de palabras y el nombre oculto en su brindis. Si me lo preguntas, en ese momento, te hizo ya su reina.

—Lo que hizo en ese momento es volverse más loco de lo que ya está —gimió—. De verdad, Tasha, no sé cómo voy a salir de esta.

—Es fácil, Nakia, tu única salida es un enorme sí o moquear por las esquinas el resto de tu vida —declaró la chica con firmeza—. Y, dado que lo segundo no es una opción que quiera para ti, tendrás que aferrarte a la primera

y empezar a creer en ella.

Creer. Esa era la palabra clave. Creer que podía, creer que sabía, creer que esa noche invernal con él solo había sido el comienzo.

—Van a ser los treinta y ocho días más largos de la historia —declaró con un resoplido.

—Supongo que regresará a Kizovna antes o después, eso te dará espacio para poder pensar, analizar la situación y prepararte —aseguró su amiga—. Y tan pronto termine con la mudanza, me tendrás ahí para ayudarte a ordenar las ideas.

Sonrió. Natasha era así, dispuesta a mover el mundo con una palanca si hacía falta para que todo fuese bien.

—¿Serías capaz de abandonar a tu prometido tan pronto?

—¿Después de lo que ha hecho estas últimas semanas? —Se jactó—. Se lo merece. Además, él me tendrá durante el resto de nuestras vidas, no se quejará por que decida visitar a mi mejor amiga.

—No sé qué haría sin ti.

—Para eso estamos las amigas, cielo, para atravesar medio continente y un océano —se rió—. Te avisaré tan pronto tenga el viaje organizado. Lo más seguro es que me deje caer por ahí a finales de mes. Eso te dejará tiempo para ir poniendo en orden tus ideas.

Sí, sin duda necesitaría ese tiempo.

—Y Nakia.

—¿Sí?

—Sé sincera contigo misma —le aconsejó.

Se lamió los labios y asintió.

—Lo intentaré.

—Bien, hazlo. —Escuchó la satisfecha respuesta al otro lado del teléfono—. Te llamaré tan pronto tenga todo arreglado.

—Gracias, Tasha.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la extensión de terreno que tenía ante ella, un lugar perfecto para pensar, había dicho él, el lugar perfecto para despejar la mente y tomar decisiones.

Devolvió el aparato al bolsillo trasero del pantalón y giró sobre sus talones, era hora de volver y poner su destino en movimiento.

CAPÍTULO 28

—¿Podemos hablar?

Alexei contempló a la mujer que enmarcaba el umbral de la entrada de su cabaña la noche de San Valentín. Cada vez que la contemplaba se sorprendía más de lo embelesado que estaba con ella.

—Os dejaré solos. —Le avisó Virkinof posando la mano sobre su hombro antes de atravesar la habitación principal e invitar al mismo tiempo a la chica a entrar—. Su majestad debe volver a Kizovna mañana.

Ella no se amilanó por la presencia o la enorme montaña que suponía el hombre frente a ella. Se limitó a asentir, dio un paso adentro y murmuró un bajito «abriguese, la noche está fría» que, si sorprendió a su amigo, no dio muestras de ello. Cogió la chaqueta del perchero y cerró la puerta tras de sí.

—No era mi intención hacer que se fuera —señaló señalando la puerta con el pulgar.

Negó con la cabeza y la invitó a acercarse a la lumbre.

—Virkinov no hace nada si no es por iniciativa propia, eso puedo asegurártelo —aseguró y señaló el vaso que sostenía—. ¿Quieres una copa?

Nakia sacudió la cabeza haciendo volar ese fino pelo rubio.

—No, gracias. —Negó y fue directo hacia él. Le quitó la copa de las manos, la dejó sobre la repisa de la chimenea y lo miró—. No te quitaré

mucho tiempo. Solo... Sé que mañana te irás.

Asintió confirmando lo que ya le había dicho.

—Hay cosas que requieren de mi atención —confirmó su partida—. Nada me hubiese gustado más que alargar mi estancia en este lugar, pasar más tiempo contigo y convencerte de que juntos podemos...

Le cubrió los labios con los dedos.

—No puedes convencerme, no puedes decidir por mí —lo atajó. El tacto de sus dedos sobre los labios era tan íntimo que sintió un estremecimiento—. Pero no sería justa conmigo misma o contigo si no fuese sincera.

Bajó la mano, posando esos delicados dedos sobre su pecho, allí donde latía su corazón.

—Te lo dije, nunca he creído en el amor a primera vista, mi forma de ser se inclina más hacia el deseo, funciono a base de sensaciones intensas, eso es lo que me despierta en muchos sentidos —le recordó con firme resolución—. Esa noche algo cambio, tú lo cambiaste y sí, no fue bastante, ni siquiera sé si lo de anoche lo fue. No soy una mujer enamoradiza, no creo en cuentos de hadas, pero mi corazón se acelera cuando estás cerca, mi cuerpo te desea y el saber que mañana ya no estarás me escuece más de lo que debería.

Su propio corazón empezó a latir con mayor fuerza, una secreta esperanza empezó a nacer en su interior bajo sus palabras.

—Sé, de una manera extraña y carente de una explicación coherente, que te quiero...

—Gracias a Dios. —Dejó escapar el aire en un aliviado suspiro.

—Pero no sé si eso será suficiente.

Tendría que serlo, pensó y así se lo dijo.

—Lo será.

Hizo un mohín y le pegó con la mano.

—No me interrumpas, Liosha.

—Perdón. —No pudo evitar reír.

—Sí, te quiero —repitió tan seria que le dieron ganas de plantarle un beso en esos rosados y apetecibles labios—. Pero todavía no sé si eso es suficiente para ti, para todo el equipaje que traes contigo.

—Nakia, no soy otra cosa que lo que ya conoces...

Negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que no es verdad, que hay más, mucho más que no conozco y que tú también desconoces de mí.

No podía negar por completo sus palabras, si bien ella desconocía prácticamente todo de él, Alexei sí sabía algunas cosas sobre ella.

—Podrías aprender a conocerlo, a conocerme —le cogió las manos pensando en una posible solución—. Ven conmigo a Kizovna, deja que te muestre que mi gente podría ser también la tuya, que tu lugar está a mi lado y el mío al tuyo. Conóceme, tenemos treinta y ocho días todavía hasta...

—La víspera de San Jorge —lo interrumpió y lo miró a los ojos—. Dame ese tiempo, el que puedes darme, el que me debes y revélame algo de ti cada día, algo que nadie sepa y que pueda ayudarme a conocerte.

La contempló durante unos instantes, viendo la necesidad en sus ojos y no le quedó más remedio que aceptar.

—Es tuyo —asintió sabiendo que era lo justo—. Y te diré hoy mismo la primera de esas cosas. Estoy muerto de miedo, me aterra todo esto, nunca antes sentí lo que siento por ti, nunca estuve enamorado y no tengo la menor idea de qué hacer. Pero estoy dispuesto a esperarte, no importa lo que tardes en venir a mí, esperaré, Nakia.

Se acercó a él y le obsequió un breve beso en los labios, una caricia que le supo a poco.

—Me gustaste desde el primer momento que te vi, cuando me dijiste que

podía irme si así lo decidía, pensé en llamarte idiota —replicó ella, dándole un pedacito de sí misma.

—Suerte que no me lo llamaste.

Sonrió y sacudió la cabeza, dio un paso atrás y le recordó.

—Nos veremos mañana, no te vayas sin despedirte.

Resbaló la mano sobre su pecho, dejándole allí, al calor de la lumbre mientras atravesaba de nuevo la habitación, abrió la puerta y salió dejándolo solo.

Se pasó una mano por el pelo, sacudió la cabeza y se echó a reír. En un par de zancadas ya había atravesado la cabaña, cerrado tras él para finalmente darle alcance a medio camino hacia su propia cabaña.

—Liosha —jadeó al ver que la atrapaba desde atrás, la levantaba del suelo, se la echaba al hombro y avanzaba con paso decidido hacia la cabaña en la que había hecho su hogar esos últimos meses—. ¿Qué haces? ¡Bájame!

Dejó caer la palma abierta en el trasero femenino y se lo magreó.

—Lo haré tan pronto tenga una cama a la vista —declaró divertido—. ¿De verdad piensas que puedes venir, soltarme todo eso e irte? Ni hablar, Nakia. Te lo dije, amor, una noche no fue suficiente.

No, no lo era ni por asomo y, seguramente, tampoco lo sería una vida entera a su lado, pero era algo que tendría que descubrir y para ello, debería hacer que ella también lo deseara.

La dejó de nuevo en el suelo solo cuando estuvieron ante la puerta de la cabaña.

—Te quiero, polvorilla y si esta es la única manera de que lo recuerdes cuando yo no esté, por Dios que te lo demostraré durante cada momento de esta maldita noche —aseguró y señaló la puerta—. ¿Haces los honores?

Pequeña, curvilínea, con las mejillas arreboladas, el pelo revuelto, era toda una tentación.

—Lo tuyo no tiene nombre.

—Claro que lo tiene, *my Nakia* —le aseguró—. El tuyo, escrito en cada una de mis acciones. Ahora, abre la puerta, amorcito, quiero que recuerdes este San Valentín toda tu vida.

La vio resoplar, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó la llave de la cabaña.

—Difícilmente voy a poder olvidarlo contigo aquí.

Le quitó la llave de las manos, la insertó en la cerradura y abrió.

—Bien, eso es justo lo que quería oír.

Abrió la puerta con un empujón del pie y la cogió en brazos para traspasar el umbral con ella.

CAPÍTULO 29

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres hacer?

Alexei echó un último vistazo al camping The Woods a través de la ventanilla del coche, poco a poco la estructura de la cabaña principal iba quedando atrás, oculta entre los árboles. La nieve había decidido hacer acto de presencia esa mañana, los primeros copos ya empezaban a acumularse sobre las copas de los árboles y teñían el paisaje de invierno, Eros había comentado cuando se despidieron que no le sorprendería si terminasen aislados durante un par de días si la nevada se intensificaba; algo común en aquellos lares, le había asegurado.

El propietario del camping había sido tan discreto en mostrar su parecer a la situación que lo había llevado allí como contundente a la hora de decirle lo que podría esperar de la hospitalidad norteamericana si hacía sufrir a su prima. Sonrió, le gustaba el hombre, era protector de su familia, un rasgo que compartían.

—Le prometí darle todo el tiempo que pudiese —aceptó respondiendo a la pregunta de su compañero, quién iba al volante—, y es lo que haré.

Su respuesta fue un bajo gruñido.

—¿Qué harás si no aparece la víspera de San Jorge?

¿Qué haría? Aquella era una pregunta que ni siquiera se había planteado.

No quería tener que plantársela.

—Aparecerá —declaró con seguridad—. Es ella, Vir, la única que puede ocupar ese puesto a mi lado, la única que le dará sentido. Será ella o nadie.

—No sé por qué supuse que dirías algo así —gruñó de nuevo—. Por tu bien y por el de Kizovna, espero que ella sepa lo que ha dejado escapar.

Sonrió y se acomodó en el asiento, mirando hacia delante y dejando atrás, en aquel lugar en medio de las montañas, su corazón.

—Lo sabe, lo sabe muy bien —murmuró más para sí que para su amigo—. Por eso me ha dejado volver a casa...

Su guardia le miró de soslayo, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Al fin empiezo a entender lo que decía mi padre con respecto a los tuyos —rumió él—. Van a salirme canas antes de cumplir los cincuenta, estoy convencido de ello.

Su sonrisa se amplió, miró a su compañero y le dedicó un suspiro dramático.

—Espera a enamorarte, hermano, el infierno te parecerá un paseo por el campo comparado a esto.

Rezongó en su ruso natal y chasqueó la lengua.

—Que San Jorge no lo permita —golpeó el volante—. Y si lo hace, que me envíe una mujer dócil y cariñosa. La necesitaré cada vez que regrese a casa después de atender tus asuntos, majestad.

—¿Eso no debería contar como una muesca en tu libreta de *«fallos estrepitosos»*?

Cup se giró para ver a la mujer sentada a su lado. Su pelo leonado, del color del trigo enmarcaba un perfecto rostro canela en el que brillaban

especulativas dos gemas del color de las lilas. Hacía siglos que no la veía, su última pelea había sido tan épica que ninguno de los dos había tenido ganas de enfrentarse de nuevo. Sí, la había echado de menos, pero de la misma manera que alguien echaría de menos un brazo o una pierna; curioso dado que estaba hablando de su esposa.

—Llevas mucho tiempo lejos del mundo de los mortales, Psi —negó con la cabeza—. El amor siempre conlleva alguna clase de sacrificio. Tú mejor que nadie debería saberlo.

Ella asintió y extendió la mano con cuidado, como si temiese tocarlo.

—¿Todavía me quieres?

Dejó escapar un profundo suspiro, miró su mano a escasos centímetros de su brazo y se hizo a sí mismo esa pregunta. ¿La amaba todavía? ¿Había dejado de hacerlo alguna vez?

Los humanos habían retratado su historia de una forma romántica, toda una lección de amor y sacrificio pero la verdad detrás de aquella leyenda era muy distinta. No todo era tan luminoso, tan épico, había mucho dolor enterrado, mucha culpa y el que ella vacilase siquiera en tocarle era la prueba de ello.

Cogió sus dedos, le giró la mano y vio las cicatrices en el centro de su palma. Se la llevó a los labios y las besó.

—Hubo un tiempo en el que fuiste lo más importante para mí, por quién rogué al mismísimo rey de los dioses para que me permitiese conservarte —respondió y levantó la mirada para encontrarse con sus ojos—. Has tardado mucho en venir a verme, Psi, has tardado mucho.

Se pellizcó el labio inferior entre los dientes y sus ojos se llenaron de lágrimas. Incluso así, compungida, con la tristeza y el arrepentimiento brillando en sus ojos era hermosa.

—Tenía miedo de que me rechazaras, que prefirieses permanecer entre

las mujeres humanas, que... te enamoraras de alguna de ellas y me olvidaras... como aquella vez.

Sus palabras le provocaron una punzada de culpabilidad, trajeron a su mente intemporal un recuerdo de antaño, de un amor distinto a todo lo demás, uno terrenal y que había vivido como castigo.

—Olvidas que somos dioses, amor mío, vivimos una vida intemporal en medio de muchas vidas finitas —enlazó sus dedos con los de ella y los miró así, juntos—. Cada uno de nosotros está en el universo con una tarea y es nuestro deber cumplirla.

Extendió la otra mano y un enorme arco de oro apareció entre sus dedos, brillante, reluciente, duro como el acero y caliente como la fragua en la que se había forjado.

—A veces pasas tanto tiempo ayudando a otros y empujándolos hacia el camino correcto que te olvidas de tu propia vida, de quién eres y te debe ser recordado —ladeó la cabeza para mirarla a ella—. Y para eso estás tú, esposa mía, para recordarme que el amor nació de mí pero que vive en ti.

Tiró de ella envolviéndola con el brazo, apretando el arco contra su espalda, enjaulándola entre este y su pecho.

—Nunca he dejado de amarte, Psique, jamás, desde que te vi aquella primera vez nunca dejé de amarte —aseguró mirándola a los ojos—. Sí, me cabreas, pero es lo divertido de las relaciones, ¿no? Me gusta tu fuego, tu manera de enfrentarte a las cosas, tu manera de discutir... Y me gustan todavía más nuestras reconciliaciones, *agapi*.

—Lo siento, Cupido —se acurrucó contra él, envolviéndole con sus brazos, recordándole que ese es el lugar que prefería—. He sido una tonta, pero... la culpa es tuya.

Se echó a reír. Sí, esta era su esposa, la mortal que había cumplido con cada una de las cuatro pruebas impuestas por su madre, que había bajado al

mismísimo inframundo para recuperar su amor y que había traído al mundo de los inmortales. La mujer que lo exasperaba, que lo volvía loco y sin la que no estaría completo.

—Dejémoslo en un 50/50, Psique.

Ella asintió y buscó sus labios, regalándole un beso intenso y lleno de amor.

—Hecho.

Sonrió contra sus labios y la mantuvo así, cerca de su corazón.

—Me parece que tendré que presentarte a mis amigos —comentó risueño—. Creo que a Eros le dará una apoplejía cuando te presente como mi esposa, Nakia posiblemente te dé incluso sus condolencias... Pobrecita, no sabe lo que le espera.

Ella ladeó la cabeza, mirándole.

—¿Le seguirá? —preguntó, sabiendo que se refería al vehículo en el que se había ido la otra mitad de su alma. Psique era capaz de reconocer a las almas gemelas.

Se encogió de hombros.

—Dímelo tú, amor mío, ¿dejarías escapar el amor una vez que lo has tenido entre tus brazos?

Ella le dedicó esa sonrisa que iluminaba el cielo y sacudió su leonada cabellera, le rodeó con los brazos y le susurró junto a los labios.

—No, mi amor, nunca.

Aceptó su beso, correspondiéndole y diciéndole sin palabras lo feliz que estaba de tenerla de nuevo a su lado.

CAPÍTULO 30

Nakia se inclinó para arrancar los hierbajos que nacían entre las piedras, hacía tantos meses que no se acercaba a verla que sentía vergüenza ahora que estaba allí. Levantó la mirada y vio el gastado nombre grabado en la piedra y, bajo este, metido en una pequeña orla, la foto de la mujer que la había criado.

Deslizó los dedos cubiertos por el suave cuero castaño de los guantes sobre las letras, se llevó las yemas a los labios y presionó un beso que trasladó a la foto.

—Hola *babuska* —susurró, manteniendo aquella conversación entre ellas—. Sé lo que debes estar pensando. Qué nieta tan desagradecida que ha dejado de visitarte. No tengo excusa que darte, ninguna que te merezcas, solo puedo prometerte que, a partir de ahora, intentaré venir tan a menudo como pueda a verte.

Echó un vistazo a su lado y recogió el ramo de rosas blancas que había traído, lo apoyó contra la lápida y acarició ahora los pétalos.

—Estos últimos meses han sido... Bueno, como subirse en una montaña rusa sin saber el momento exacto en el que podrás bajarte —aseguró nostálgica—. Ahora estás arriba, ahora abajo, ahora todo se detiene y ahora todo va a una velocidad vertiginosa. Por momentos no sé ni dónde me encuentro...

Todavía en cuclillas, con los tacones de las botas hundiéndose en la arena, cruzó los antebrazos sobre el regazo y contempló su foto.

—Conocí a alguien las pasadas Navidades, a finales de noviembre, en realidad —se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Nunca pensé que existiesen los flechazos. Tú me señalaste siempre el lado práctico de las cosas, siempre hablamos de la libertad que podía obtener una mujer, sin duda eras toda una visionaria para tu época —sonrió divertida ante el recuerdo de aquella gran mujer—. He vivido mi vida según mis reglas, tal y como tú me enseñaste, quizá por eso no estaba preparada cuando el amor vino a llamar a mi puerta. Bueno, la verdad es que fui yo la que llamó a la suya, o mejor dicho, la que entró en su cabaña sin invitación previa.

El recuerdo todavía le provocaba sonrojo.

—El caso es que encontré a alguien, una persona que me quiere como soy, que me da el espacio que necesito y que me ha esperado durante estos últimos dos meses —le informó dejando escapar al final un suspiro—. Su nombre es Alexei, aunque para mí siempre ha sido y será Liosha.

Se lamió los labios e hizo una pausa, buscando las palabras exactas que quería decir.

—Le quiero —susurró, casi confesándole un secreto—. Puede no ser perfecto, de hecho, Dios sabe que está lejos de la perfección, suele sacarme de quicio a la menor oportunidad, pero yo tampoco soy precisamente fácil de llevar, tú lo sabes mejor que nadie. Y bueno, no negaré que incluso pelearme con él resulta... excitante e incluso revelador, sobre todo cuando llega el momento de la reconciliación.

Uno de sus momentos favoritos, sin duda.

—Y es paciente, lo suficiente como para dejarme decidir y permitirme elegir. —Bajó la mirada a sus manos y sonrió—. Y lo elegí a él. No es que tuviese mucha opción al respecto, no cuando todo lo que podía hacer los

primeros días era echarle de menos y, según Tasha, lloriquear por las esquinas. Sí, lo confieso, quince días fueron más que suficientes para darme cuenta de que no me importaba quién fuese en realidad, para estar dispuesta a arriesgarme y, en palabras del chalado de Cup, abrazar mi romántico destino.

Sonrió para sí, recordando todas las cajas de clínex que había gastado, los episodios de llanto arrebatado que había tenido que capear Tasha, su amiga había llegado a decirle que, como no hiciese algo pronto, ella misma la arrastraría hasta Kizovna y la entregaría en bandeja a Alexei.

Se miró los dedos enguantados y empezó a tirar de ellos, dejando a la vista la blanca piel y el antiguo anillo dorado con una pequeña piedra de rubí que atrapó los rayos del sol.

—Creo que más que abrazarlo le moqueé encima. —Hizo una mueca, pero no por ello perdió la sonrisa—. Nunca vi a Liosha tan confundido como en ese momento, sin saber qué hacer. De verdad, los hombres pierden el valor cuando ven lágrimas, aunque tengo que decir, en favor de su majestad, que él mantuvo el tipo.

Se cogió una mano con la otra y acarició el aro con los dedos cubiertos de cuero.

—Me concedió treinta y ocho días, pero creo que él ya sabía que no serviría de nada, al final he tenido que darle la razón sobre lo que descubrió en esa primera noche en Dombaj. —Levantó la mano, mostrando la alianza a la foto—. No podía darle la espalda a lo que siento por más tiempo, le quiero y me he casado con él.

Miró una vez más su alianza, aquella que su marido le había colocado en el dedo durante una sencilla e íntima ceremonia quince días atrás, una a la que habían asistido tan solo un puñado de personas, aquellas que habían estado presentes cuando Liosha le pidió matrimonio. Una ceremonia que se había mantenido en estricto secreto y que pretendían comunicar esta noche, la

víspera de San Jorge.

—¿Recuerdas que solías decirme cuando era niña? —murmuró mirando de nuevo la foto, buscando esos amables ojos en la vieja instantánea—. Un día encontrarás tu camino, Nakia, serás la mujer que has nacido para ser y ese día, incluso el cielo sonreirá.

Levantó la mirada hacia el despejado cielo del mes de abril y cerró los ojos, dejando que el calor del sol le acariciara el rostro.

—Ese día ha llegado, *babuska*, no sé si este era mi destino, si es lo que tú habías visto en tus cartas, pero espero que allí donde estés, te sientas orgullosa de mí.

Volvió a acariciar la foto y por fin se levantó, echó un último vistazo a la lápida de la mujer que había sido como una madre, más que como una abuela y le dio la espalda preparada para enfrentarse a lo que el destino decidiese poner en su camino.

Se puso de nuevo el guante y volvió sobre sus pasos, sus dos escoltas seguían en el lugar dónde los había dejado, esperándola.

—Majestad. —La recibió Virkinov con su habitual seriedad—. Si ya estáis lista, el pueblo os espera.

Lo miró y asintió.

—Solo un par de minutos más.

Dejó al hombre y caminó hacia su segundo escolta, quién esperaba de pie junto a la puerta del coche, vestido con un abrigo de cachemira, traje y corbata y una mirada de lo más sensual en esos bonitos y amorosos ojos.

—¿Has podido hablar con ella?

Asintió lentamente.

—Necesitaba decirle que todo iba bien. —Miró hacia atrás e hizo un gesto con la mano—. Puede parecer algo absurdo, sobre todo después de tantos años, pero ella fue como mi madre.

Liosha le acarició el rostro con los nudillos, al igual que ella también llevaba guantes.

—No es absurdo, amor mío, yo mismo suelo hablar con mi padre — declaró sincero—. Fui a verte justo al llegar, después de dejarte en Utah. Le dije que había conocido a la mujer de mi vida, le hablé de ti y de que haría lo que hiciese falta para tenerte, incluso renunciar al trono si esa era la única manera de hacerte feliz.

Sus palabras no la sorprendían, en las últimas semanas había llegado a conocerle bastante bien, sabía que no hablaba por hablar y que, si se lo pidiese, renunciaría a todo para irse con ella a dónde pudiesen vivir una vida tranquila. Pero no podía hacerle eso, no podía pedirle algo así. Alexei era quién era por la infancia que había tenido, por el deber que le había sido inculcado desde la cuna, este era su mundo. Su país y su gente eran parte de él y a partir de ahora, lo serían también de ella.

—Eres quién eres, Liosha, así te conocí y así me enamoré de ti —le aseguró apoyando las manos en la solapa de su abrigo, apretándose contra él—. No quiero que eso cambie, no quiero que tú cambies, majestad, solo enséñame cómo no meter la pata de ahora en adelante.

Sonrió, rozándole una vez más la mejilla con los dedos.

—Eso es fácil, mi reina, todo saldrá a pedir de boca mientras sigas amándome.

Enarcó una ceja y le rodeó el cuello con los brazos.

—Bueno majestad, esa es una petición que sin duda podré concederos —aseguró rozándole el pelo con los dedos—. Te quiero, Alexei Nicolaevich Vasily, mi Liosha, mi rey aunque puede que me lleve toda una vida demostrártelo.

—Será suficiente, *mi Nakia*, será suficiente.

EPÍLOGO

Cup se cruzó de brazos mientras contemplaba satisfecho a la pareja que saludaba desde el balcón del palacio de Nadezhda. Todo había salido según sus planes y, si el destino era benévolo, tendrían una larga vida que disfrutar juntos y con los hijos que nacerían de esa unión.

—El rey Alexei Vasily sorprendió a todos los presentes a la celebración de la víspera de San Jorge al presentar no a su prometida, como manda la tradición, sino a su ya esposa, Nakia Petrova, una joven americana con ascendencia rusa. —Anunciaba el noticiario mientras emitía las imágenes del evento—. Su majestad, la reina, encandiló a los asistentes reunidos en la Plaza de la Paz, bajo el edificio de la Concordia, sede oficial de la capital. La pareja se mostró cariñosa y pendientes el uno del otro en todo momento. Esta ha sido, sin duda, una boda por amor.

El periodista seguía hablando sobre la cantidad de asistentes, la recepción que se había impartido después en palacio para los grandes dignatarios y las distintas reformas que había empezado a aplicar el rey.

—Parece que, después de todo, sí tendrás que añadir un «hecho» a tu último trabajo, Cup.

Levantó la mirada para ver a su esposa, Psique, quién se paseaba de un lado a otro acunando a Aedan. El bebé había enredado los puñitos en su pelo y

tironeaba de él mientras gorjeaba; era una visión de lo más enternecedora.

—¿Acaso lo dudaste en algún momento? —la pinchó divertido—. Tú misma viste que eran almas gemelas.

Ella asintió y le dedicó una preciosa sonrisa.

—Lo son, pero ya sabes que eso no siempre es sinónimo de que las cosas funcionen —aseguró con un ligero encogimiento de hombros, entonces volvió a pasearse meciendo el bebé—. Me alegra que esta vez haya salido bien.

Sí, sin duda él también se alegraba y mucho.

—¿Psi?

Su mujer se giró al escuchar su llamado.

—¿Sí?

Miró al bebé y luego a ella.

—¿Hacemos uno de esos?

Su esposa se lo quedó mirando, parpadeó un par de veces, miró al bebé que tenía en brazos y luego a él y le dedicó esa perezosa y sensual sonrisa que hacía que todo el amor existente en el mundo tuviese sentido.

—Creo que ya la hemos hecho, Cupido —aseguró con coquetería, sorprendiéndolo una vez más—. Una niña.

De acuerdo. Aquella no era la respuesta que esperaba, pero qué demonios, no podía haber recibido una mejor respuesta. Una niña, su hija, la personificación de la sensualidad y el deleite, su *Hedoné*.

—De acuerdo, amor, lo confieso, estoy loco y absolutamente enamorado de ti.

—Lo sé, Cupido, lo sé.

[1] Plato típico ruso.

[2] Madre en ruso.

[3] Hijo mío en ruso.

[4] Mi niña en ruso. Piropo íntimo, entre una pareja.